

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Estudios Sociales y Globales

Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos
Mención en Política y Cultura

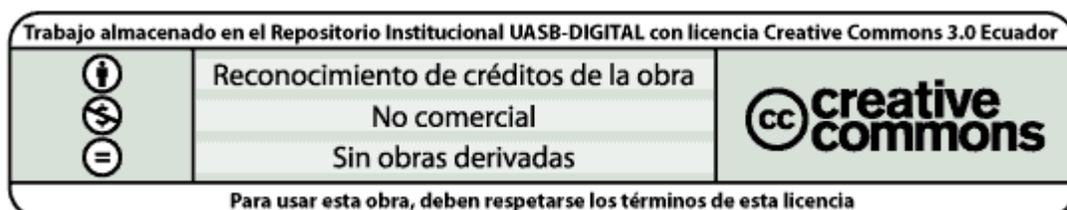
“En busca de la chispa en la pradera”

**El sujeto revolucionario en el pensamiento de la intelectualidad
orgánica de izquierda en el Ecuador durante el período 1975-
1986**

Andrés Madrid Tamayo

Tutor: Santiago Cevallos

2015



Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis maestría

Yo, Andrés Ricardo Madrid Tamayo, autor de la tesis intitulada “*En busca de la chispa en la pradera*”, *El sujeto revolucionario en el pensamiento de la intelectualidad orgánica de izquierda en el Ecuador durante el período 1975-1986*, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de magíster en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo, por lo tanto, la Universidad utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en formato virtual, electrónico, digital u óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha: 22 de octubre de 2015

Firma:

Resumen

Esta tesis indaga qué fue el *sujeto revolucionario* para la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana en el período comprendido entre 1975 y 1986. Se parte de la existencia de interpretaciones diversas y divergentes del tema, tanto para las corrientes comunistas (PCE, MRT), las socialistas (PSE, PSRE); las maoístas (PCMLE), las nacionalistas (AVC, MPL) y las guevaristas (MIR).

El corte temporal escogido (1975-1986) comienza con: I) la declaratoria de la Primera Huelga Nacional del FUT el 13 de noviembre de 1975, y el ascenso de la lucha de clases encabezada por el movimiento obrero; y culmina con: II) el decaimiento de los proyectos devenidos, de una u otra forma, del campo de la revolución (descabezamiento de AVC, liquidación de otras formas de subversión como MPL y OPM, extinción del PSRE, consolidación de la línea electoral en la mayor parte de los partidos de izquierda –como el PSE, el PCMLE y el PCE–, disgregación del MIR en varias fracciones, desaparición del MRT), y el ascenso de formas de lucha no clasistas con el advenimiento de los denominados movimientos sociales.

Se entiende a los intelectuales orgánicos como la expresión de un ‘intelectual colectivo’ (el Partido para Gramsci) que abandera una determinada tendencia política-ideológica, integrada en un particular contexto histórico y social. En esta línea, los partidos analizados representan la voz de una intelectualidad de carácter colectivo. La ‘categoría’ sujeto revolucionario, hace referencia a actores sociales específicos que actúan, dinamizan y se crean en una determinada conflictividad. No se aborda al sujeto revolucionario como algo acabado, sino más bien como una creación particular, que se forja en el terreno de la lucha de clases concreta.

A nivel de la estructura metodológica se establece un diálogo entre las preguntas: ¿cómo se pensó al sujeto revolucionario en la tradición marxista internacional? (capítulo uno), y ¿cómo se pensó el sujeto revolucionario en la izquierda ecuatoriana del período 1975-1986? (capítulo dos). Con la finalidad de determinar las tesis y puntos de vista convergentes de cada una de las tradiciones partidarias estudiadas (capítulo tres), agrupándose al sujeto revolucionario pensado desde la izquierda en las siguientes figuras o denominaciones: I) el militante revolucionario; II) el pueblo; III) la población sufragante; IV) el proletariado como clase obrera industrial; y, V) el proletariado como sujeto negativo.

Abstract

This thesis investigates what the *revolutionary subject* was to the organic intellectuals of the Ecuadorian left in the period between 1975 and 1986. It starts out from the existence of diverse and divergent interpretations of the issue for both Communist currents (PCE, MRT), the Socialists (PSE, PSRE); Maoist (PCMLE), Nationalist (AVC, MPL) and Guevarists (MIR).

The temporary cut chosen (1975-1986) begins with: I) the declaration of the First National Strike by FUT November the 13th, 1975, and the rise of the class struggle led by the labor movement; and ends with: II) the decay of the projects that proceed, one way or another, from the sphere of the revolution (beheading of AVC, settlement of other forms of subversion as MPL and OPM, the extinction of PSRE, the consolidation of the electoral trend in most of the left parties such as the PSE, the PCMLE and PCE, MIR's disintegration into parts, the disappearance of MRT), and the rise of non-class forms of struggle with the advent of so-called social movements.

Organic intellectuals are understood as the expression of a 'collective intellectual' (the Party for Gramsci) that is leading a particular ideological and political trend, integrated in a particular historical and social context. In this regard, the parties analyzed represent the voice of a collective intelligentsia. The 'category' revolutionary subject refers to specific social actors that operate, streamline and are created in a given conflict. It does not address the revolutionary subject as something finished, but as a special creation, which is forged in the field of concrete class struggle.

In terms of methodological structure it proposes a dialogue between the questions set: how was the revolutionary subject thought among the international Marxist tradition? (chapter one), and how the revolutionary subject was thought in the Ecuadorian left in the 1975-1986 period? (chapter Two). In order to determine the thesis and convergent points of view of each party traditions studied (chapter three), grouping the revolutionary subject thought among the left wing in the following figures and names: I) the revolutionary militant; II) the people; III) the electoral population; IV) the proletariat as industrial working class; and V) the proletariat as a negative subject.

Agradecimientos

A la Sol, mi sol; agudo espíritu al servicio de la clase trabajadora latinoamericana.

A mis progenitores carnales y putativos. A mis hermanos y hermanas. A los camaradas hombres, mujeres y niños, en particular a los que en esta ocasión aportaron con sus críticas, inmisericordes muchas de ellas, para este trabajo.

A todos los sabios y shamanes del mundo Andino y Amazónico, que generosamente me han compartido un poco de sus alas.

Al tutor de la tesis Santiago Cevallos, que de forma acuciosa desbrozó el camino de la escritura del trabajo en consideración, así como a los lectores César Montufar y Esteban Nicholls.

A la Universidad Andina Simón Bolívar, por introducirme formalmente a un ámbito al cual solo me había acercado a través de mis inquietudes autodidactas. A su vez y en honor al sentimiento que me ata, a la Universidad Central del Ecuador.

Agradezco, finalmente, a las organizaciones populares del Ecuador, en especial a la FETRALPI y la UNOCANC, por haber hecho de sus luchas mi mejor Universidad.

Dedicatoria

A la mama Dolores Cacuango, intelectual orgánica y comunista, símbolo de la unidad de los obreros, de los campesinos y de los indígenas del Ecuador.

Tabla de contenido

Introducción	10
Capítulo uno	16
¿Quién es el sujeto revolucionario?	16
1.1 Sujeto de la historia, sujeto histórico, sujeto revolucionario	18
1.2 El sujeto revolucionario en la tradición marxista.....	21
1.2.1 Marx: de la clase obrera al sujeto de la negación	22
1.2.2 Lenin: pensar el sujeto revolucionario en la revolución.....	24
1.2.3 Mao: de la clase obrera al campesinado	27
1.2.4 Gramsci: el sujeto subalterno y la perspectiva nacional	30
1.2.5 Mariátegui: la idea del sujeto indoamericano	33
1.2.6 El marxismo crítico y la creación del sujeto.....	35
1.3 La experiencia latinoamericana	39
1.3.1 Cuba: el militante en la construcción del hombre nuevo.....	41
1.3.2 Chile: la clase obrera y el poder popular	43
1.3.3 Nicaragua: nacionalismo y liberación.....	44
1.3.4 Teología de la Liberación y el sujeto ‘pobre’	46
Conclusión	47
Capítulo dos	48
El sujeto revolucionario en las izquierdas del Ecuador.....	48
2.1 En busca de la chispa: la izquierda en el período 1975-1986.....	51
2.1.1 PCE: el obrerismo teórico y la Revolución Nacional Liberadora	54
2.1.2 PSRE: el proletariado como negación del orden	59
2.1.3 PSE: trabajadores, voto popular y movilización de masas	63
2.1.4 PCMLE: del maoísmo al hoxhismo, del campesinado a la clase obrera	68
2.1.5 MIR: la subjetividad militante	72
2.1.6 MRT: Velasco y la unidad obrero-campesina.....	77
2.2 Las OPMs: el sujeto revolucionario como tautología.....	80
2.2.1 AVC: el pueblo y la impronta como discurso	82
Conclusión	88
Capítulo tres	89
El sujeto revolucionario en la izquierda ecuatoriana: tautología, retórica, elecciones, dogma y negación.....	89
3.1 “El sujeto revolucionario somos los revolucionarios”	91
3.2 El sujeto revolucionario como población sufragante.....	96
3.3 El pueblo como contenedor del todo y la nada.....	103
3.4 La clase obrera industrial desde el paradigma del marxismo positivista	109
3.5 El proletariado como sujeto político negativo.....	115
Consideraciones finales.....	122
Epílogo	126
Bibliografía	128

Acrónimos

ADE	Alianza Democrática Ecuatoriana
AVC	Alfaro Vive, Carajo!
CEBs	Comunidades Eclesiales de Base
CEDOC	Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas
CEOSL	Central Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres
CONAIE	Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador
CONFENIAE	Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana
CTE	Central de Trabajadores del Ecuador
DOS	Destacamento de la Organización Secreta
ECUARUNARI	Ecuador Runakunapak Rikcharimuy
ELN	Ejército de Liberación Nacional/Colombia
EPL	Ejército Popular de Liberación/Colombia
FADI	Frente Amplio de Izquierda
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
FENOC	Federación Nacional Campesina
FEI	Federación Ecuatoriana de Indios
FENACLE	Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador
FENOCIN	Federación Nacional de Organizaciones Indígenas, Campesinas y Negras
FESE	Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador
FEUE	Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador
FMLN	Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional/El Salvador
FS	Frente Socialista
FSLN	Frente Sandinista de Liberación Nacional/Nicaragua
FTP	Federación de Trabajadores de Pichincha
FUT	Frente Unitario de Trabajadores
M-19	Movimiento 19 de abril/Colombia
MLN-T	Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros/Uruguay
MNR	Movimiento Nacionalista Revolucionario/Bolivia
MPD	Movimiento Popular Democrático
MPL	Montoneras Patria Libre
MRIC	Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiano
MRT	Movimiento revolucionario de los Trabajadores
MRTA	Movimiento Revolucionario Tupak Amaru/Perú
MST	Movimiento Socialista de los Trabajadores
MUI	Movimiento Universitario de Izquierda
OPM	Organización Político Militar
OPMs	Organizaciones Político Militares
PCE	Partido Comunista del Ecuador
PCE-SR	Partido Comunista del Ecuador-Sol Rojo
PCMLE	Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PEP	Partido Ecuatoriano del Pueblo

PSE	Partido Socialista Ecuatoriano
PSP	Partido Socialista Popular
PSRE	Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano
RAD	Reforma Agraria Democrática
RND	Revolución de Nueva Democracia
RNL	Revolución Nacional Liberadora
UGTE	Unión General de Trabajadores del Ecuador
UNE	Unión Nacional de Educadores
UP	Unidad Popular/Chile
URJE	Unión Revolucionaria de las Juventudes Ecuatorianas
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

Introducción

*“Aquí viene un antiguo proverbio chino:
‘una sola chispa puede incendiar la pradera’.
En otras palabras, nuestras fuerzas,
aunque muy pequeñas ahora,
se desarrollarán con gran rapidez”.*
Mao Tse-tung

El proverbio chino parafraseado por Mao: “una sola chispa puede incendiar la pradera” (Mao, 1972: 127) buscaba combatir la actitud pesimista que minimizaba el rol de las fuerzas subjetivas de la revolución, mismas que llegarían a tener un peso fundamental en la construcción del Poder Rojo, elemento sin el cual habría sido imposible el triunfo definitivo de la Revolución China.

En la metáfora, de que “la chispa” (condiciones subjetivas) en una “pradera” (condiciones objetivas) podría hacer que “arda como una llamarada” (Mao, 1972: 130), deviene una motivación para que las fuerzas de la revolución impulsen la épica, a pesar de las adversidades.

Así, he adoptado la alegoría maoísta para referirme, en particular, al sujeto revolucionario. El título de esta tesis: *En busca de la chispa en la pradera* pretende comprender qué fue el sujeto revolucionario para la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana en el período comprendido entre 1975 y 1986. Por tanto, aborda la pregunta, ¿cómo pensó la intelectualidad orgánica de la izquierda ecuatoriana al sujeto revolucionario en el mencionado lapso?

El sujeto revolucionario tuvo interpretaciones diversas, divergentes. No poseía la misma definición para las corrientes comunistas (Partido Comunista del Ecuador –PCE–, Movimiento Revolucionario de los Trabajadores –MRT–); las socialistas (Partido Socialista Ecuatoriano –PSE–, Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano –PSRE–); las maoístas (Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador –PCMLE–); las nacionalistas (Alfaro Vive, Carajo! –AVC–, Montoneras Patria Libre –MPL–); o, las guevaristas (Movimiento Revolucionario de Izquierda –MIR–). Por consiguiente, esta tesis trabajará sobre la

comprensión que se tuvo, en torno al sujeto revolucionario, al interno de las diversas tendencias de la izquierda abordadas en el estudio.

Es importante subrayar que las diferencias existentes entre cada uno de los partidos, no solamente operan en la interpretación del objeto de estudio en mención; sino a su vez, en la constitución de las mismas organizaciones, tanto a nivel orgánico como político. Dicho de otra manera: existieron organizaciones que están más cerca del concepto de partido leído desde el leninismo (como el PCE, PCMLE, MIR), otras del liberalismo (como el caso PSE) y otras a la idea de un “foco” en germen de perspectiva guerrillera (las OPMs en general). Algunas organizaciones establecerán una dicotomía entre partido de masas (PSE) y partido de cuadros (PSRE). Ciertas organizaciones políticas en estudio, en estricto, difícilmente las podría definir como partidos, por lo menos desde el punto de vista clásico del partido marxista (OPM, AVC, MPL). Considero más aún, que inclusive, varias organizaciones autodefinidas como partidos leninistas o maoístas, no se “ajustaron” a las consignas clásicas más generales de estas dos corrientes del marxismo, siendo su praxis más cercana a la idea del partido cultivada desde la socialdemocracia alemana¹. De esta forma, la utilización del genérico de partido para las organizaciones en estudio, debe tomar en cuenta las diferencias existentes a nivel político, orgánico y de su crecimiento concreto en el país y las organizaciones de masas.

El corte temporal escogido, 1975-1986, será el marco sobre el que se procederá a la aplicación de las categorías y los conceptos centrales de la tesis. Este contexto comienza con: I) la declaratoria de la Primera Huelga Nacional del Frente Unitario de Trabajadores – FUT– el 13 de noviembre de 1975, y el ascenso de la lucha de clases encabezada por el movimiento obrero; y culmina con: II) el decaimiento de los proyectos devenidos, de una u otra forma, del campo de la revolución (descabezamiento de AVC, liquidación de otras formas de subversión como MPL y OPM², extinción del Partido Socialista Revolucionario, consolidación de la línea electoral en la mayor parte de los partidos de izquierda –como el PSE, el PCMLE y el PCE–, disgregación del MIR en varias fracciones, desaparición del

¹ Esta formulación se desmarca de la noción normativa de aplicabilidad correcta o incorrecta de una idea. Es decir no propongo como error el no haber trasladado el esquema maoísta o leninista al Ecuador. Lo que afirmo es que existió más correspondencia en la práctica de algunos de los partidos analizados, a momentos, con la base doctrinal de espíritu socialdemócrata que leninista o maoísta.

² OPM: Organización Político Militar.

MRT), y el ascenso de formas de lucha no clasistas, agrupadas en el advenimiento de los denominados movimientos sociales.

El período, además, está caracterizado por la confluencia de factores. A nivel económico se encuentran dos fenómenos: el *boom* petrolero, que permitirá generar una dinámica de crecimiento en el tejido capitalista –y a su vez, de un sector importante de la clase obrera industrial y del aparato burocrático estatal–; y, el ingreso del Ecuador al ciclo neoliberal, de manera más clara desde la presidencia de Oswaldo Hurtado (1981-1984).

En lo político, se encuentran dos momentos clave. En primer lugar, la década del setenta está marcada por dos dictaduras, la ‘nacionalista y revolucionaria’ de Guillermo Rodríguez Lara (1972-1975), y la del Triunvirato Militar (1975-1978); así, se contrastaron dos experiencias dictatoriales, que serían sintetizadas, en parte del imaginario de izquierda, como “una dictadura progresista y otra conservadora” (Terán, 1994: 20). En segundo lugar, el advenimiento del período democrático y el ocaso de Jaime Roldós (1979-1981), que abre la posibilidad de participación electoral –vista como una oportunidad por un segmento de la izquierda (PCE-FADI³, PSE, PCMLE-MPD⁴)–, así como el apareamiento de una perspectiva crítica al sistema electoral, que considera al ciclo como un ‘cambio incambiado’, sobre una fuerte referencia a los logros del sandinismo, que obnubilaron a una parte importante de la izquierda (sobre todo a las OPMs⁵ y al MIR). En síntesis, la modernización capitalista, las nuevas formas de Estado, el retorno a la democracia y el marco internacional de lucha de la izquierda latinoamericana fueron los factores sobre los cuales se erige la praxis de la izquierda en el Ecuador.

A nivel social, la marca más fuerte es, sin duda, la del movimiento obrero que, con una significativa población sindicalizada y una alta tasa de conflictos laborales (Dávila, 1992; Ibarra, 2011), impone los escenarios de discusión política nacional, en ajuste no sólo a sus intereses estrictamente gremiales, sino que se involucran reclamaciones más amplias del campo popular. De su mano, vino el crecimiento general de la conflictividad social, dispuesta entorno al estudiantado y los sectores jóvenes de las clases medias (Terán, 1994:

³ FADI: Frente Amplio de Izquierda. Expresión electoral del PCE.

⁴ MPD: Movimiento Popular Democrático. Expresión electoral del PCMLE.

⁵ OPMs: Organizaciones Político Militares.

14), que serían la población inclinada a pensar la radicalización de la política y el privilegio de la lucha armada, motivados fuertemente por el accionar guerrillero latinoamericano, sobre todo nicaragüense, salvadoreño y colombiano.

La propuesta teórica de la tesis se proyectó a través del concepto de intelectualidad orgánica formulado por Antonio Gramsci. De tal modo, se comprende a los intelectuales orgánicos bajo la fórmula ‘dirigente + militante’ que, en nexos con la lucha partidaria, desarrollaron determinadas ideas y conceptos, marcando tendencias ideológicas al interpretar y aplicar la noción de sujeto revolucionario. Esta versión de lo intelectual-orgánico se opone a la comprensión de origen liberal, que superpone la acción del individuo por sobre las masas. En este sentido, esta tesis no endosa a determinadas ‘genialidades individuales’ la responsabilidad de la creación teórica, por el contrario, entiende a los intelectuales orgánicos como la expresión de un ‘intelectual colectivo’ (el Partido para Gramsci) que abandera una determinada tendencia política-ideológica, integrada en un particular contexto histórico-social. En esta línea, los partidos analizados representan la voz de una intelectualidad de carácter colectivo. Esto marca una relación dialéctica entre los dirigentes y los partidos en cuestión. O lo que es lo mismo, entre el campo político intelectual y el campo de la praxis partidaria. La tesis en consideración usa indistintamente el concepto de intelectual orgánico y de partido político, al considerarlos términos, que al interior de la perspectiva marxista, tienen concomitancia.

Asumir el riesgo de pensar en el sujeto revolucionario probablemente despierte una suerte de sospecha, por su supuesta atemporalidad, por estar fuera de la discusión actual. Parecería que, en décadas pasadas, la discusión fue agotada, históricamente ‘superada’; se inferiría, entonces, la existencia de abundante material que soporte las polémicas suscitadas. Sin embargo, coincidiendo con Emir Sader (2009), uno de los problemas más asiduos de la izquierda latinoamericana –en contraste con su enorme arrojo a la disputa política práctica– fue la ausencia de una reflexión teórica que le permita generar rupturas en el pensamiento; por ello, si es que la lucha práctica no estuvo acompañada, en la misma intensidad, por el desarrollo teórico, existe la urgencia de replantear éste como uno de los problemas que ni teórica ni políticamente fueron abordados en toda su dimensión.

El sujeto revolucionario, si bien no es el determinante absoluto en la lucha política, es un factor integrante. No intento reducir la problemática total de la izquierda a la definición de quién va a hacer la revolución, dado que las posibilidades de realización de un proceso en extremo complejo, como la Revolución –quizás el de mayor complejidad histórica–, comprende múltiples variantes materiales e ideológicas, que exceden a este tema en particular. Sin embargo, es importante detenerse a pensar en un fragmento de la problemática de la izquierda ecuatoriana: el sujeto revolucionario, que, ya anoté, no fue estudiado a fondo.

Al hablar de la ‘categoría’ sujeto revolucionario, hago referencia a actores sociales concretos, que actúan, dinamizan y se crean en una determinada conflictividad. Pensando con E. P. Thompson, no interesó entender al sujeto revolucionario como algo acabado, menos aún como un designio o una fatalidad de la historia, sino más bien como una creación particular, que se forja en el terreno de la lucha de clases concreta. La clase obrera, el campesinado, los pobladores y los sectores estudiantiles no fueron periféricos a la modelación del período propuesto (1975-1986), por el contrario: fueron protagonistas de su época; entonces, se hace necesario entender quiénes fueron, para las variantes de izquierda, estos sectores sociales. Por tanto, no asumo al sujeto revolucionario desde el paradigma economicista del marxismo positivista, que abandera la idea de un sujeto predeterminado por la evolución de la producción capitalista; por el contrario entiendo al sujeto histórico en la perspectiva política marxista, que no es sino la lucha y el conflicto político de clase.

El campo disciplinario en el que gravita la tesis es la filosofía política marxista, la historia de las ideas y la historia de la izquierda ecuatoriana. La contribución académica, en síntesis, es determinar qué pensó la izquierda ecuatoriana del período en cuestión sobre el sujeto revolucionario, para lo cual establezco un esquema de interpretación e identificación de determinados sujetos, expuestos a momentos como tipos ideales en las tradiciones de izquierda, que fueron pensados por cada uno de los partidos en estudio como los sujetos de la revolución ecuatoriana.

A nivel de su estructura, la tesis se ha dividido en tres capítulos. En el primero, planteo comprender el sujeto revolucionario desde la tradición de pensamiento marxista en Europa y Latinoamérica, con la finalidad de generar un soporte conceptual en el que la

problemática, en el Ecuador, entre en diálogo y/o tensión. Como punto de partida, realizo una caracterización general de los conceptos sujeto revolucionario/sujeto histórico. A continuación, analizo las tesis acerca del sujeto revolucionario en Marx, Lenin, Mao, Gramsci y Mariátegui. Seguidamente, indago en algunos de los autores del marxismo crítico en Occidente (Lukács, Lefebvre, Korsch, Matić, Pannekoek y Marcuse), y culmino con los aportes de la lucha revolucionaria latinoamericana: la Revolución Cubana, la Revolución Sandinista, la ‘vía chilena al socialismo’ y la Teología de la Liberación.

En el capítulo dos trabajo en torno a la particular comprensión del sujeto revolucionario en los partidos de izquierda ecuatoriana del período 1975-1986: el Partido Comunista del Ecuador (PCE), el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE), el Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), el Movimiento Revolucionario de Izquierda (MIR), el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) y Alfaro Vive, Carajo! (AVC).

En el capítulo tres, establezco un diálogo entre ambas preguntas: ¿cómo se pensó al sujeto revolucionario en la tradición marxista internacional? (capítulo uno), y ¿cómo se pensó el sujeto revolucionario en la izquierda ecuatoriana del período 1975-1986? (capítulo dos). Aquí delimito las tesis y puntos de vista convergentes de cada una de las tradiciones partidarias (PCE, PSRE, PSE, PCMLE, MIR, MRT, AVC), y agrupo al sujeto revolucionario pensado desde la izquierda en ese lapso, en las siguientes figuras o denominaciones: I) el militante revolucionario; II) el pueblo; III) la población sufragante; IV) el proletariado como clase obrera industrial; y, V) el proletariado como sujeto negativo.

En función de lo antes señalado, el presente trabajo busca contribuir a la necesidad de repensar a la izquierda, y de realizar un análisis que permita considerar las posibilidades de producción teórica actual, en conexión con lo que en términos históricos ha sucedido; esto con la finalidad de identificar, con claridad y objetividad, las fórmulas políticas que en la práctica se alejaron de la senda de la revolución, y, por consiguiente, de la construcción del poder de la clase trabajadora.

Capítulo uno

¿Quién es el sujeto revolucionario?

*“Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente, tu violencia metódica,
tu caos teórico y práctico, tu gana dantesca, [...], de amar,
aunque sea a traición, a tu enemigo!”.*
César Vallejo

*“La revolución contemporánea es proletaria porque
el proletariado es la única fuerza del mundo moderno que,
además de estar vitalmente interesada
en la subversión radical del orden social imperante,
está en capacidad de llevar a cabo esa subversión.
Es precisamente la que le confiere su carácter de sujeto histórico
de la revolución contemporánea.
La sociedad, por la que lucha la clase proletaria,
es una sociedad cuya base económica no permite
la división de los hombres en clases de intereses antagónicos:
una sociedad comunista”.*
Bolívar Echeverría

“El hombre nuevo está en la punta del cerro”.
Omar Cabezas, exguerrillero sandinista

¿Cómo se ha desarrollado el debate sobre el sujeto revolucionario en el Ecuador y América Latina? ¿Cuáles han sido las particularidades de este debate? ¿Cuáles son los antecedentes discursivos a la interpretación del sujeto revolucionario en la intelectualidad orgánica de izquierda en el Ecuador? Las respuestas a estas interrogantes son el objetivo de este capítulo; para ello, realizo un acercamiento a las distintas formulaciones teóricas que, desde el marxismo, han dado explicación al problema del sujeto revolucionario.

Este trabajo plantea como antecedentes las diferencias que, en su aspecto más general, se presentan en la interpretación marxista acerca del concepto de sujeto revolucionario; el objetivo es establecer los distintos matices, al interno de dicha tradición, como punto de partida, para luego abordar las propuestas planteadas por los distintos partidos de izquierda en el Ecuador (segundo capítulo) en el período 1975-1986, cuando identificaron a un actor social específico en la lucha política revolucionaria. Cabe mencionar que, dado el carácter de la propuesta de investigación, el itinerario se mantiene en los límites de aquellos autores que se adscriben o dialogan con el marxismo⁶.

En términos metodológicos, la revisión parte por comprender desde el aspecto más general: qué se entiende por sujeto revolucionario, sujeto histórico y sujeto de la historia. En segundo lugar, reviso de manera particularizada las propuestas en torno al sujeto revolucionario, en los autores de la primera y segunda generación del marxismo: Marx, Lenin, Mao y Gramsci, a los que incorporo a Mariátegui, por presentar un análisis que, al tiempo de mantener rigurosidad recreativa con los planteamientos centrales del marxismo, advierte e incluye las particularidades latinoamericanas. Continuo el estudio con el análisis del concepto sujeto revolucionario en el denominado ‘marxismo crítico’: Lukács, Lefebvre, Korsch, Pannekoek, Mattick y Marcuse. Para finalizar, trabajo desde los aportes de las propuestas latinoamericanas contenidas en los procesos revolucionarios más influyentes de la región: la Revolución Cubana, la Revolución Sandinista, la ‘vía chilena al socialismo’ y la Teología de la Liberación.

⁶ Las referencias a otros debates del sujeto, como por ejemplo las realizadas por Foucault, Nietzsche, Husserl, Heidegger, Ortega y Gasset, entre otros, o las elaboradas por la tradición liberal, quedan pendientes como un ejercicio complementario a desarrollarse en posteriores investigaciones del tema.

1.1 Sujeto de la historia, sujeto histórico, sujeto revolucionario

Si bien habitualmente se utilizan los conceptos de sujeto de la historia, sujeto histórico o sujeto revolucionario de forma indistinta, en este esfuerzo introductorio recogeré ciertos aportes teóricos que permiten colocar hitos conceptuales de partida, antes de desarrollar las distintas acepciones que el marxismo, en sus expresiones particulares, les ha otorgado.

Comienzo, entonces, por afirmar que “todo marxista, preocupado de alguna manera por los problemas filosóficos, parte necesariamente de la visión antropocéntrica de la historia que Marx y Engels heredaron de Kant y de la Ilustración alemana en general: el hombre está situado en el centro del mundo social creado por el hombre mismo” (Lichtheim, 1973: 119). Kant es quien inaugura, en la filosofía, la consideración del hombre como sujeto de la historia, en contraposición al providencialismo del medioevo⁷. El hombre, en tanto género humano, en la versión de Kant, se constituye simultáneamente como género-individuo, cuya esencia no es algo dado, sino que se crea como resultado de la actividad de los propios hombres. Esta concepción fundamental, de la relación entre el hombre-humanidad y la historia, será determinante para el desarrollo posterior de toda la filosofía clásica alemana y para el marxismo.

Este asunto fue tratado por el pensador y político ruso Mijail Shitikov en su artículo “El problema del hombre como sujeto de la historia en la filosofía clásica alemana” (1982), en él destaca el carácter creativo de la relación hombre-mundo, intrínseco a la concepción

⁷ Como antecedentes a la consideración del hombre como centro de la historia, podemos destacar el despliegue del protestantismo en Europa, así como el rol del sujeto en la secularización política con Nicolás Maquiavelo. De esto, progresivamente, se desprenderá la centralidad del hombre como idea ordenadora del mundo, y la insuficiencia del orden celestial para realizar lo nuevo: la ciencia, el comercio, el Estado. Todo lo existente comenzará a ser explicado a partir de principios que no exceden a los propios hombres, sino, por el contrario, que son creados por ellos mismos. Como diría Aníbal Ponce, “El interés por lo inmediato y lo terrenal ha sustituido a la fe de la inmortalidad del individuo, y el consuelo de un Paraíso para después de la muerte, empalidecen frente a la confianza en el progreso indefinido y en el concepto humano de la gloria” (Ponce, 1975: 239). Cristóbal Colón, Nicolás Copérnico, Giordano Bruno, Galileo Galilei no sólo serían grandes personalidades, serían el síntoma de una época en la que los ‘ídolos de barro’ cedían posiciones a los ‘mortales de carne y hueso’. Sin embargo, el concepto de lo ‘humano’ se acotaría aún más. El *cogito* cartesiano se constituirá en la síntesis de lo humano. En esta línea, en una de las máximas del pensamiento racionalista, Friedrich Hegel dirá “todo lo real es racional, todo lo racional es real”. De ahí que, en el análisis de Ponce, la razón, tendiente cada vez más a la “cuantificación” (a la *calculabilidad* en la versión de Lukács), hacía que el mundo del interés mercantil adopte la forma material pergeñada por las mentes de la nueva clase en ascenso: la burguesía; de lo cual resulta que: “es el dinero el dios sobre la tierra” (Sanch, en: Ponce, 1975: 240).

kantiana de la centralidad del hombre y su capacidad de perfeccionarse a sí mismo, a través de la razón.

La centralidad del problema del sujeto de la historia, como problema de conocimiento, se plantea en la relación del hombre con el mundo social e histórico, en su protagonismo. Shitikov, citado por Pupo Sintras (2006), más adelante definirá el concepto de sujeto de la historia postulando que “el significado más compartido del término es el que lo define como aquel que hace la historia, el portador de aquella actividad que conduce a cambios en la vida de la sociedad, a su transformación y desarrollo” (Shitikov, 1986: 158-171).

Sobre ello, Pupo Sintras señala que “el sujeto de la historia no tiene un carácter ontológico como tal y que no se puede confundir con el sujeto histórico, porque se trata de una categoría filosófica que permite llegar a una comprensión cosmovisiva y profunda de la historia, como orientación y guía para la actividad humana” (Pupo Sintras, 2006: 2). El sujeto de la historia y el sujeto histórico no tienen un carácter inmanente (biológico) desde esta lectura, sino que únicamente puede ser explicado a partir de la intervención de los propios hombres en la realidad, de manera consciente a través del trabajo. Lukács en la *Ontología del ser social* dirá que: “la esencia del trabajo consiste, justamente, en la capacidad de fijación del ser viviente en la relación biológica con su ambiente” (Lukács, 2004: 38). De esta forma, el sujeto de la historia sólo puede ser entendido desde una reflexión filosófica del mundo, alimentada por una concepción materialista, en el sentido de la historia como realización de los mismos hombres.

Desde esta perspectiva, Marx planteará que la raíz de todo sujeto histórico está en la lucha de clases (motor de la historia); pero, el sujeto mismo no es reductible a la clase, sino que éste puede amalgamar varias capas, clases y categorías sociales, que se configuran asociadas al desarrollo de las fuerzas productivas. Metodológicamente, se puede extraer, de sus textos tempranos –*Manifiesto del Partido Comunista* (1848) –, un segundo momento de la constitución del sujeto histórico, en el que la lucha de clases se configura como lucha política, cuando se da la “organización de los proletarios en una sola clase y con un partido político” (Marx y Engels, 1998: 51) frente a la tendencia conservadora de las clases dominantes, que aun apelan al apoyo de los subalternos.

Sin embargo, para dar el salto a la asociación revolucionaria, Marx señala, en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), la importancia de un proceso previo, que debe darse en el sujeto de la transformación. A esto denominó: el paso de la ‘clase en sí’ a la ‘clase para sí’, es decir, un conjunto de obreros aislados únicamente puede alcanzar su mayor grado de conciencia si ellos se organizan y asumen la responsabilidad/necesidad histórica de transformación de la realidad. La clase para sí es ya una categoría que enuncia la posibilidad de la acción política organizada, donde el obrero deja su actitud pasiva y pasa a la acción revolucionaria. La clase dominante, a pesar de sus intentos, no podría evitar que se cualifiquen y adquieran conciencia de su papel histórico. Un tercer momento, en el que el sujeto histórico podría –según Marx– tomar mayor relevancia, sería “en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace”, cuando la lucha de clases se convierte en “guerra civil abierta” (Marx, 1998: 54).

Si bien Marx y Engels se refieren en el *Manifiesto* a la revolución proletaria, esta caracterización de la configuración del sujeto, como resultante del movimiento histórico, ha sido utilizada del mismo modo en el análisis de otros desarrollos, como el descrito en *La Guerra Civil en Francia* (1871). Marx, por tanto, no se remite solamente a una teoría de las clases sociales, sino que demuestra el modo en que la configuración de un sujeto, capaz de transformar la vida de la sociedad, pasa por las estructuras económico-productivas, y por la historia real. Siguiendo a Jaime Caycedo Turriago, podríamos afirmar:

La historia clásica del sujeto revolucionario o transformador admite comprenderla como un tránsito de lo simple a lo más complejo, de las expresiones de identidad y conciencia “naturales” o espontáneas a la autoconciencia; de la dispersión [...] a su unidad mediante la asociación; de su dependencia frente a la clase dominante, a su autonomía hegemónica que reúne la fuerza y la masa críticas para derrocar el poder existente (Caycedo Turriago, 1999).

Lo anterior define la importancia del sujeto histórico (colectivo) como agente transformador de la realidad, de la cual es producto y a la vez productor, en tanto dispone de capacidad para cambiarla, a través de la organización y la política.

En adelante, analizaré el concepto de sujeto histórico en varios pensadores de la tradición marxista, considerando algunos parámetros metodológicos que guíen el proceso, proyectando algunas reflexiones hechas por Pupo Sintras (2006). Para ello, partiré de tres

consideraciones: I) analizar el sujeto revolucionario al interno de determinados sistemas de ideas que delimitan la constitución de un tipo ideal de sujeto; II) establecer al sujeto histórico en unidad con la dinámica general del capitalismo, tanto desde el punto de vista de las crisis capitalistas así como del desarrollo de procesos revolucionarios; y, III) recoger contextualmente el sentido del movimiento histórico y de la lucha política, de tal manera observar la configuración de un sujeto histórico dinámico y en construcción permanente.

Con estas consideraciones, abordaré la conceptualización de sujeto histórico/sujeto revolucionario, utilizando de forma indistinta estas categorías, puesto que así las encontramos en el desarrollo de las distintas vertientes del pensamiento marxista y de izquierda.

1.2 El sujeto revolucionario en la tradición marxista

A riesgo de proferir una verdad de perogrullo, partiré por afirmar que no existe ‘una’ izquierda, sino varios tipos de izquierdas. Esto no responde a un fenómeno reciente, sino que proviene de una vieja tradición. De hecho, Marx y Engels, ya en el *Manifiesto*, exponían los distintos tipos de socialismo existentes para la época⁸, que hacen presuponer al socialismo –izquierda–, como un ámbito de disputa, susceptible de adoptar diversas posturas, no necesariamente de corte revolucionario. Más aún, cabe advertir que el análisis de la caracterización de lo revolucionario excede a la simple utilización del término: un partido puede autodefinirse como ‘socialista’ o ‘revolucionario’, pero profesar una práctica conservadora, socialdemócrata o liberal.

En la acción teórica-política de Marx y Engels, las luchas que se libraron entre variantes del socialismo no se detuvieron ahí. Las críticas al Programa de Gotha y al de Erfurt, las polémica con Lassalle y Proudhon, las acaloradas discusiones con Bakunin, dan cuenta de un ambiente de franca hostilidad entre posturas que, detentadoras de una misma

⁸ En el Manifiesto se plantean los diversos tipos de socialismo, esquematizados de la siguiente forma: 1) los Socialismos Reaccionarios (a. El socialismo feudal; b. El socialismo pequeño-burgués; c. El Socialismo Alemán o “verdadero”); 2) el Socialismo Burgués o Conservador; 3) el Socialismo y el Comunismo Crítico-Utópicos y, 4) el Socialismo Científico (Marx y Engels, 1998: 68-78).

denominación –socialismo–, discrepaban no únicamente por problemas formales, sino sobre todo de contenido: estrategias de configuración de un tipo de sociedad diferente a la dominada por la lógica del capital.

En estas permanentes pugnas se dispone la cosmovisión del proceso revolucionario, en distintas tendencias y momentos históricos. El debate sobre el sujeto revolucionario se fue desarrollando en una dialéctica constante entre la praxis política, la reflexión teórica y la experiencia histórica del desarrollo del capitalismo y de la lucha de clases.

1.2.1 Marx: de la clase obrera al sujeto de la negación

Para Marx “el trabajo es, independientemente de todas las formaciones sociales, una condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana” (Marx, 2002: 53); es el trabajo en tal medida, la categoría y unidad de análisis central en la crítica de la economía política que aparece, en *El Capital* (1867), como el fundamento metodológico para la comprensión del funcionamiento del modo de producción capitalista, de ahí que los misterios de la ganancia capitalista no se desmitifican en el intercambio, sino en la producción, ciclo económico donde se origina la acumulación.

Ahora, la producción y la realización de la plusvalía no pueden existir al margen de la recreación de determinadas relaciones sociales, que en el capitalismo se establecen entre burgueses y proletarios: entre los propietarios de los medios de producción y aquellos que sólo son dueños de su fuerza de trabajo, viéndose –estos últimos– obligados a acudir a la producción industrial, para venderse a cambio de un salario que les permita mínimamente reproducir su vida. Es la condición de ejército industrial la que permitiría al proletariado adquirir la disciplina y la conciencia de su condición mayoritaria, de su esencialidad para el ciclo productivo capitalista, y de su propia explotación, constituyéndose en la fuerza social que resolvería dicha contradicción, al imponer los intereses de la mayoritaria clase trabajadora por sobre los intereses de la burguesía. Pero, es a su vez esta condición, la que

permitiría a la clase trabajadora la experiencia necesaria para socializar y organizar la producción en el proceso socialista.

Ahora, la versión más popularizada respecto al sujeto revolucionario ha sido la del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), donde el proletariado es asumido en su doble carácter, como producto y negación del capitalismo, pensada como clase obrera industrial europea –especialmente inglesa–, destinada al establecimiento del comunismo como continuación del desplome de la burguesía. Sin embargo, este concepto de proletariado en Marx fue ampliándose.

Como explica José Aricó, las redefiniciones teóricas marxistas se dan a partir de la relación estrecha entre teoría, movimiento histórico y crisis capitalista (Aricó, 2010: 90), por ello es natural la atención que, a finales de 1850, Marx comienza a prestar a los fenómenos ocurridos en países como Irlanda, China, España, India y, especialmente, Rusia (Aricó, 2010: 102-116), que desplazan a Inglaterra como el epicentro de la revolución mundial y le permiten ampliar el concepto de proletariado.

En su correspondencia con Vera Zasúlich (1881), Marx reconoce –a partir de su estudio de la situación rusa– la importancia de los “campesinos como clase rectora de la transformación social” y a la comuna rural rusa –*obschina*– como “punto de apoyo para la regeneración social en Rusia”⁹, tesis que sería la base de la visión estratégica de Bujarín para la construcción del socialismo, privilegiando al sector rural en los países dependientes y colonizados (Aricó, 2010: 113-114). En el mismo sentido, los estudios de Marx sobre el ‘caso irlandés’ provocaron la ampliación del concepto restrictivo de “proletariado industrial” al conjunto de las “capas proletarizadas” del mundo, a raíz de la creciente atención que prestó, al final de su vida, a los países periféricos y a los productos del desarrollo desigual del capitalismo (Aricó, 2010: 114).

En el sentido de Marx, el proletariado en un primer momento (clase obrera de los países de capitalismo desarrollado) asumiría la condición de sujeto histórico superador del capitalismo, independientemente del estado de la situación de las relaciones sociales en

⁹ El mismo Engels afirma que “la actual propiedad comunitaria rusa podría constituir el punto de partida de la evolución comunista” (Engels en: Lukács, 1970: 17).

otras partes del mundo. Y, en un segundo momento, verá la necesidad de pensar el proceso de lucha de clases tanto en las sociedades capitalistas desarrolladas, como en las que coexisten formas “no-capitalistas” (como las llama Marx en el análisis de las formaciones sociales pre-capitalistas, en los *Grundrisse*) y periféricas. Siguiendo la interpretación de Slavoj Žižek: “Marx distinguía entre la clase obrera y el proletariado: la clase obrera es, efectivamente, un grupo social particular, mientras que el proletariado designa una posición subjetiva” (Žižek, 2006: 564).

Los ajustes en la trayectoria del concepto de proletariado en Marx son claves. Las formulaciones de los textos ‘tempranos’ no fueron exactamente iguales que las de los textos ‘maduros’. El “proletariado = clase obrera industrial” es superado por un concepto de proletariado más amplio, en el que se incluyen a las capas proletarizadas y el Ejército Industrial de Reserva, con lo cual se proyecta la constitución de una noción de proletariado connotado, en lo fundamental, por su capacidad de ser la expresión negativa del capital.

En la línea de las reflexiones iniciadas por Marx y Engels, se encuentran los aportes de Lenin, quien, a diferencia de los dos anteriores, tiene la posibilidad de pensar el sujeto histórico desde una dinámica revolucionaria mucho más concreta y sostenida que la arrojada por la Comuna de París de 1871 y el ciclo revolucionario europeo de mediados del siglo XIX: la Revolución Rusa; es, por ello, importante destacar los planteamientos centrales de su formulación.

1.2.2 Lenin: pensar el sujeto revolucionario en la revolución

El énfasis de Lenin está en la acción política como condición para el ejercicio revolucionario de la clase obrera. Como explica Lukács en su *Lenin*, el proletariado no preexiste a la lucha social sino que es “producto y productor” de la misma (Lukács, 1970: 46). La especificidad que adquiere el ‘proletariado’ como sujeto histórico, en contraste con

el genérico de ‘pueblo’ de los populistas rusos¹⁰, será un resultado tanto de condiciones materiales como político-ideológicas.

El rol de la política resultaría ser, de la mano de las condiciones objetivas de la reproducción social de la clase obrera, el punto angular para la aparición de la conciencia proletaria (clase para sí) y la posibilidad revolucionaria. Y, ésta sólo sería posible en la medida que se incluyan dos necesidades transversales: I) la organización partidaria de manera disciplinada, absoluta y tesonera¹¹; II) un programa general de las demandas del campesinado ruso (largamente mayoritario en el período bolchevique); estableciéndose así la tesis de la alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado, que se fundamenta en la particular estructura socio económica de Rusia (Lukács, 1970: 36).

En *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), Lenin describe el carácter vital del campesinado en la formación social rusa, y justifica la obligatoria incorporación de las masas campesinas a la estrategia socialista debido al significativo peso del mundo rural, ampliando la noción de sujeto revolucionario a otras clases (en este caso el campesinado), y ya no exclusivamente a la clase obrera industrial.

Lenin buscó además contrarrestar las tesis de la Segunda Internacional, especialmente las contenidas en el pensamiento de Karl Kautsky¹², que endosaban *per se* a la clase obrera el carácter de revolucionaria, y sobrevaloraban la importancia del crecimiento parlamentario y las reformas al interior del capitalismo, tergiversando la arrasadora crítica de Marx al Estado burgués, con la creación de una ficción de “cambio” a través de la participación en el gobierno (Lenin, 1973b: 5).

Esta vertiente que hegemonizó la Segunda Internacional planteaba que el advenimiento del socialismo dependería del avance económico del capitalismo, y que la

¹⁰ Una de las necesidades históricas en la diferenciación del discurso marxista en Rusia fue la crítica a los populistas (narodniki), quienes, negando la lectura de la realidad desde la unidad de análisis de clase y opuestos a la industrialización, concebían en el genérico de ‘pueblo’ a la base social directriz de la lucha contra el zarismo.

¹¹ Es clave resaltar la estrecha relación que se establece entre proletariado, política y organización, al decir de Lenin “no es posible separar mecánicamente las cuestiones políticas de las organizativas” (Lenin en: Lukács, 1970: 37). Esto incluso se puede advertir en el propio *Manifiesto Comunista* al vincular la existencia del partido proletario y la totalidad de la clase trabajadora.

¹² Otros representantes de esta corriente serían: Eduard Bernstein, Max Adler, Rudolf Hilferding.

configuración del proletariado como sujeto estaría circunscrita a dicho desarrollo de las fuerzas productivas y la precarización de las relaciones de producción. De este modo, utiliza de forma mecánica el conocido pasaje de Marx del *Prólogo a la contribución de la crítica de la economía política* (1852)¹³ como recetario de acción para justificar la profundización del capitalismo, como antesala de la sociedad futura, reduciendo a axioma de verdad la metáfora de Marx sobre la relación entre la estructura y superestructura; de forma contradictoria con las propias formulaciones de Marx, ya que niega el materialismo histórico y la dialéctica (Boron, 2006: 49). Parafraseando a Herbert Marcuse, desde la perspectiva economicista de la Segunda Internacional, denominaríamos al concepto sujeto revolucionario como un “sujeto unidimensional”¹⁴.

Distante del pasivo planteamiento mecanicista, Lenin en el *¿Qué Hacer?* (1902) concibe al sujeto revolucionario como producto de una configuración, que en relación íntima con la acción política supera la conciencia gremial o sindical (Lenin, 1973a: 61), refiriéndose para ello tanto a la clase obrera como al campesinado, clases sociales que a su vez serían dirigidas por el proletariado (expresión de la conciencia políticamente más elevada de la clase obrera), responsable de organizar al conjunto de voluntades opuestas al capital, y canalizarlas a la construcción del socialismo.

La organización revolucionaria del proletariado equivaldría a la configuración de un “Estado paralelo” al burgués: el soviét, que implicaría el establecimiento –como decía Lenin– de un doble poder; proceso en el cual el campesinado y los soldados de tropa,

¹³ “[...] en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social” En: Introducción General a la Crítica de la economía política/1857. 1. Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1984.

¹⁴ Marcuse comprende, en su texto *El hombre Unidimensional*, a la contemporaneidad como una época en la cual el desarrollo de la sociedad se somete a un proceso de instrumentalización, vía privilegio del factor productivo por sobre las demás dimensiones de la vida humana. Así, la acumulación económica de capital sería el código de ética en la conducta humana general.

aglutinados también en el soviét, participarían como parte del ejército proletario (Lenin, 1973b).

Después de la muerte de Lenin en 1924, se dificultó la posibilidad de pensar, desde la URSS, la revolución socialista en países de capitalismo tardío, y por tanto concebir políticamente un tipo de proletariado que se ajuste a una singular formación económica social¹⁵. La tendencia del ‘marxismo oficial’, positivizado en los manuales de ciencias, redujo al sujeto histórico a una versión mecánica y antidialéctica, lectura que influirá al conjunto del movimiento comunista internacional, sobre todo en la etapa pos Lenin de la Tercera Internacional.

1.2.3 Mao: de la clase obrera al campesinado

Habría que esperar a Mao Tse-tung, Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui para que el campesinado tome fuerza como sujeto revolucionario en la tradición del discurso marxista. Los planteamientos de estos autores se separaron de análisis que caracterizaban al campesinado con adjetivaciones peyorativas, que le negaban posibles condiciones revolucionarias y de análisis que –a pesar los esfuerzos por incluirlo en una plataforma revolucionaria– nunca lograron traspasar la condición de ‘superioridad’ de los trabajadores urbanos respecto a los campesinos (Marx -1848-, Lukács -1923-, Luxemburgo -1916-, Lenin -1902-, Paredes -1944-)¹⁶. La aplastante supremacía campesina en China, en el sur de Italia y en el Perú, serían puntos básicos de referencia para pensar el rol del mundo rural en la revolución.

¹⁵ Considero que la ‘dificultad’ a la posibilidad de pensar, después de Lenin en la URSS, la revolución socialista, en los países de la periferia capitalista, se puede explicar a partir de un conjunto de circunstancias históricas complejas, que superan con creces las acusaciones vertidas –especialmente desde las corrientes trotskistas y socialdemócratas– hacia la figura de Stalin. Entre algunos factores podríamos mencionar la idea del socialismo en un solo país, la Segunda Guerra Mundial y la derrota de la revolución en los países de Europa Occidental, especialmente Alemania.

¹⁶ Referencias como ‘terrible atraso cultural’, ‘revuelta elemental’, ‘capa vacilante’, ‘idiotez de la vida rural’, a saber, fueron algunas de las formas para referirse a lo campesino por los autores antes citados; a pesar de esto, había anotado líneas arriba, estos planteamientos son sensiblemente modificados en su desarrollo teórico. La intensión de evidenciarlos se da en razón de que, a posteriori, parte de la izquierda lo asume de manera mecánica, descuidando los contextos históricos y la trayectoria de desarrollo en su producción teórica.

Para Mao, el problema de los sujetos de la revolución y la contrarrevolución (categorías íntimamente ligadas) ocupan un lugar de privilegio en su análisis, es por tanto indispensable pensar en los sectores que los componen. Mao se planteará “¿quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos?”, interrogante que encuentra una suerte de respuestas en permanente modificación: la definición de los amigos y enemigos del pueblo cambiará a partir de los distintos momentos de la guerra civil (guerra interna contra el ejército nacionalista, guerra contra el ‘invasor extranjero’) y de la guerra política revolucionaria (revolución democrática de “nuevo tipo” y revolución socialista) (Mao, 1972a: 9/Mao, 1972b: 329-330).

En sus reflexiones, la caracterización del ‘sujeto revolucionario’ (amigos del pueblo) va siempre acompañada de la del ‘sujeto contrarrevolucionario’ (enemigos del pueblo). Por tanto, la forma de comprender al sujeto revolucionario pasa por identificar con claridad las clases sociales que se ubican en el bando antagónico. La definición de los amigos y enemigos del pueblo toma en cuenta la existencia de sectores sociales vacilantes, tendientes a participar en uno u otro bando antagónico. Pasemos revista, entonces, a la forma en cómo Mao pensó la existencia de las clases sociales.

Los enemigos del pueblo están constituidos por los “grandes terratenientes y la gran burguesía compradora” –acólitos del imperialismo–, siendo sus representantes políticos los estatistas¹⁷ y el ala derecha del Kuomintang. En una ambivalente situación, se ubicará la ‘burguesía media’ (burguesía nacional), al verse favorecida por el desplazamiento de los intereses imperialistas de la economía (primera etapa), pero al mismo tiempo amenazada por la perspectiva socialista del proceso revolucionario (segunda etapa). Esto pone en riesgo su particular interés de transformarse en gran burguesía, siendo en lo político su necesidad la de “establecer un Estado dominado por una sola clase: la burguesía nacional” (Mao, 1972a: 10-11/Mao, 1972b: 332). En la perspectiva de Mao, la ‘burguesía media o nacional’ está destinada a dividirse en dos bandos definidos por su apego (revolucionario) o enfrentamiento (contrarrevolucionario) con la tesis de la revolución.

¹⁷ Mao hace referencia aquí a grupos contrarrevolucionarios que, inspirados por tendencias fascistas y auspiciados por los gobiernos imperialistas, se enfrentaban al Partido Comunista Chino –PCCH–.

La ‘pequeña burguesía’, también en una situación política fluctuante (pueden ser o no ser parte de los amigos del pueblo), agrupa a los campesinos propietarios (o campesinos medios), artesanos, las capas inferiores de la intelectualidad¹⁸ y los pequeños comerciantes. Esta clase social, a su vez, se subdivide en tres. La pequeña burguesía en ascenso económico o seducida moralmente por el *status quo* de la burguesía media, siendo esta fracción políticamente de derecha; el segundo sector lo integran las facciones de la pequeño burguesía que, aunque materialmente no tienen posibilidad de ascenso económico, a no ser excesivas jornadas de trabajo y esfuerzo, se mantienen en una actitud ideológica tenue, sin el arrojo necesario como para afirmarse en un determinado campo político. El tercer sector corresponde a las fracciones que van en descenso económico y que, cada vez más, se desapegan a fuerza de los, en otrora, días de bonanza. A este último sector, Mao políticamente lo asocia con el ala izquierda de la pequeña burguesía.

Por otro lado, está el ‘semiproletariado’, compuesto por cinco subclases, “I) la aplastante mayoría de los campesinos semiproletarios¹⁹; II) los campesinos pobres; III) los pequeños artesanos; IV) los dependientes del comercio; y, V) los vendedores ambulantes” (Mao, 1972a:12). El empeño de categorizar el esquema de clases sociales, las fracciones y grupos existentes a su interno, busca determinar el grado de participación de estas capas en la guerra revolucionaria. Es notorio un cierto pragmatismo político que obliga a ‘hacer calzar’ a las clases y fracciones –sin romper la perspectiva de ruptura socialista–, en una disposición adecuada que responda a una situación particular en las relaciones de fuerza, de tal manera que favorezca los intereses del Partido Comunista Chino (PCCH), y por ende a las clases dirigentes del proceso transformador.

Para Mao, existen dos razones para que la clase obrera industrial tenga la posibilidad de ocupar un sitio revolucionario: i) su concentración (física); y, ii) su condición económica (paupérrima), condicionantes que componen su “gran capacidad de lucha” (Mao, 1972a: 15). En este análisis, el proletariado rural (los asalariados agrícolas)

¹⁸ En la lectura de Mao serán los “estudiantes, maestros de enseñanza primaria y secundaria, funcionario subalternos, oficinistas y tinterillos” (Mao, 1972a: 10).

¹⁹ Comprendidos como campesinos empobrecidos: la mitad de la jornada venden su fuerza de trabajo, y la otra, cultivan su tierra; a su vez, se subdividen en tres grupos: superior, media e inferior, caracterizados por el grado de pauperización de las economías y la participación en la propiedad, tendencialmente, como habíamos dicho, venida a menos (Mao, 1972: 334ss).

conforma, junto con los campesinos pobres, el núcleo central del cuerpo social revolucionario, dado que “el campesinado es el aliado más leal y numeroso del proletariado chino”, resolviéndose así el problema de consolidación del “poder democrático campesino-obrero” (Mao, 1972a: 10-126).

Finalmente, la alianza obrero-campesina –idea generadora de Lenin–, en la perspectiva de Mao, se caracterizaría por dos momentos, el primero, que privilegia el territorio rural como área de dominio y hegemonía de las masas campesinas –que tiene como colchón social a las ‘bases de apoyo’ integradas por las comunidades locales–; y, el segundo, a la alianza de clase obrero-campesina se suman los sectores de la pequeño burguesía (intelectuales, especialmente) y burguesía nacional, permitiendo la construcción del “bloque de las cuatro clases” que enfrente al Partido Nacionalista (Ibarra, 2013: 60).

Para Mao, el problema del análisis de las clases y de los bloques revolucionario y contrarrevolucionario, como se mostró, se ajusta a una rigurosa caracterización de la sociedad desde donde se piensa la revolución, en el caso histórico particular, la sociedad china del período de Mao en la primera mitad del siglo XX. Del mismo modo, el intento de idear un sujeto revolucionario, aplicado a una singular formación económica social, se expresará, como veremos a continuación, en las formulaciones del marxista italiano Antonio Gramsci.

1.2.4 Gramsci: el sujeto subalterno y la perspectiva nacional

Gramsci, en las primeras décadas del siglo anterior, opuesto al recetario del ‘socialismo real’, plantearía el pensar con cabeza propia los problemas de la revolución nacional y, concomitantemente, el problema de la lucha política revolucionaria en el plano internacional. La utilización de varias categorías en Gramsci (como sociedad política y civil, hegemonía, guerra de posiciones y movimientos, Estados de Oriente y Occidente, bloque histórico, clases subalternas, filosofía de la praxis, entre otras), sólo son posibles a partir de marcar distancias prudenciales con interpretaciones economicistas y mecanicistas del marxismo; alegando que:

El marxismo no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que esta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee (Gramsci, 2013: 35).

Para Gramsci, la voluntad del sujeto es fundamental para modelar la dimensión social; la dimensión económica establecería una relación no-determinante (sino condicionante) con la voluntad de los sujetos. Dicho en otras palabras: el curso en el cual la economía adopta formas motrices tiene como responsable la subjetividad de los hombres, a la sociedad de los hombres, lo que resulta ser una especie de ‘encuentro’ entre las condiciones objetivas y subjetivas.

La subjetividad se radicalizará en la medida que crece el interés por la revolución socialista, siendo “los revolucionarios mismos [los que] crearán las condiciones necesarias para la realización completa y plena de su ideal” (Gramsci, 2013: 35). Esta reflexión es parte de la polémica que plantea Gramsci para comprender las condiciones del triunfo de la Revolución Rusa en su provocativo ensayo “La Revolución contra El Capital” (Gramsci, 2013: 34-37).

En este sentido, en Gramsci, el sujeto revolucionario estará pensado desde las siguientes variantes: como proletariado y clases subalternas, siempre y cuando se articulen a un tipo de conciencia transformadora: el marxismo, asimilado como filosofía de la praxis, “pivote central del pensamiento gramsciano”, que le otorga un agregado voluntarista al sujeto histórico (Sánchez Vásquez, 2013: 67). Entonces, en la comprensión de Gramsci, voluntad y voluntarismo serían:

Desde el punto de vista marxista voluntad [voluntarismo] significa conciencia de la finalidad, lo cual quiere decir, a su vez, noción exacta de la potencia que se tiene y de los medios para expresarla en acción [...] significa por tanto [...], identificación de clase, vida política independiente de la de la otra clase, organización compacta y disciplinada a los fines específicos propios, sin desviaciones ni vacilaciones (Gramsci, 2013: 40).

Para Gramsci, el tránsito de ‘clase en sí’ a ‘clase para sí’ resulta ser determinante para la creación del sujeto revolucionario. Esto pasa por romper, como principio fundamental, la

hegemonía de las clases dirigentes –y por tanto del Estado y de la historia oficial–, premisa que se cumpliría, para el pensador italiano, en la disputa que se da en la porosidad de la sociedad civil.

El concepto de sujeto revolucionario contiene a su vez al “pueblo (o sea, el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de toda forma de sociedad que ha existido hasta ahora)” (Gramsci, 2013: 489). Ergo, el pueblo puede configurarse en un sujeto revolucionario, una vez superada su relación (material e ideológica) con las clases dominantes.

Hay que tomar en cuenta que en la situación ideológica de los subalternos se integran formas de comprensión del mundo que se desprenden de las clases dirigentes, adhiriéndose de manera “activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes” (Gramsci, 2004: 491), que se originan en “grupos sociales preexistentes” –lo que Gramsci denominó consenso activo de los dominados–, ocasionando que la comprensión de los fenómenos sociales se muestren “disgregados, discontinuos y episódicos” (Gramsci, 2013: 491).

Ahora, el conjunto de las clases subalternas (el pueblo), en la perspectiva de constituirse en sujeto revolucionario, tiene posibilidades de “afirmarse en una autonomía integral”, lo que le otorgará la posibilidad de unificarse, alternativa únicamente válida en la lucha contrahegemónica en las organizaciones de la sociedad civil (Estado ampliado) y la disputa por el control de la sociedad política (Estado cerrado) (Gramsci, 2013: 491-492). El proceso de consecución de ‘autonomía integral’ de las clases subalternas, respecto de los grupos hegemónicos, resulta la base sobre la cual se erige el sujeto transformador.

En Gramsci, el sujeto revolucionario responde a un tipo de realidad específica, que está marcada por una permanente lucha en el plano ideológico, por tanto, tiene que ser pensado de manera singular. De esta forma, los sujetos revolucionarios (proletariado y clases subalternas) se forman paso a paso en el terreno de la disputa política con la burguesía y el conjunto de las élites dominantes. Así, las características de la formación social marcarán la pauta para entender a su vez el tipo de sujeto histórico existente.

1.2.5 Mariátegui: la idea del sujeto indoamericano

La temprana voluntad de José Carlos Mariátegui, por aplicar el marxismo a la especificidad de la realidad latinoamericana (1920), fue una actitud pionera en el pensamiento regional, que le permitió problematizar el objeto ‘desarrollo del capitalismo’ de manera singular en la tradición política de izquierda²⁰, e identificar a los actores sociales silenciados en la historiografía nacional, que en la perspectiva de la revolución socialista configurarían un sujeto revolucionario –las masas trabajadoras indígenas– inadvertido para buena parte de la tradición.

Tal como lo anota José Aricó, Mariátegui resulta ser el antecedente más longevo de, lo que posteriormente se conocería como, la Teoría de la Dependencia. En la idea transversal de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1927), se expone la articulación de Latinoamérica en el desarrollo general del capitalismo. El rol al que económicamente ha sido sometida la región es una muestra del encadenamiento a la expansión del capitalismo mundial, desde una condición de dependencia²¹. La relación centro-periferia no se aplicará de forma exclusiva en la dinámica estrictamente económica, sino que también en las esferas jurídicas e ideológicas. En tal medida, la educación, las expresiones del arte y la literatura estarían sometidas a este condicionamiento: ser reproductoras de los patrones de funcionamiento generados en los capitalismos centrales, anulando la especificidad de la nación peruana y por extensión –parafraseando a Jorge Abelardo Ramos– de la Nación Latinoamericana (Ramos, 2012).

Sin embargo, a pesar del grado de sometimiento a los diversos tipos de capital que han operado en la región (español, inglés y estadounidense), sobreviven en Latinoamérica formas particulares de sociedades, produciendo una determinada configuración de la formación social capitalista. Este doble razonamiento en Mariátegui, de ser a su vez una

²⁰ Rafael Polo, en su libro *La crítica y sus objetos* (2012), recuerda que el objeto del pensamiento ‘desarrollo del capitalismo’, en el caso del Ecuador, ocurrió en la década del sesenta, contraste que permite advertir la actitud vanguardista del trabajo de Mariátegui.

²¹ Aquí es importante resaltar las conclusiones a las que, por su vía, llegó Ricardo Paredes (otro de los ‘antecedentes’ de la Teoría de la Dependencia) quien señalaba: “sería bueno subdividir este primer grupo de países en dos categorías, en base a razones políticas: a) Países dependientes (Argentina, Brasil, Uruguay, México, Ecuador); b) Países coloniales semicoloniales, en los que se plantea como problema fundamental la cuestión de la emancipación nacional” (Paredes, 1978: 353- 361).

región articulada (de manera dependiente) al capitalismo central y de disponer de rasgos particulares de desarrollo social, permitiría pensar la especificidad del sujeto revolucionario en Indoamérica.

Para Mariátegui, la singularidad que adquieren las masas campesinas en Latinoamérica, y particularmente en la zona andina, sería la de contar con un antecedente civilizatorio propio, con instituciones sociales sobrevivientes (v.g la minga como forma colectiva del trabajo), que permitirían pensar la construcción del socialismo, superando la estructura social colonialista y de capitalismo dependiente.

El concepto de “elementos del socialismo práctico” en las comunidades campesinas andinas (Mazzeo, 2009: 63; Mariátegui, 2008: 69), más la difusión de la idea del socialismo en las masas indígenas empobrecidas, son los factores modeladores de un sujeto histórico ajustado a la singularidad latinoamericana: el campesinado indígena²², al entender que “en el Perú las masas –la clase trabajadora– son en sus cuatro quintas partes indígenas” (Mariátegui, 1984: 225)²³. En tal virtud, la síntesis que se establece entre marxismo y un tipo singular de formación social, en la perspectiva superadora del capital, sería la del “socialismo indoamericano” (Mariátegui, 2008: 32).

Mariátegui, al ser un conocedor del marxismo italiano, planteó, al igual que Gramsci, la tesis del voluntarismo, lo que permitió, a la vez, entender un sujeto revolucionario con una subjetividad singular, que contrarrestará no sólo el determinismo de la corriente ortodoxa de la Tercera Internacional, sino también la propuesta del sujeto racional occidental de la modernidad²⁴. El sujeto revolucionario de Mariátegui se inscribirá en lo que Quijano llamó “racionalidad alternativa” (Quijano, 1981).

²² El ecuatoriano Manuel Agustín Aguirre vería este planteamiento como la particular ‘creacionista’ de Mariátegui, caracterización similar que le otorgará al cubano Julio Antonio Mella (Aguirre, 1983: 11).

²³ El pensamiento de Ricardo Paredes expresa -con límites en su desarrollo-, la idea de incorporación de las masas campesino-indígenas en la perspectiva de acción política (Paredes en: Ibarra (comp), 2013: 92).

²⁴ El sujeto moderno, pensado desde Occidente, es el sujeto de la razón, de la secularización de la vida y de la calculabilidad. Por tanto, la naturaleza (el objeto) estaría directamente sometida por los hombres (el sujeto). En la versión de Quijano, uno de los aportes del sujeto revolucionario en Mariátegui resulta ser el de poseer una ‘racionalidad alternativa’: una racionalidad no-cósica, que no cosifica al ‘objeto’. Se advierte, de este modo, la posibilidad de incluir en la configuración de ‘sujeto moderno’ a otro tipo de ‘racionalidades’, al respecto es importante tener en cuenta el Capítulo V “El factor religioso” del *Siete ensayos*. Mariátegui, José

La propuesta de socialismo indoamericano anula el presupuesto ‘gradualista’ de avance hacia el socialismo, que hacía obligatorio el ‘tránsito por el capitalismo’ a los países ‘feudales o semif feudales’; dado que, como versa el análisis de Mariátegui, el hecho de que Latinoamérica no tenga un desarrollo capitalista igual que los países del capitalismo desarrollado, no significa que la región no esté integrada al desarrollo internacional del capital, y que por tanto que no sea capitalista²⁵. Y, sin embargo, eso no quita los rasgos endógenos de expansión de dicho modo de producción. En esta medida, las masas trabajadoras indígenas supondrían una forma de colectivización de la vida social, originada en el pasado civilizatorio incásico, y, a pesar del bárbarico proceso de colonización, es posible aún contar con una experiencia práctica ‘protosocialista’ canalizable a la estrategia revolucionaria.

En síntesis, el campesinado andino o la población indígena de los Andes (básicamente de la Sierra) vinculada con las tesis socialistas, son el sujeto histórico destinado a construir un tipo de socialismo que integrará a los principios modeladores de la sociedad comunista formulados desde el marxismo, la idea de colectivización presente en los códigos de la comunidad Andina (‘elementos del socialismo práctico’ indoamericano).

1.2.6 El marxismo crítico y la creación del sujeto

En aras de buscar, desde el marxismo, posibilidades de ampliación del concepto del sujeto revolucionario, he optado por incluir a ciertos autores –Lukács, Lefebvre, Mattick, Korsch, Pannekoek, Marcuse– que han profundizado, desde la filosofía especialmente, un punto de vista crítico a la asunción mecanicista del sujeto revolucionario como clase obrera industrial; y, de esta forma, ampliar las posibilidades de comprender al sujeto revolucionario como agente de la crítica total al capital (Echeverría, 1971). Al decir de Gouldner, la defensa de la capacidad crítica como característica nuclear del marxismo sería

Carlos. Sete ensaios de interpretação da realidade peruana. Expressão Popular, CLACSO Livros, Coleção Pensamento Social Latino-Americano. São Paulo. 2008

²⁵ Esto supondría un corte con la tradición del pensamiento de izquierda regional sometida a las resoluciones del ‘marxismo socialdemócrata’ o de la Komintern, que postulaban una salida ‘gradualista’ al modo capitalista de producción y no, como en el caso de Mariátegui, la revolución socialista indoamericana.

el soporte de una forma de pensar la realidad, a través de la instrumentación de la dialéctica, planteando la urgencia de entender el sujeto histórico como la posibilidad de agencia de los sujetos, esto implica, la construcción del sujeto portador de un espíritu que enfrente la historia, y no la asuma de manera estática.

Para Lukács el punto de encuentro entre proletariado, revolución y marxismo se da a partir de la categoría de totalidad; el paso de entender las cosas como hechos o tendencias aisladas a “la realidad del proceso general, la totalidad de la evolución social” (Lukács, 1970: 21). La totalidad expresada en el proletariado permite la constitución de un sujeto histórico que integra, en la lucha social, la idea de cooperación con otras clases oprimidas y explotadas en la sociedad capitalista (Lukács, 1970: 39).

El carácter del mercado mundial determina la relación –oculta– de obreros individuales entre sí, de manera cada vez más creciente. La mercancía cumple el rol de enlace entre el trabajo objetivado de varios obreros, que no pueden ser conscientes de la condición social del trabajo por el fenómeno conocido como fetichismo, cosificación o reificación (Marx, 2002: 87-102, Lukács, 1969: 90), lo que hace que las relaciones entre personas aparezcan como relaciones entre cosas (Engels en: Lukács, 1969: 17). Ese proceso material de totalización de la producción y de la vida social, evidenciada y asumida conscientemente por los trabajadores, es el punto de partida para la generación de una acción política total, entiéndase, revolucionaria.

Henry Lefebvre, en un provocativo ensayo, pregunta “¿es revolucionaria la clase obrera?”, interrogante que para el apriorismo obrerista resulta ser más que herético. El cuestionamiento de Lefebvre apunta a la desmitificación de un sujeto preconstituido y a la necesidad de creer en la existencia de un sujeto en la medida del trajinar político. La afirmación de partida será: la clase obrera “no posee un conocimiento inmanente” (Lefebvre, 1974: 252); por tanto, *per se* no es revolucionaria, puesto que el presupuesto para caracterizar lo revolucionario pasa por dimensionar la totalidad social, lo que equivale a levantar una estrategia que se desprenda de un análisis global del todo social, que excede a la vida en la fábrica.

El papel revolucionario de la clase obrera, para Lefebvre, no es de carácter estructural-dado, sino coyuntural-creado. La condición para que la clase obrera obtenga el estatuto de revolucionaria pasa por su involucramiento en una realidad que es más grande que el horizonte gremial, y que se libere de la “tendencia a la estrechez” (Lenin en: Lefebvre, 1974: 253). La pregunta subyacente es ¿cómo la clase obrera puede ir de lo particular a lo general, dicho en otras palabras, cómo la clase obrera puede transformarse en proletariado?

Lefebvre establece dos momentos: el primero muestra a la clase obrera desconectada de la totalidad social, reproductora de la “ideología de empresa”, portadora de un “proyecto político mínimo”, de corte reivindicativo, y circunscrito en estricto al mundo de la fábrica. En un segundo momento, la clase obrera se conecta con el todo social, es portadora de una “ideología de partido”, impulsa un “proyecto político máximo” (Lefebvre, 1974: 258-260). La negatividad, como valor oposicional al capital y de carácter destructivo, obliga a entender en su aspecto revolucionario, a su vez, a los trabajadores que están por fuera del mundo de la fábrica: el Ejército Industrial de Reserva²⁶.

Por otra parte, Paul Mattick y Karl Korsch se plantean que: si bien es verdad que la ley del valor marxista demuestra la inmanente contradicción en el proceso de acumulación capitalista, eso no supe la acción de los sujetos, de ahí que el resto, que se pueda realizar en la tentativa revolucionaria, es responsabilidad creativa de la política (Mattick, 1978: 53), de la supresión revolucionaria del modo de producción capitalista (Korsch, 1978: 125). El nexo entre la teoría de la acumulación y la idea del derrumbe²⁷ sería posible únicamente librándose del abordaje ‘puramente económico’; esto en razón de entender que en el marxismo no es la economía la que determina las relaciones de clases dadas, sino que, por el contrario, son las relaciones sociales de producción capitalistas (en su forma más amplia) las que configuran la economía (Mattick, 1978: 54). En este sentido Korsch sostiene que hay que romper ‘la piedra filosofal’ de la economía. La tendencia de estos autores es darle

²⁶ Esta conclusión guarda un paralelismo con el planteamiento del escritor ecuatoriano Alejandro Moreano, cuando teoriza al proletariado como el portador de la negatividad del capital, lugar en el que el Ejército Industrial de Reserva se localiza.

²⁷ La teoría del derrumbe plantea el colapso del capitalismo por vías estrictamente económicas independientemente de la intervención humana, propuesta popularizada por Grossmann al calor de la crisis final de los primeros años de la Revolución Rusa y la Gran Depresión del treinta del siglo pasado.

piso a la necesidad de entender que el sujeto histórico se crea y surge bajo determinadas condiciones. De esta manera, formulan una crítica de la teoría de la crisis (y su versión radicalizada, la crisis final), dado que esas subjetivaciones predictivas –al decir de los autores– desatienden el movimiento objetivo de clase del proletariado; minimizando la capacidad adaptativa del capital, la lucha ideológica de clase, el rol del Estado y la mayor rapidez del ciclo de acumulación de capital que la caída de la tasa de ganancia.

En la versión de Anton Pannekoek, muy vinculada a la versión de Lenin, de que la revolución es un proceso acumulativo de varias batallas perdidas y ganadas, se plantea que el proletariado espera muchas catástrofes y no una, vista la capacidad adaptativa del capital, que los teóricos de la ‘crisis final’ no toman en cuenta (Pannekoek en: Mattick, 1978: 56). Así, Pannekoek plantea, de manera bastante cercana al Marx de la *Carta a Blosh*, que el factor subjetivo parece haberse aproximado más a las condiciones de lucha, que el factor económico.

Por otro lado, con el detonante de la rebelión de la juventud francesa del mayo 68, Herbert Marcuse radicaliza sus distancias con el marxismo soviético, al criticar el *a priori* del sujeto revolucionario, apalancado en el desarrollo económico del capitalismo; según su postura “los portadores sociales de la transformación no se forman sino en el proceso transformador” (Marcuse, 1968: 25). En *El final de la utopía* (1968), expone las posibilidades de construcción del sujeto revolucionario en el presente, ya no en el horizonte futuro; a partir de la “nueva imaginación proletaria y las nuevas determinaciones del factor subjetivo” (Marcuse, 1968: 45), del apareamiento de nuevos actores sociales (como el caso del estudiantado) y de la emergencia revolucionaria en los países de tercer mundo. Estos nuevos actores serían la verificación de la inexistencia de una clase redentora y de la configuración de una multiplicidad de grupos, que se arropan en una especie de negatividad antisistémica, al plantearse el desplazamiento del reino de la necesidad al reino de la libertad.

De las reflexiones de estos autores, se desprende una noción de sujeto revolucionario que está en relación con las condiciones materiales de existencia, sus particulares formas de asumir la conciencia política (subjetividad revolucionaria) y sus posibilidades de generar una negación del capitalismo, a partir de la praxis revolucionaria.

La asimilación de estos postulados, en la acción política de los partidos de izquierda en América Latina y en Ecuador, será limitado. Y sólo hasta después de la caída del muro de Berlín (1989), algunos intelectuales, en su mayoría no vinculados a los partidos comunistas, regresan a ver estas formas de concebir el sujeto revolucionario, pues la versión predominante del marxismo fue la del Manual de Ciencias de la URSS²⁸.

1.3 La experiencia latinoamericana

Mientras en Europa, producto del reordenamiento en las relaciones estado-sociedad posteriores a la Segunda Guerra Mundial, tenían lugar: la implantación del Estado de Bienestar Keynesiano, la ofensiva contra la clase obrera, el pacto obrero-patronal –que reducía el alto nivel de conflictividad de otras décadas–, la consolidación de la versión socialdemócrata y positivista del marxismo, la invasión a Checoslovaquia y Hungría –por parte de la URSS–, el triunfo de la tesis de coexistencia pacífica al socialismo –en el célebre XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) –, la separación de los países capitalistas modernos del centro de las posibilidades de la revolución socialista y del pensar el sujeto revolucionario; en el otro lado del mundo, en los países de capitalismo tardío y de la periferia occidental, la situación se presentaba de forma completamente distinta.

El resurgimiento de los movimientos de liberación nacional en diversas regiones del Asia, África, América Latina y las Antillas²⁹, la emergencia anticolonialista desatada en el sur-este asiático, el espaldarazo de la Revolución China, las luchas anticolonialistas en Indochina (Laos, Camboya, Vietnam) y las figuras que, por peso propio, impondrán

²⁸ En el caso latinoamericano, la fórmula científicista tuvo sus adeptos a pie juntillas; siendo quizás, los manuales de difusión del marxismo-leninismo a través del Instituto de Estudios de la URSS (Spirkins, Kusinien, etc.), los textos ‘más positivistas’ de Engels y Lenin (*Anti-Dühring*, *Materialismo y Empiriocriticismo*), los trabajos de divulgación de Martha Harnecker (sus célebres *Conceptos elementales del Materialismo Histórico*), los presupuestos teóricos que privilegiaban el “método analítico-reductivo de la ciencia positiva...[por sobre] el sintético totalizador de la dialéctica” (Muñoz, en: Lichtheim, 1973:17); situación que condicionaba, en buena medida, la salida al socialismo a través del mítico desarrollo de las fuerzas productivas, objetivada en la configuración del resolutivo objeto clase obrera industrial.

²⁹ Personajes como Frantz Fanon adquieren prestancia política e intelectual en su lucha por la liberación del yugo francés en Argelia, del régimen colonialista de varias potencias europeas (Francia, Holanda, Bélgica, Portugal) persistente en más de una veintena de países en las Antillas, y en el apoyo a los procesos de liberación nacional en gran parte del territorio africano.

particulares formas en el ejercicio revolucionario (Ho Chi Míng, Võ Nguyêñ Giáp), significarían el emplazamiento de la idea de la revolución en los países de capitalismo tardío, y el apareamiento de otras posibilidades para la definición del sujeto revolucionario.

En el caso particular del hemisferio occidental, el triunfo de la Revolución Cubana desplaza el campo de atención política de la izquierda mundial a Latinoamérica, estableciéndose, en la práctica, una crítica a la estrategia de izquierda hasta entonces dominante (Moreano, 1976: 76). Resultado de esto, aparece una articulación entre el campo ‘intelectual’ y el campo político. De la acción política se desprende, a su vez, la crítica teórica-ideológica.

Sería el campesinado, ligado a la lucha guerrillera, el actor político central de la acción revolucionaria latinoamericana³⁰, en un tiempo en el que, paralelamente, existía una álgida lucha sindical (1960), sobre todo en el caso de los países de Cono Sur. La lucha guerrillera, no obstante, adquiriría un despliegue mayúsculo, confirmado en el triunfo de la Revolución Sandinista (1979). Casi todos los países de la región tuvieron, en diferentes niveles, intentos de implantación de ‘focos guerrilleros’, como en el caso colombiano, que devinieron en más que simples intentos.

Alejandro Moreano señala que, en este contexto, los aportes políticos latinoamericanos de mayor relevancia a la experiencia mundial de la lucha de la izquierda fueron: las guerrillas de liberación nacional, la Teoría de la Dependencia, las luchas obreras y la Teología de la Liberación. Cada uno de estas elaboraciones intelectuales y políticas determinó nuevos entendimientos sobre el sujeto revolucionario, a partir de las características territoriales de los procesos de lucha de clases. El campesinado, la clase obrera, ‘los pobres y el pueblo’ y los sectores intelectuales de la clase media se constituyeron en actores que, en determinados momentos, cumplirían roles de importancia en la conflictividad política de la región. Cabría señalar que, en el caso latinoamericano, este debate deja abierta la posibilidad de ampliar la concepción del proletariado y del sujeto revolucionario desarrollada desde el campo intelectual europeo. En este momento, Ernesto

³⁰ A pesar de que Régis Debray, en su texto *La crítica de las armas*, sostiene que las ‘armas’ desplazaron a la población de la responsabilidad de la acción revolucionaria, creo, no obstante, que en el ideario de la izquierda latinoamericana, el campesinado, manifestado en la lucha guerrillera, ocupará un rol de importancia, en la perspectiva de pensar el sujeto revolucionario.

Guevara de la Serna, ‘El Che’, se convertirá en el referente del deber y del ser-revolucionario.

Las definiciones en cuanto al sujeto revolucionario se fraguaron en rigor a partir de la emergencia revolucionaria. En una zona de inequidades, convulsionada por la lucha social, la lucha política marcará la pauta en la definición del sujeto revolucionario, sobre todo, las revoluciones victoriosas (Cubana, Sandinista y la ‘vía chilena al socialismo’).

El debate medular que, posterior a la Revolución Cubana, se coloca en la escena política-intelectual, es el de la vía pacífica o armada para la revolución; éste será uno de los nodos centrales en la diferenciación de las izquierdas, que a su vez estaba asociado a la dicotómica tensión dada entre reforma o revolución, como “proyección estratégica de ruptura” (Sader, 2009: 121). Lo electoral y lo armado entrarán en una relación antagónica en la izquierda latinoamericana y, por tanto, afectarán la constitución del sujeto revolucionario.

1.3.1 Cuba: el militante en la construcción del hombre nuevo

La Revolución Cubana aportaría a la militancia latinoamericana, según Sader, un espejo mucho más reconocible, para mostrarse, a sí misma, la posibilidad de actuar con mayor arrojo a la conquista del utópico porvenir, a partir de encadenar acontecimientos precedentes de resonancia regional³¹ que no pudieron fraguar la idealizada “conquista del poder”. Esto significó, para casi toda la izquierda latinoamericana, tender puentes de identidad entre el marxismo europeo con figuras como las del Che y Fidel (Sader, 2009: 16); y aun más, se habilitó un desplazamiento del eje revolucionario de Europa y Asia, esta vez a América Latina³².

³¹ El asesinato de Gaitán en Colombia, que culmina con un alzamiento popular conocido como el “bogotazo” de 1948; la Revolución Boliviana del 1952 dirigida por el MNR; la contrarrevolución encabezada por Estados Unidos en respuesta al gobierno progresista de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954; e inclusive, con menor impacto regional y un poco más alejado cronológicamente de la Revolución Cubana, la insurrección popular dada en Quito en 1944, conocida como ‘La Gloriosa’.

³² Aquí se resalta el rol que el acontecimiento político revolucionario asume (Revoluciones Rusa, China y Cubana) para la configuración de los epicentros de la atención política mundial.

En la figura del militante se producía la virtualidad del ‘ascenso’ en el escalafón humano, dado que “el marxista [el revolucionario] debe ser el mejor, el más cabal, el más completo de los seres humanos” (Che en: Hart, 1989b: 393), ya que “el deber del revolucionario es hacer la revolución” (Castro en: Hart, 1989b: 372). La idea del arrojo, y de la predisposición del revolucionario a luchar, suplía otros factores integrantes de la contienda política. En adelante, el espíritu voluntarista (práctico) asumirá componentes trágicos, superponiéndose al esfuerzo teórico. Las *Tesis de Feuerbach* de Marx (1845), en especial la XI³³, pasarían a constituirse en una especie de ‘recetario eticista’, con lo cual, la práctica militante se izó por sobre las preocupaciones teóricas. En sí, en el imaginario de la izquierda latinoamericana, el ser militante significó el trascendente histórico, ser protagonista del nuevo ciclo construido por los mismos revolucionarios. Cuba representaría el derrotero paradigmático, parafraseando a Luckás, significaría la “actualidad de la revolución” (Luckás, 1970: 9).

Entonces, ¿qué es lo que el proceso cubano aporta para entender la configuración del sujeto revolucionario? En primer lugar, la figura del militante revolucionario como el factor determinante de la historia; la disciplina y la entrega absoluta a la causa de la revolución inauguró un modelo del deber, del ser-revolucionario, plasmado en la idea del ‘hombre nuevo’.

Por otro lado, se encuentra en la praxis revolucionaria el ‘apoyo’ del campesinado en el despliegue de la lucha guerrillera, y el respaldo del pueblo; categoría política en la que se encuentran todos los sectores ‘maltratados’ por el régimen de la dictadura de Fulgencio Batista, y que incluyen a los campesinos, trabajadores y estudiantes. En el “Mensaje a los pueblos de mundo a través de la Tricontinental”³⁴, el Che pronuncia un discurso que tendrá enorme impacto en el comportamiento de la izquierda, y donde se reivindica la unidad de los pobres en Latinoamérica como eje central de la lucha contra el imperialismo (Hart, 1989a: 333). De esta manera, Cuba adquirirá una referencialidad mítica y provocará una enorme simpatía en el conjunto de la izquierda latinoamericana, lo que permitiría abrir, con más certezas, los horizontes de la lucha armada para la región.

³³ “Todos los filósofos no han hecho nada más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 1970: 12).

³⁴ Discurso pronunciado por el Che el 16 de abril de 1967.

1.3.2 Chile: la clase obrera y el poder popular

Si el campesino había sido la figura central de la lucha de los años sesenta en América Latina, la clase obrera, producto del desarrollo del capitalismo y de los procesos industriales, empieza a tomar centralidad en el desarrollo revolucionario durante los setenta. En el caso de Chile, la participación política de los trabajadores se expresa en la conformación de un potente movimiento de masas, la Unidad Popular –UP–, que articularía a la mayor parte de los partidos de izquierda y de las centrales obreras –bases sociales de esos mismos partidos–, generando un referente en varios aspectos para la izquierda latinoamericana.

La ‘vía chilena al socialismo’ hará que el sujeto revolucionario –obrero– entre, de manera directa, a la cogestión de las empresas –la producción– en un ambiente de paz, antítesis del modelo cubano del ‘foco guerrillero’. Esto determina un cambio en la concepción del sujeto, debido a que asume nuevas tareas en la esfera de la producción, lugar en el cual se podría transformar la contradicción entre el capital y el trabajo. El proyecto de la izquierda chilena sería el de la “viabilidad de un proyecto socialista dentro de los parámetros de una situación en que se articulan un orden socio-económico capitalista y un orden político democrático” (Baño y Flisfisch, 1988: 47).

En el modelo chileno, la transformación se haría en democracia, lo que implica, como se señaló en el párrafo anterior, la participación del sujeto revolucionario en la producción para el progresivo cambio de las relaciones sociales –pues el poder ha sido conquistado de forma pacífica–. La construcción del socialismo, en el modelo de la UP, no pasa por la abolición violenta del Estado burgués, sino por “reemplazar la actual constitución burguesa dentro de la propia Constitución, respetando las instituciones políticas y las leyes vigentes” (Garcés, en: Baño y Flisfisch, 1988: 83). Aunque el golpe de estado a Salvador Allende (1973) modificó esta visión, abriendo la discusión hacia las posibles limitaciones de las transformaciones en democracia y la pertinencia de la lucha armada.

1.3.3 Nicaragua: nacionalismo y liberación

Desde la segunda mitad de la década del setenta, la Revolución Sandinista centra la atención de una parte de la izquierda latinoamericana, que, desde el interés de ampliar las posibilidades de acción de los partidos formales (comunistas, socialistas), se ven atraídos por un movimiento: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), el cual, sin el canónico uso de la terminología marxista, desarrolla un proceso revolucionario que vincula –en la perspectiva del sujeto revolucionario– a campesinos, obreros, estudiantes, sacerdotes, intelectuales de la clase media y sectores de la burguesía nacional; una composición heterogénea que cuestiona las versiones clásicas sobre el sujeto revolucionario. La diferencia, respecto a la experiencia cubana, radica en que la configuración del sujeto tendrá como uno de los componentes más fuertes el nacionalismo, y en menor medida, el socialismo.

Con ese antecedente, el FSLN levanta varias inquietudes. ¿Cómo plantearse la revolución por fuera de la ortodoxia marxista? ¿Cómo remplazar a los insignes referentes de la revolución como Marx o Lenin, e inclusive el Che o Fidel? ¿Con qué sustituir la propuesta socialista hacia las masas? ¿Cómo motivar un proceso que tenga en esencia la posibilidad de generar una alta movilización de masas en respaldo a las fuerzas rebeldes? Y, ¿con qué sustituir al proletariado como sujeto central del proceso de emancipación?

Uno de los ejes en la configuración del ideario revolucionario nicaragüense es, sin duda, la imagen de Augusto César Sandino³⁵. La idea de lo nacional, en esta perspectiva, estaba ligada a lo popular: potenciar lo nacional significaría incluir el acervo localizado en los sectores excluidos del Estado oligárquico, que modelaban la sociedad a partir de las imágenes foráneas, especialmente europeas y estadounidenses. En efecto, la patria y la nacionalidad pasarían a ser posibles desde la base de la libertad y la unidad de todos los

³⁵ Sandino es el símbolo de la identidad nicaragüense, conjuntamente con el poeta Rubén Darío. Comandó la resistencia en la guerra contra Estados Unidos en Nicaragua (1930); transformándose su pensamiento, años más tarde, en la base ideológica para la conformación de FSLN. Del uso de la imagen de Sandino se desprende, por una parte, la necesidad de contar en Latinoamérica con referentes ‘propios’ (nacionales), independientemente de si estos se fraguaron en contextos históricos y políticos, no necesariamente empáticos con la perspectiva de ruptura socialista. De esta manera, Bolívar, Artigas, Sandino, Martí, Alfaro (para el caso ecuatoriano), entre otros, se transformarían para parte de izquierda regional (como AVC, M-19 o MLN-Tupamaros), en los símbolos sobre los cuales cohesionar voluntades de lucha antioligárquicas y antiimperialistas.

oprimidos. De ahí que: el “odio a los agresores externos y a los vende patrias” y “la unidad de acción entre los patriotas y los oprimidos” (Weelock Román y Sandino, en: Muro, 1986: 49) sería condición fundamental del ejercicio de la política revolucionaria.

En el FSLN no existió una homogeneidad teórico-política, pero sí una relación compacta entre las tendencias existentes al interior³⁶, a partir de dos motivantes ideológicos: el problema del poder y la participación activa del pueblo. Esto sólo fue posible a partir de una configuración amplia, de esencia policlasista³⁷. De esta manera, existió un “considerable grado de pluralismo político”, planteándose, en este sentido, que en el proceso revolucionario, la clase obrera no representaba la hegemonía (Vila y Harris, 1985: 11), conformándose un bloque de fuerzas revolucionarias múltiple, con contenidos heterogéneos, en donde estudiantes, campesinos, barriadas de las ciudades, obreros, cristianismo de base radicalizado, e inclusive sectores de la “burguesía patriótica” (Vila y Harris, 1985: 10), componían una sinfonía amplísima –no poco disonante– que se agrupaba en el genérico de: pueblo y de patria³⁸.

La experiencia sandinista aporta una serie de elementos a la lectura del sujeto revolucionario, que, bajo las condiciones de la dominación imperialista norteamericana, se alimenta con un sentimiento patriótico. Este sujeto revolucionario no es homogéneo, pues no necesariamente se agrupa en torno a la identidad de lucha anticapitalista, abriéndose las posibilidades de un sujeto revolucionario colectivo, que se va construyendo en la praxis revolucionaria, sobre la base de una figura de identificación común, en el caso de Nicaragua, Sandino.

³⁶ Nos referimos a las denominadas tendencias: la proletaria, la tendencia de Guerra Popular Prolongada y la insurreccional o tercerista (Muro, 1986: 134).

³⁷ En tal virtud, la lucha antidictatorial no necesariamente significa lucha anticapitalista, así la caída de la dictadura de Anastasio Somoza no significó, por tanto, el enfrentamiento con la burguesía en su conjunto. En esa misma línea, el combate antioligárquico (entendidas como lucha contra las fracciones más atrasadas -en términos históricos- de la élite dominante) *per se* no implica una postura anticapitalista, sino más bien, una crítica al anquilosamiento de las relaciones sociales capitalistas y a los grupos tradicionales de poder.

³⁸ Así se confirma en la participación de elementos no somocistas de la burguesía en la Junta de Gobierno Nacional de Reconstrucción, posterior al triunfo del sandinismo en junio de 1979; como anotaba el comandante sandinista Luis Carrión, “sacrificar los intereses individuales o de grupo, en beneficio de los sagrados intereses de la Patria” (Carrión en: Vila y Harris, 1985: 20).

1.3.4 Teología de la Liberación y el sujeto ‘pobre’

Como anoté, la Teología de la Liberación resulta un fenómeno propiamente latinoamericano, que se extenderá por varios países, incluyendo el Ecuador³⁹. Sectores cristianos de base y teólogos asumen la construcción de la iglesia al servicio de los humildes, como la “opción preferencial por los pobres” (Gutiérrez, 1974: 308), ligando las necesidades de la población pobre a la misión liberadora y salvífica de Cristo en la Tierra (Gutiérrez, 1974: 321). La dimensión social de la iglesia crea condiciones para la inclusión de las masas en la acción política, a través de las Comunidades Eclesiales de Base –CEBs– (Proaño, 1974: 62). El ser pobre, en este sentido, asumiría una connotación paralela al ser explotado de la razón marxista (Moreano, 2012: 31); de esta manera, los pobres serían los protagonistas y el sujeto histórico concreto, absoluto y único de la liberación (Fornet-Betancourt 1993: 248; Moreano, 2012: 32).

Para Dussel, la praxis será el elemento articulador entre teología y marxismo. La construcción de lo inmediatamente necesario para los desposeídos resulta ser el código de ética que, a su vez, promoverá una metodología de acción y participación de los sectores excluidos. Formalmente, no está en su dominio definir quién es el sujeto de la revolución, no es su responsabilidad producirlo. La iglesia de los pobres, al decir de Leonidas Proaño, tiene como objetivo “denunciar el mal en que se encuentra el hombre” (Proaño, 1974: 62).

A pesar de lo anterior, Moreano plantea que “la iglesia radical descubría en los ‘pobres’ la fuerza espiritual que encarnaba a Cristo”, y, en esta medida, la categoría de ‘pobre’ asume “una visión teológico-política amén a la economía-política” (Moreano, 2012: 29-30). Así, el pobre, en el análisis de Moreano, guarda empatía con la noción de proletariado, visto como todos los oprimidos por el capital y no exclusivamente como el obrero industrial. Este planteamiento es central para entender el debate sobre el sujeto revolucionario en América Latina, debido a que “la tesis de los pobres como sujeto central de la historia, cobrará [...] una dimensión escatológica” (Moreano, 1994: 35).

³⁹ Por ejemplo, en Chile con la corriente “cristianos por el socialismo”; el cristianismo de base y el cura Gaspar en Nicaragua; Monseñor Romero en El Salvador; Camilo Torres en Colombia; Gustavo Gutiérrez en Perú; y en el Ecuador con Monseñor Leonidas Proaño; como algunas de las figuras emblemáticas (Moreano, 2012: 19) (Dussel, 1994: 118-120).

En esta línea, ser pobre se traduce en una cualidad ética del “evangelio de los pobres”. Para la Teología de la Liberación, la pobreza responde a causas sociales fundadas en una “situación estructural, injusticia social, visto a la luz de la revelación cristiana” (Gutiérrez, 1994: 307-308). A este factor material generador de la pobreza se le agrega el factor bíblico, en la tal virtud, “el pecado estaría depositado en la realidad viva” (Paulo VI, En: Proaño, 1974: 60), adquiriendo una dimensión social y no individual. De esta forma, se concluirá en que “el sistema capitalista es pecado” (Proaño, 1974: 63).

Conclusión

Este breve mapeo, sobre el sujeto revolucionario en la tradición del discurso marxista, permitió observar las diferencias que este concepto político-ideológico tiene desde sus formulaciones originales en Europa –con pensadores como Marx, Engels, Lenin, Gramsci– y cómo se transforma al momento de su aplicación en América Latina –Mariátegui, las Revoluciones Cubanas y Nicaragüense, la ‘vía chilena al socialismo’, la Teología de la Liberación– y en otras partes –v.g. la China de Mao–. También, se pueden ver las interpretaciones mecánicas del sujeto, expedidas por la Segunda y Tercera Internacional, y adoptadas de manera acrítica por parte de los partidos de izquierda.

Es posible apreciar la ampliación del sujeto revolucionario, de la figura del obrero europeo del siglo XIX a una compleja y heterogénea composición del sujeto revolucionario en América Latina y la periferia capitalista. Se podría señalar que, en este sentido, el sujeto revolucionario latinoamericano fue pensado en una confluencia policlasista y de distintos tintes ideológicos: nacionalistas, marxistas, teólogos de la liberación, lo que permite observar una fuerte diferencia con la concepción del sujeto revolucionario de los teóricos europeos. A medida que la realidad latinoamericana es entendida de forma más clara, el sujeto revolucionario va tomando forma hacia un sujeto colectivo, abierto a las múltiples posibilidades de maniobra que el proceso de lucha de clases le pueda permitir.

Capítulo dos

El sujeto revolucionario en las izquierdas del Ecuador

“La conservación de un lenguaje marxista, por personas para quienes se ha vuelto totalmente ajeno el pensamiento de Marx, constituye una gran desgracia para el socialismo”.
Georgs Sorel, *Reflexiones sobre la Violencia*

“Mis muertos siguen sufriendo el dolor de la vida en mí”.
Antonio Porchia

*“Eran jóvenes todos.
Y marchaban
con tal coraje y firmeza tanta
que el Futuro -al mirarles avanzar-
hizo genuflexión, cayó rendido
y en rendición a ellos: fue Presente”.*
David Ledesma Vázquez, del poema “Guerrilleros”

En el presente capítulo realizo un recorrido por el debate teórico-político en torno al sujeto revolucionario construido por las izquierdas en el Ecuador, a través de la revisión de las prácticas discursivas de los Partidos más influyentes de la época. El énfasis del capítulo radica en las diferencias inter-partidistas, y no intra-partidistas, de tal suerte que la caracterización, de cada una de las tradiciones de izquierda del período, procura determinar su vertiente hegemónica. Considerando que no se trata de un campo de acción homogéneo, procedo al análisis de la forma en cómo la intelectualidad orgánica pensó el tema, en el Partido Comunista del Ecuador (PCE), Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE), Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) y Alfaro Vive, Carajo! (AVC).

Las preguntas a responder son: ¿cuáles son los elementos que separan a las variantes de izquierda en torno al sujeto revolucionario? ¿Dónde opera la diferencia fundamental en los discursos entre las izquierdas ecuatorianas en su concepción del sujeto revolucionario?

Bolívar Echeverría (2011) establece una diferenciación entre las variantes de izquierda a partir de determinados valores oposicionales, marcados por el nivel de ruptura hacia la modernidad capitalista y, en tal medida, los alcances para la comprensión del concepto de revolución que se fundan en la oposición al carácter oligárquico, racista y explotador de la sociedad capitalista latinoamericana. Por su parte, Cristina Benavides (2014) establece el carácter de diferenciación de las izquierdas en términos de la acción política-militar: vía armada o pacífica/legal o ilegal, asumiendo el esquema tradicional, que se aparta de una propuesta que privilegia –como en el caso de Echeverría– a los aspectos político-ideológicos. El enfoque de la presente tesis considera que las diferencias ideológicas y políticas aportan más, para entender las variantes de la izquierda, que las diferencias que giran en torno a la lucha pacífica o armada.

Las fuentes de investigación que he escogido se refieren de manera directa a lo que pensó la izquierda del sujeto revolucionario en el período 1975-1986, de tal suerte que los análisis, que se separan de la temporalidad analizada, son preferencialmente discriminados, en procura de sortear visiones posiblemente distorsionadas por el tiempo. En este sentido,

los materiales escogidos son: I) los órganos centrales (periódicos, revistas) que proveen criterios –independientemente de su autor– del colectivo partidario, que mayoritariamente se ve identificado con posturas que ocupan una dimensión política orgánica; II) determinados libros, escritos por intelectuales adscritos a una determinada corriente política; y, III) entrevistas a informantes calificados, vistos como militantes de diversos Partidos de la época, en los cuales podemos indagar posturas que, por las limitaciones en general de la producción teórica de la izquierda ecuatoriana, no las encontramos en textos escritos.

Cabe destacar la importancia que en el proceso de investigación tuvieron los órganos centrales de los partidos en estudio, que expresan el pensamiento del intelectual orgánico, voz del intelectual colectivo, en la versión de Gramsci: el Partido. La revisión hemerográfica supuso un análisis del discurso de los partidos en torno al sujeto revolucionario, más allá de que, en la dimensión material esté justificado el privilegio por tal o cual sujeto de la revolución. Dicho de otra manera, la investigación no advierte fácticamente la pertinencia de uno u otro sujeto, sino que, en este capítulo, se limita a simplemente a describirlo.

En el caso del MIR, he analizado la revista y periódicos *Causa Proletaria, Lucha Proletaria y Voz Rebelde*; en el PCMLE he recurrido a su órgano central *En Marcha* y al periódico *Patria Nueva* del MPD (expresión electoral del PCMLE) y a los informes de labores de la FEUE; para analizar el PCE he revisado su órgano de difusión *El Pueblo y Juventud Rebelde*, además de textos de Pedro Saad; para el caso del PSE el periódico *La Tierra* y los textos de Germán Rodas y Jorge Oviedo; para el PSRE, artículos publicados en *La Tierra, Prensa Obrero Campesina, Tribuna Socialistas* y trabajos de Manuel Agustín Aguirre y Telmo Hidalgo; para AVC he revisado la revista *Qué Púchicas, mi País!*, *Montoneras*, los textos *Mientras haya algo que hacer nada hemos hecho* (MHQH), *Insurgencia, democracia y dictadura* de Darío Villamizar y, *AVC: revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa* de Juan Fernando Terán; para el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores –MRT– he revisado *Lucha Socialista, Nuestra Lucha, Tarea Urgente y Movimiento*, además de trabajos de Fernando Velasco.

2.1 En busca de la chispa: la izquierda en el período 1975-1986

El desarrollo del sistema capitalista en el Ecuador, particularmente la expansión del capital industrial⁴⁰ y los centros urbanos tuvieron como correlato la conformación de un importante sector de trabajadores, quienes en una coyuntura política conflictiva, debido a la presencia de la Junta Militar, y la precarización de sus condiciones de vida, empiezan a fortalecer las centrales sindicales. Esto lleva a que, el 13 de noviembre de 1975, se produzca la Primera Huelga Nacional, realizada por el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) conformado por: la Central de Trabajadores del Ecuador (CTE), Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL) y la Confederación Ecuatoriana de Organización Clasistas (CEDOC), quienes colocan la lucha de los trabajadores y del movimiento obrero en la palestra pública⁴¹.

El momento político, iniciado en 1975, marcó la centralidad del movimiento obrero en el conjunto del campo popular que, con una significativa población sindicalizada y una alta tasa conflictos laborales (Dávila, 1992; Ibarra, 2011), impone los escenarios de discusión política nacional, en ajuste no sólo a sus intereses gremiales, sino que incluye las demandas de otros sectores sociales, como lo muestran las plataformas reivindicativas de las doce huelgas nacionales que se van desde 1975 a 1986:

⁴⁰ Los principios de la política de industrialización, durante la década de 1970 en el Ecuador, estaban contenidos en “Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador” (1974) formulada en el gobierno militar de Guillermo Rodríguez Lara. Posterior a los dos períodos dictatoriales (Rodríguez Lara y el Triunvirato Militar), se abre, en lo político, un ciclo de transición hacia el orden constitucional, que estaba, sin embargo, controlado de manera directa por los militares y los EUA, en concordancia con las necesidades de las élites dominantes del país. En este momento, existe una agitación social importante y la presencia de gobiernos represivos -como el de León Febres Cordero-. En lo económico, el ciclo neoliberal comienza a desarrollar su lógica de expansión y a generar el proceso de reprimarización de la economía, además de medidas que afectan directamente a la organización sindical como la flexibilización laboral.

⁴¹ Con Emilio Velasco se produce el triunfo de la línea ‘clasista’ al interior de la CEDOC, de la mano de la FENOC que estaba fuertemente influenciada por la acción del MRT de Fernando Velasco. José Chávez de la CEOSL, en el VI Congreso, rompe con la línea proimperialista con la que se fundó dicha central sindical. Tanto la CEDOC, como la CEOLS, y la CTE de Juan Vásquez (militante del PCE) sostendrán, por primera vez en el país, la unidad de las tres centrales sindicales en el FUT.

No. DE HUELGA	FECHA	PARTICIPANTES	GOBIERNO	PLATAFORMA DE LUCHA
1.	13 de noviembre de 1975	CTE, CEDOC, CEOSL	Gral. Guillermo Rodríguez Lara	Reforma Agraria integral, aumento salarial, nacionalización del petróleo.
2.	18 de mayo de 1977	CTE, CEDOC, CEOSL	Triunvirato Militar	La misma plataforma de 1975.
3.	13 de mayo de 1981	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	Jaime Roldós.	Aumento salarial, contra el alza de los combustibles y pasajes, estatización del transporte público.
4.	9 de diciembre de 1981	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	Oswaldo Hurtado	Los mismo de 1981, más la democratización de la educación superior.
5.	22 y 23 de septiembre de 1982	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	Oswaldo Hurtado	Derogatoria del reglamento de la Ley de Reforma Agraria, derechos humanos y reivindicaciones de los barrios urbanos.
6.	21 de octubre de 1982	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	Oswaldo Hurtado	Contra el alza de los combustibles y las imposiciones del FMI.
7.	23 y 24 de marzo de 1983	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	Oswaldo Hurtado	Devaluación del sucre, incremento de los precios de la gasolina y sucretización de la deuda externa privada.
8.	31 de octubre de 1984	CTE, CEDOC, CEOSL (FUT).	León Febres Cordero	Devaluación del sucre y contra las posturas arbitrarias del gobierno.
9.	9 de enero de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE	León Febres Cordero	Devaluación de la moneda, subida del precio de la gasolina y del transporte.
10.	27 de marzo de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE	León Febres Cordero	Por el aumento salarial y contra la postura arbitraria del gobierno.
11.	17 de septiembre de 1985	FUT, Frente Popular, UGTE y UNE y ECUARUNARI	León Febres Cordero	Contra la desincautación de divisas y flotación de tasa de interés.
12.	25 de marzo de 1986	FUT, Frente Popular, UGT, UNE y ECUARUNARI	León Febres Cordero	Contra el alza de precio de gasolina y transporte.

Fecha: Junio de 1992. Fuente: Jorge Dávila. Elaborado: Tomás Quevedo

Como muestra la tabla, la agenda de las organizaciones sindicales sale de lo gremial, lo que provoca el crecimiento general de la conflictividad social con el apoyo del estudiantado y los sectores jóvenes de las clases medias (Terán, 1994: 14), que serían sectores inclinados, mayoritariamente, a pensar la radicalización de la política y la lucha armada, al tiempo que otros sectores optaron por participar en la democracia a través del sistema partidos (PSE, PCE-FADI, PCMLE-MPD). Así mismo, se puede apreciar la progresiva vinculación de más sectores convocantes a las huelgas nacionales, como el caso de la ECUARUNARI, el

magisterio, los barrios y otra central sindical, la UGTE⁴², no vinculada orgánicamente al FUT.

El retorno a la democracia se produjo en momentos en los que, pese a la intensa represión, las organizaciones sindicales, estudiantiles, campesinas y barriales enfrentaban al Triunvirato Militar, cuya política antiobrera tuvo como desenlace los acontecimientos del 18 de octubre de 1977, en el Ingenio Azucarero Aztra, hecho que implicó la respuesta combativa del movimiento sindical y la adopción de posturas tendientes a la lucha armada⁴³.

Por otra parte, el desarrollo del movimiento estudiantil se afincó en la lucha por el derecho a una educación gratuita y el libre ingreso, siendo en esta coyuntura un aliado importante del movimiento sindical. El magisterio, por su lado, plantearía como demandas centrales al Estado: la cancelación a tiempo de los salarios y la mejora gradual de sus ingresos. A nivel campesino se establecerían dos instancias: la primera es la articulación de las organizaciones campesinas a las estructuras de las centrales sindicales y partidos⁴⁴; la segunda, el desarrollo de otras organizaciones indígenas más allá de la FEI⁴⁵ (aún con concepciones campesinistas) que surge de la acción de los partidos de izquierda, de las OPMs y del ala progresista de la iglesia: la ECUARUNARI (1972)⁴⁶.

⁴² UGTE: Unión General de Trabajadores del Ecuador. Central sindical conformada a principios de la década del ochenta, misma que está articulada estrechamente al PCMLE.

⁴³ La masacre de Aztra ocurre en el momento de un llamamiento a huelga de trabajadores, hecha de manera unitaria por varias organizaciones sindicales que tenía el Ingenio Azucarero (alrededor de 25), provocada a partir de un alza de los precios del azúcar. La respuesta de la patronal sería de las más sanguinarias en la historia nacional, cegando la vida, según los reportes de las centrales sindicales, de alrededor de 130 obreros. Sea a través de respuestas electorales que planteaban un frente de unidad en el FADI (situación a la que se une inclusive el MRT, el MST, entre otros), sea a través de acciones de ‘desquite’ con la burguesía (como el secuestro y ajusticiamiento del industrial Briz López por una naciente OPM), o con el llamamiento, a pocas semanas de la masacre, a una jornada de lucha por parte de las centrales sindicales, el hecho es que el ‘18 de octubre’ y ‘Aztra’ pasarían a ser más que un nombre y una fecha recordatoria: fueron un símbolo para repensar la acción política.

⁴⁴ La FENOC estará articulada a la CEDOC, la FEI a la CTE y la FENACLE a la CEOSL.

⁴⁵ FEI: Federación Ecuatoriana de Indios. Fue fundada en 1944 y estuvo, en el transcurso de su vida, asociada fuertemente al PCE. Una de sus líderes insignes será Dolores Cacuango.

⁴⁶ Sin embargo, la articulación de sindicatos rurales y partidos de izquierda fue anterior, data de 1930 y se consolida, sobre todo, por la adscripción corta del PSE, y más adelante del PCE, a los congresos de la Tercera Internacional, que para ese entonces -aún bajo la influencia de las ideas de Lenin- había planteado la estrategia del Frente Popular (o la alianza obrero-campesina). Más adelante, esta estrategia es transformada por Stalin, en el Frente Único (alianza del proletariado con las burguesías nacionales); precisamente en tiempos de avance del fascismo.

Esta coyuntura comienza su declive en 1986, con los primeros síntomas del decaimiento de la lucha obrera, la desarticulación del proyecto AVC (con el asesinato de sus principales dirigentes), entre otros sucesos que se detallaran en el tercer capítulo, así como con el advenimiento de los autorreferidos ‘movimientos sociales’ que asumen una ideología por fuera del marxismo (preeminencia del discurso culturalista⁴⁷).

Es en este escenario de acción que la izquierda desarrollará varias concepciones sobre el sujeto de la revolución ecuatoriana, en un marco de paso del dominio militar al orden constitucional, proceso que varió los repertorios de acción: mientras unos radicalizaron su propuesta hacia la lucha armada, otros prefirieron la transformación mediante la vía electoral –lo que marcó diferencias a la hora de concebir al sujeto revolucionario, pues no es lo mismo formar una columna guerrillera que construir una base electoral–. No obstante, como había planteado anteriormente, la carga diferenciadora fundamental, a la hora de singularizar al sujeto histórico, estará apalancada en los aspectos político-ideológicos. A continuación, se exponen las concepciones del sujeto revolucionario que postularon las principales organizaciones de izquierda del Ecuador del período de estudio.

2.1.1 PCE: el obrerismo teórico y la Revolución Nacional Liberadora

El Partido Comunista del Ecuador nace a finales de la década del veinte del siglo pasado⁴⁸, identificándose tempranamente (1933) con la Tercera Internacional, relación que mantendrá durante todo el tiempo de vida de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El Comintern o Tercera Internacional, “centro irradiador de idearios” (Ibarra, 2014), formuló un conjunto de tesis para los países coloniales y semif feudales (en los que se incluía todo el orbe a excepción de Europa, Estados Unidos y la URSS) que planteaba: en los países de capitalismo no-desarrollado, la revolución debería ser de carácter democrático-burgués,

⁴⁷ Aquí me refiero a la centralidad que adquieren los discursos de la cultura y el denominado “giro lingüístico” (Jaspers) en la inteligibilidad social, posturas ligadas fuertemente a enfoques posmodernos, que negarían la actualidad de los meta discursos, en particular, del marxista.

⁴⁸ EL PCE para la fecha de estudio e interés nuestro (1975-1986), tenía una vida de alrededor de 60 años en el tablero político nacional, situación -cabe acotar- similar a la ocurrida con el PSE, organizaciones de tronco político común que analizaré.

puesto que no había posibilidad de saltarse “estadios del desarrollo histórico” (Stalin, 1977), por tanto, si no se habían desarrollado las relaciones de tipo capitalista, el socialismo se tornaba inviable. En este sentido, los comunistas de los países del ‘tercer mundo’ tenían que aliarse a las burguesías nacionales en su lucha contra los rezagos precapitalistas, obligatoria predisposición para generar las condiciones materiales (desarrollo de las fuerzas productivas) que permitan el derrotero socialista.

La actitud acrítica hacia las orientaciones de la Tercera Internacional se mantendría incólume en las reflexiones del PCE⁴⁹. Este alineamiento al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) –convertido en el centro ideológico del comunismo internacional– marcó la comprensión del PCE acerca del sujeto revolucionario. La tesis de la revolución democrático-burguesa de la URSS encontró su correlato en el Ecuador, en el concepto de la Revolución Nacional Liberadora (RNL)⁵⁰. Al decir del PCE:

Nuestra patria no puede alcanzar [el socialismo] sino después de un proceso de transformaciones sociales revolucionarias, cumpliendo etapas que dejen realizados los objetivos de la Revolución Nacional Liberadora, en su triple contenido: antiimperialista, antifeudal y democrática. El paso de la revolución socialista depende de la profundidad de la Revolución Nacional Liberadora y de la correlación de fuerzas sociales que se creen en ese proceso (El Pueblo, No. 1187, 1978).

La tesis de la RNL forzaba a tender puentes con las clases dominantes (burguesía nacional) para ‘preparar las condiciones’ hacia el horizonte socialista. En el año 1974, el histórico Secretario General del PCE, Pedro Saad, planteará en la Facultad de Agronomía de la Universidad Estatal de Guayaquil, a propósito de la Segunda Reforma Agraria impulsada por los militares, un discurso en el que se plantean ‘coincidencias’ entre el PC, el gobierno y los militares: “tanto ellos [el gobierno y los militares] y nosotros, nos enfrentamos al mismo problema y forzosamente, aunque partamos de diferentes puntos de vista, al operar de buena fe se producen coincidencias” (Saad, 1974: 183).

⁴⁹ El PCE sostuvo una política de alineamiento hacia la Unión Soviética durante alrededor de 50 años, puesto que consideraban a la política internacional soviética como la “magistral política exterior de la URSS” (El Pueblo, No. 1350, 1981:4). Incluso en los albores de la caída del Muro de Berlín, el semanario *El Pueblo* (1987) planteaba que la Perestroika suponía un tipo de “reforma a la máxima democratización de la sociedad soviética”, que “la Unión Soviética, [es la] patria del socialismo práctico” y “las reformas a la producción” significaban “más socialismo”.

⁵⁰ Hernán Ibarra explica a la Revolución Nacional Liberadora como una configuración de fuerzas motrices, integradas por: “en primer lugar la alianza obrero campesina junto a otros sectores sociales, particularmente la pequeño burguesía y la burguesía nacional” (Ibarra, 2013: 60).

Dado que el planteamiento del PCE era que el Ecuador vivía una situación semifeudal, debido a las relaciones de producción en el campo, el primer paso era una transformación en el agro, que liquide las formas de producción heredadas de la colonia en las haciendas serranas⁵¹, en conexión con la acción política de la burguesía nacional (aceptando su existencia previa), lo que significaba impulsar una Revolución Nacional Liberadora antiimperialista, pero no anticapitalista. En este orden, Saad dice en una intervención en Cuba: “nosotros hacemos alianzas con la burguesía agraria, con los capitalistas agrarios en los problemas de la lucha contra el imperialismo, en la lucha contra el precio, el mercado, etc.” (Saad, 1974: 35).

El potencial carácter antiimperialista de la burguesía y la necesidad de acción conjunta con los trabajadores será una de las ideas motrices (Aguirre, 1983: 56), que se mantendrá tanto en el período dictatorial (1972-1979), así como también el retorno a la democracia (1979-1986). El sujeto revolucionario en la fase de la RNL, en los planteamientos del PCE, sería la alianza entre los trabajadores y la burguesía nacional⁵², que se manifestará en el combate conjunto ante la oligarquía (antinacional y antipopular); ejemplo de ello es la conformación de la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) en 1944 y el Frente Amplio de Izquierda (FADI) –brazo electoral del PCE desde el retorno a la democracia– en la década del ochenta, quienes privilegiarían la contienda política en respeto a las reglas de juego del sistema de partidos burgués.

A lo anterior se agrega la idea persistente de que el sujeto encaminado a liderar la revolución es la clase obrera, sobre todo en el desarrollo de la revolución socialista –segunda fase–, proceso únicamente posible después del triunfo de la RNL –primera fase–.

Nuestro Partido lucha por el establecimiento del socialismo y del comunismo en el Ecuador. En el momento actual luchamos por los objetivos de una Revolución Nacional Liberadora, antiimperialista, antifeudal y democrática [...]. El paso a la revolución socialista, creemos a nuestro juicio, [iniciará] de la profundización de la

⁵¹ Al decir de Saad “no es posible -lo decía escandalizado- que nuestros campesinos sigan produciendo con azadón mientras en otras partes existe tractores” (Saad, 1974).

⁵² Hernán Ibarra recuerda, a partir de los estudios de Nela Martínez, Erika Silva y Rafael Quintero, la relación existente entre Pedro Saad y el browderismo, corriente política sindical estadounidense fundada por el Secretario General del Partido Comunista de los Estados Unidos Earl Browder, cuya propuesta central giraba alrededor de la “tercera vía” (convivencia entre el capitalismo y el comunismo) a través de la “superación de los antagonismos de clase” (Ibarra, 2013: 50-51).

Revolución Nacional Liberadora, y de la correlación de fuerzas que se creen en este proceso (Manuel León, Secretario General del PCE en: *El Pueblo*, No. 1139, 1977)

La propuesta de la clase obrera, como vanguardia de las demás clases partícipes de la revolución (burguesía nacional, campesinado), se sostendrá de manera doctrinal en la narrativa del PC. La clase obrera adquiriría, en lo teórico, un grado superlativo. De esta forma, las demás clases sociales explotadas serían –según lo que consta en las resoluciones del X Congreso del PCE en 1981– los que ‘acompañen’ la obra futurista de la clase obrera (*El Pueblo*, No. 1347, 1981). De la misma manera, antes del X Congreso, en el año 1975, a propósito de la Primera Huelga del FUT, el PCE plantea que:

ha quedado demostrado que existe en el país la fuerza necesaria para avanzar por el camino de las transformaciones revolucionarias, una fuerza capaz de vencer los obstáculos y derrotar a los enemigos. HA QUEDADO DEMOSTRADO, LO DECIMOS ORGULLOSAMENTE, QUE A LA CABEZA MARCHA LA CLASE OBRERA DEL ECUADOR, LA CLASE LLAMADA A DIRIGIR LA TRANSFORMACIÓN DEFINITIVA DEL PAÍS EN ALIANZA CON TODOS LOS ECUATORIANOS, CIVILES Y MILITARES, QUE RECHAZAMOS LA MISERIA Y EL RETRASO, QUE QUEREMOS UN ECUADOR GRANDE, LIBRE Y PROGRESISTA (*El Pueblo*, No. 1029, 1975. Mayúsculas en el original).

La visión dogmática de la importancia de la clase obrera (obrerismo teórico)⁵³ se ve matizada con la trascendencia práctica que asume la figura del “pueblo”, “pueblo ecuatoriano” y “mayorías laboriosas”. Así se plantea que “el pueblo ecuatoriano [...] tiene que desplegar su acción, lo más resuelta y unitaria posible [...] que representa avanzar por los caminos de la democracia, de la libertad, del progreso y del bienestar de las grandes mayorías” (*El Pueblo*, No. 1347, 1981:01).

El concepto de pueblo tenderá un puente entre los sectores que no están contenidos en la clase obrera, lo que significó, en rigor, la creación de un contenido policlasista en la idea del sujeto revolucionario. En uno de los editoriales de *El Pueblo*, con motivo del advenimiento electoral en 1977 (cambio del modelo de dictadura militar a la democracia de partidos), plantearán que “este es un paso a un nuevo régimen elegido por el pueblo y bajo principios jurídicos también aprobados por las grandes masas populares del país a través de referéndum y de los correspondientes actos electorales” (*El Pueblo*, No. 1088, 1977).

⁵³ Según el CONADES, para 1974 “el Ecuador era un país predominantemente rural”, sólo el 41,2% se reconoció como urbano, mientras que en 1986 las proyecciones de la población rural se fijaban 54,7%; se terminará el informe diciendo que “así sin embargo más del 50% de la población estará en el campo” (CONADES, 1979: 11-38).

La vinculación entre la “cerrada” idea de la clase obrera y la “abierta” idea de pueblo marcó la configuración de la narrativa del PCE, que a momentos se torna un tanto confusa⁵⁴. De tal suerte, que el contenido central de la propuesta del PCE respecto al sujeto revolucionario gira en torno a cuatro actores, que los he jerarquizado de la siguiente manera I) la clase obrera, II) la burguesía nacional, III) el pueblo, y, IV) la alianza obrero-campesina:

El contenido antiimperialista de la lucha por la liberación nacional es más claro hoy ante las masas, al igual que el contenido antifeudal y democrático de la misma. Esta lucha consiguientemente puede agrupar a diferentes fuerzas en un amplio frente con este triple contenido antiimperialista, antifeudal y democrático. Este es el frente de la liberación nacional. La fuerza principal, la fuerza más consecuente de esta lucha es la clase obrera. En las actuales condiciones de nuestro país, no hay otra clase capaz de dirigir esta lucha [...]. Por supuesto que la clase obrera, hay que repetirlo, tiene que unirse ella [a la RLN] y unir a su alrededor a los campesinos, a los trabajadores, a través de la alianza obrero-campesina, a los asalariados agrícolas, a los explotados, a todos los marginados, y unir a otras fuerzas que coincidan con las tareas de lucha por la liberación nacional [...]. Corresponde, pues, a la clase obrera desempeñar el papel dirigente en esta revolución liberadora, sin perjuicio de la participación que puede tener incluso la burguesía nacional (El Pueblo, No. 1373, 1982).

La preocupación por la problemática agraria, desde donde se desprende la idea de la articulación obrero-campesino, surge desde el nacimiento del PCE⁵⁵. La figura de Ricardo Paredes para esto fue clave⁵⁶. En el período estudiado (1975-1986), el tema agrario giró en torno a la propuesta de la Reforma Agraria Democrática –RAD–, que planteaba, en lo medular, una reforma que eleve la productividad del campo y entregue tierras a los campesinos. No obstante, a pesar de todo, la profundización de la noción del campesinado

⁵⁴ Los llamados a la “salida democrática de la crisis económica”, la oposición a la “política antipopular y antinacional”, el marcado “menosprecio de ‘este gobierno’ frente al hombre ecuatoriano”, arengas por la “lucha reivindicativa, liberadora y patriótica”, lucha por los “objetivos democráticos y antiimperialistas” o la consigna: “marchar por el camino de la liberación nacional y social rumbo al socialismo”, serían frases persistentes; pero ¿cuáles son los lugares de enunciación de este extraño laberinto verbal? A nuestro entender tres: el ‘marxismo soviético’, el ‘populismo’ y el ‘liberalismo’, conceptos que acompañan no sólo al discurso del PCE, sino que, de alguna forma, caracterizan a parte de la izquierda en el Ecuador, problema que será profundizado en el capítulo tres.

⁵⁵ Desde sus inicios el PCE pensó el tema campesino-indígena a través de Ricardo Paredes y Joaquín Gallegos Lara, al que se agregan nombres como Dolores Cacuango, Tránsito Amaguaña, Neptalí Ulcuango, Jesús Gualavisí, Angelita Andrango, María Luisa Gómez de la Torre, entre otros.

⁵⁶ Ricardo Paredes, para 1925, planteaba la necesidad de diferenciar a tres tipos de países de la periferia capitalista: los coloniales, semi-coloniales y dependientes, categoría última en la que se incluía el Ecuador. De tal suerte, como planteé en el capítulo uno, se convierte en uno de los primeros intelectuales, conjuntamente con Mariátegui, antecedentes de la Teoría de la Dependencia. De la misma manera, Paredes planteaba que “los países que tienen una población indígena muy numerosa (México, Ecuador, Perú, Bolivia) están en mejores condiciones para la edificación del socialismo en el campo que los países donde este elemento indígena no existe” (Paredes en: Ibarra, 2013: 83).

como sujeto revolucionario fue secundaria (fuera de la burguesía agraria), dado la importancia que había adquirido el sujeto revolucionario, clase obrera, burguesía nacional y pueblo.

2.1.2 PSRE: el proletariado como negación del orden

El Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE) surge a partir de una ruptura con el Partido Socialista Ecuatoriano, en el año 1963. Emerge con la idea de construir un movimiento que, al calor de la Revolución Cubana⁵⁷ –al decir de Manuel Agustín Aguirre “el hecho más importante para América Latina” (Aguirre, 1983: 54)–, levante una línea insurreccional de masas y se distancie de una práctica circunscrita a la disputa política del sistema de partidos, conciliadora, de corte browderista, en el sentido de no-amenaza-del-orden. Se planteará de esta forma que:

Nuestro Partido [el PSRE] y las posiciones Socialistas Proletarias de este país tenemos la tarea de difundir el pensamiento del Che y de señalar la importancia de la guerra revolucionaria, que de acuerdo a las condiciones de dominio y explotación del Imperialismo, y las burguesías nativas, es el único método para lograr el objetivo final: la Toma del Poder y la construcción del socialismo proletario en América Latina (Prensa Obrero y Campesina, No. 4, 1977).

El concepto de proletario para el PSRE expresa un proyecto de raíz antagónica con las ‘formas’ del capital (imperialismo, burguesías nativas), canalizable únicamente a través de la guerra revolucionaria, en su forma insurreccional de masas. Al decir del militante marxista Patricio Ycaza, el socialismo revolucionario aparece a partir de:

[la] errática estrategia del PSE en La Gloriosa y la posterior colaboración con el gobierno de Galo Plaza, que Aguirre calificaría como el más tremendo de los errores del socialismo, esto lo llevó a criticar las tesis de la revolución democrático-burguesa en boga y a reivindicar el carácter de la revolución socialista latinoamericana (Ycaza en: Punto de Vista, No. 537; 1992: 11).

⁵⁷ La Revolución Cubana, para el PSRE será -como para otros partidos- la piedra angular para la posibilidad revolucionaria. Empero, a pesar de reconocerse fuertemente en el proceso cubano, el PSRE criticará las intenciones foquistas que se dieron en el Ecuador como la “guerrilla del Toachi” o la del “Pinol”. La militante socialista revolucionaria Laura Almeida calificaría a estas expresiones como pseudo guerrilleras y provocadoras al distanciarse de las masas (Almeida, 2007: 19). Un relato detallado de estas experiencias ‘guerrilleras’ en el Ecuador se encuentran en Villamizar (1994).

El PSRE desestimará la caracterización del Ecuador como semi-feudal o feudal, así como la tesis de la revolución democrático-burguesa, propia de la tradición comunista sometida a la Tercera Internacional, como se vio en el caso del PCE. Se planteará, de esta manera, que “los Partidos Comunistas sostienen la existencia de una burguesía nacional antiimperialista, que los lleva a entregar la dirección de esta lucha a estos sectores de la clase dominante” (Tribuna Socialista, No. 1, 1976). La desestimación de la tesis de la revolución democrático-burguesa, a su vez, niega la existencia del sujeto revolucionario burguesía nacional, siendo “utópico plantearse [...] que dentro de la clase dominante la burguesía industrial sostenga posiciones antagónicas con el capital imperialista y con los terratenientes y que se encuentre capacitada para liderar o apoyar una revolución ‘democrática-nacional’” (Tribuna Socialista, No. 7, 1977).

En tal virtud, el PSRE apunta a pensar el país desde las tesis de la dependencia y el subdesarrollo, sin que esto signifique establecer la relación centro-periferia de manera maniquea. Su propuesta procura comprender el desarrollo de las clases en relación a la deformación de la estructura económica de la nación, que supone la atrofia de la industria y el irregular proceso de modernización del campo (Oviedo, 1992: 2-6). Al decir del PSRE, “nosotros no consideramos al imperialismo como un fenómeno externo, ante el cual pueda renunciarse o atenuarse las contradicciones de clase al interior de nuestra sociedad sino al contrario: el imperialismo se expresa a través de su aliada la burguesía nativa” (Tribuna Socialista, No. 1, 1976).

El PSRE se plantea entender el Ecuador como una particular formación social capitalista, únicamente posible de superar a partir del concepto de la revolución proletaria como problema de ruptura del orden capitalista (nacional e imperialista), a través de la violencia impulsada por las masas trabajadoras.

En este sentido, los bloques de clases (dominante y dominada) se compondría de la siguiente manera: la clase dominante por: los terratenientes (serranos), latifundistas (costeños), comerciantes importadores y exportadores; banqueros financistas y burgueses; que es liderada por la fracción monopólica subordinada a los intereses del capital norteamericano especialmente (Oviedo, 1992: 9).

Las clases explotadas, o clases “portadoras de la historia”, estarían conformadas por las siguientes fracciones: el proletariado (industrial, agrícola, de servicios y el semi-proletariado), el campesinado pobre y los pueblos indígenas que –sin ser fruto de la evolución capitalista– son parte de su estructura (Oviedo, 1992: 10).

En el sujeto revolucionario pensado desde el PSRE convergen, como se aprecia en la clasificación de Oviedo, las clases explotadas tanto de la ciudad como del campo. El problema campesino para el PSRE se convierte en un tema recurrente. Telmo Hidalgo, otro de los dirigentes del socialismo revolucionario, en 1978 plantearía que:

Solo una revolución socialista, proletaria, podrá eliminar la gran propiedad latifundista y entregar la tierra individual o colectivamente a los campesinos [...] superando formulaciones estereotipadas que pretenden encerrar en la categoría de ‘feudal’ o ‘semi-feudal’ la realidad y problemas del campo ecuatoriano, consideramos que es el capitalismo subdesarrollado y dependiente donde se encuentra la raíz del desarrollo desigual, del atraso y miseria en la que se encuentran las zonas rurales y de la explotación monstruosa que sufren los campesinos (Hidalgo, 2010: 44).

Este pensamiento establece una relación entre la situación campesina y la perspectiva socialista, siempre y cuando su diagnóstico parta desde el ‘punto de vista’ proletario (‘revolución socialista, proletaria’), que significa la articulación de los problemas del campo en relación con las demandas de los obreros fabriles, y viceversa. O en otras palabras: no es posible la revolución socialista si es que no se piensa una Reforma Agraria de corte estructural, si es que no se compactan las necesidades de los trabajadores del campo y la ciudad expresadas en la mítica alianza obrero-campesina⁵⁸. En uno de los editoriales del Órgano Central del PSRE de la época, *La Tierra*, se planteará que

hemos dicho que el proletariado no puede luchar solo y aislado frente al bloque capitalista [...] aunque la clase obrera constituye la fuerza fundamental, requiere de alianzas estratégicas y tácticas [...] en nuestro país la clase proletaria ha de constituirse en la fuerza dirigente (capacidad revolucionaria) y la principal (por su gran número) que corresponde al campesinado (La Tierra, No.2, Época Quinta, 1978).

⁵⁸ Al decir de Jorge Oviedo, “en el Socialismo Revolucionario no se creía a pie juntillas en la tesis de que la clase obrera industrial iba a ser la conductora del proceso revolucionario, había en el SR una corriente que tomaba en cuenta a la población, aquello se esconde en el genérico de ciudadanía, a la gente de las ciudades del semi-proletariado urbano, característico del Ecuador desde el siglo veinte. Y se tenía claro los aportes que pueden dar los sectores campesinos e indígenas” (entrevista, 14 de agosto de 2014).

La superación de la ecuación “clase obrera = sujeto revolucionario”, por el de “clase obrera+campesinado = sujeto revolucionario”, ampliará las posibilidades del bloque conductor del proceso revolucionario, y, en el orden de lo teórico, le supondrá el rehusarse a pensar desde los modelos del marxismo socialdemócrata.

Autodefinido como “marxista autónomo”, el PSRE se planteará la lucha contra el “cretinismo parlamentario” (Aguirre parafraseando a Marx en: Aguirre, 1983:58-60). Al respecto, propondrá que “el proletariado ecuatoriano aprenderá de sus propias prácticas la verdadera naturaleza de las elecciones, que persiguen el relevo en el poder de altos mandos militares por los más altos representantes de la oligarquía” (La Tierra, No.2, Época Quinta, 1978). En tal virtud, el ámbito de disputa política, en el cual el sujeto revolucionario actúa, no será el de la lid electoral, sino los espacios desde los cuales la lucha de masas se desarrolla, los epicentros donde el sujeto revolucionario se desenvolverá.

Que toda huelga, que toda toma de tierras, que todo acto de masas cuente con la presencia combativa de los cuadros socialistas revolucionarios [...] Que en toda movilización de masas se plantee la unidad combativa de los explotados [...] toda forma de organización obrero-campesina popular es necesario impulsar (La Tierra, No. 3, 1974).

La propuesta de pensar lo ‘obrero-campesino popular’ resulta ser la tesis desde la cual se identifica a un sujeto revolucionario de carácter ‘abierto’, rompiendo con el concepto de sujeto revolucionario ‘cerrado’, visto como la clase obrera industrial, concepción propia del marxismo positivista. La consigna se traduce en “desarrollar el poder del movimiento obrero-campesino y popular, dado que la revolución se fundamenta en la construcción permanente del poder obrero-campesino y popular” (Prensa Obrero y Campesina, No. 2, 1977).

En síntesis, para el PSRE la definición de sujeto revolucionario, en términos ideológicos, se funda en su carácter negativo al capital, como “negación absoluta del orden” (Aguirre, 1983:10), en este sentido, se privilegia la táctica marxista-leninista de la revolución ininterrumpida y permanente, distanciándose de la táctica etapista socialdemócrata; además, profesa un refractario espíritu al policlasismo e incredulidad en la existencia de una burguesía nacional, lo que rompe las visiones del sujeto revolucionario tanto del PCE y –como veremos a continuación– del PSE. El concepto del sujeto

revolucionario advierte posibilidades de ser radicalizado, condición que permite, en perspectiva, profundizar los alcances y los componentes del bloque social revolucionario.

2.1.3 PSE: trabajadores, voto popular y movilización de masas

Desde su nacimiento en 1926, el Partido Socialista Ecuatoriano –PSE– se sostuvo en la posibilidad de afrontar los problemas nacionales con fuerzas propias y ser menos dependiente de, lo que podríamos llamar, la corriente internacional del comunismo, representada por la URSS. Al decir del exmilitante socialista Jorge Oviedo: “el Partido Socialista mantuvo independencia de la Tercera Internacional, planteándose pensar con cabeza propia”⁵⁹.

Durante el período estudiado 1975-1986, el PSE tuvo dos momentos que hay que diferenciar. El primero en la dictadura militar (la “nacionalista revolucionaria” y la del Triunvirato), en el que tuvo muy poca presencia en el escenario político nacional, en razón del proceso de ilegalización de los partidos de izquierda acorde con el advenimiento del régimen dictatorial del General Guillermo Rodríguez Lara en 1972. En esta etapa, su crecimiento orgánico e influencia ideológica en las masas fue débil, situación que provocó que el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano PSRE (fracción del PSE, conformado en 1964, analizado líneas arriba) asuma el liderazgo político, en la tradición socialista, hasta finales de la década del setenta. De hecho, por ejemplo, el periódico *La Tierra*, históricamente órgano central del PSE, pasa a ser la voz representativa del PSRE, y no del debilitado PSE.

Un segundo momento se da en la década de los ochenta, período de retorno a la democracia, la “Ley de Elecciones y de Partidos Políticos”, la legalización del PSE, y la conformación del Frente Socialista permiten un ostensible cambio en el panorama de la época dictatorial. El PSE adquiere fuerza orgánica y política, lo que permitirá la reanimación de las tesis que localizaban al sujeto revolucionario de la tradición socialista, no en la línea de la insurrección armada de masas (PSRE), sino en una plataforma que

⁵⁹ Entrevista realizada el 14 de agosto de 2014.

conjuga la lucha de masas y la disputa al interno del juego del sistema de partidos democrático (PSE), al plantearse la “imbricación de las lucha de masas y la lucha parlamentaria” (Rodas en: *La Tierra*, No. 20, 1986).

En el XXXVIII Congreso del PSE, en el año de 1982, se plantea la “reconstitución ideológica”, mediante la conformación del Frente Socialista (FS), instancia que buscó unificar las expresiones partidarias de corte socialista: PSE, PSRE y el PEP⁶⁰ (Rodas, 1983: 35). En este período, en el periódico *La Tierra* se planteará que “El Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, el Partido Socialista Ecuatoriano y el Partido Ecuatoriano del Pueblo resuelven unificar su acción y configurar el FRENTE SOCIALISTA” (*La Tierra*, No.3, 1983), en la perspectiva de “construir organizativa, política y socialmente al Frente Socialista como un frente político de masas, que responda a la decisión de lucha que ha caracterizado al pueblo ecuatoriano, [y que] sigue siendo la única alternativa válida” (*La Tierra*, No.14, 1985).

El establecimiento de la vida jurídica del PSE (junio de 1983) abrió la posibilidad para que la tendencia socialista agrupada en el FS tenga facultad de participar en el litigio electoral, a través de la figura de PSE - Listas 17⁶¹. La participación electoral significó una fuerza de atracción ideológica hacia el PSE en el resto de organizaciones del Frente Socialista (PSRE, PEP), de esta forma, “el Frente Socialista se desarrolla en el país como un concentrador de socialistas en torno al PSE, expresión legal de los socialistas que inflama el pensamiento de las masas oprimidas” (*La Tierra*, No.14, 1985). En este proceso, el trabajo político, en perspectiva del ámbito legal-electoral, adquiere un peso especial⁶²: “En el derrotero del PSE hay que destacar [...] el compromiso de las fuerzas socialistas del

⁶⁰ El Partido Ecuatoriano del Pueblo, PEP, de base sindical y encabezado por el varias veces presidente de la CEOSL, José Chávez, se integró también al FS. Paralelamente, otros partidos de izquierda como el MRIC y el MRT se integrarían al FADI, conducido por el PCE. En el caso del PCMLE, el MPD se constituirá en su brazo electoral; mientras que el MIR se mantendrá sin representación electoral y al margen del sistema de partidos.

⁶¹ En un artículo Eduardo Paredes planteará al respecto que “El Frente Socialista logró en corto plazo una realidad política y orgánica única: el Partido Socialista Ecuatoriano inscrito en la legalidad con el número 17” (*La Tierra*, No. 31, 1988).

⁶² Las tesis caracterizadoras del PSRE, como la insurrección de masas y el alejamiento de las elecciones como centro gravitacional de la lucha por el socialismo, pierden fuerza. En este mismo año, mueren figuras centrales provenientes del Socialismo Revolucionario como Telmo Hidalgo y Laura Almeida. En el caso de otro de los dirigentes fundadores de la tendencia Socialista Revolucionaria, Manuel Agustín Aguirre, ya no cumpliría un rol ideológicamente determinante en la línea del Frente Socialista (Oviedo, entrevista 14 de agosto de 2014).

país por hacer de este espacio legal su único referente, que con capacidad e identidad propias que hagan del Partido el instrumento de masas al servicio de los más caros intereses revolucionarios” (La Tierra, No.14, 1985).

La articulación de un Partido que desde la legalidad represente a las masas en la lucha por el socialismo adquiere fuerza. En este sentido, se creará una plataforma que pondrá énfasis en la vinculación de amplias capas sociales, utilizándose, repetidas veces, el genérico de “pueblo”, “todos los ecuatorianos” y “trabajadores” como unidad articuladora del discurso. En las resoluciones del XXXIX Congreso del PSE, celebrado en Riobamba, se plantea “Construir un Partido que creadoramente apunte al servicio de todos los ecuatorianos, lejos de cualquier coyuntura o deformación ultrajante de los principios socialistas” (Rodas, 1983: 8).

Como se aprecia en la cita anterior, la declaratoria de inclusión al Programa del PSE de “todos los ecuatorianos” auspiciaría la convergencia entre la retórica socialista (en torno al trabajo) y la populista (en torno al pueblo). La idea estaba planteada en el sentido de poder construir un “partido de masas” (PSE) que supere a la concepción del “partido de cuadros” (PSRE) que había dominado ideológicamente a la corriente del socialismo revolucionario y era muy activa en la década del setenta (Oviedo, 1992: 23).

El triunfo para la diputación en 1984 de Edelberto Bonilla, en Chimborazo, permitió la revitalización de la imagen del PSE, al evidenciar, en la victoria electoral, la viabilidad de la vía democrática para la izquierda, planteándose la idea de que “El Socialismo cumple en su acción parlamentaria” (La Tierra, No.15, 1985). Al decir del exmilitante socialista Jorge Oviedo (2014), “Enrique Ayala Mora, Manuel Salgado, Germán Rodas y el Presidente del Partido, en ese momento Víctor Granda, se convierten en los intelectuales visibles que profundizarán la creencia en la transformación a través de las elecciones”⁶³, postura que se agudiza posteriormente con la conquista de alrededor de siete escaños⁶⁴ en el Congreso Nacional Ecuatoriano (La Tierra, No.18, 1986). En uno de los editoriales de *La Tierra* del año 1984 se planteará que:

⁶³ Entrevista realizada el 14 de agosto de 2014

⁶⁴ Algunos de los diputados de este período serán V. Granda, H. Rivadeneira, G. Flor, F Carrasco, D. Delgado, E. Ayala Mora.

el Frente Socialista demostró en las urnas la validez de su proyecto político, demostró la existencia de condiciones para llevar adelante la alternativa socialista que por años ha sido objetivo de organizaciones y grupos políticos de izquierda [...] no es triunfalista decir que la participación del Frente en las elecciones fue un éxito en la medida en que demostró esta tesis. (La Tierra, No.5, 1984).

El nexo entre el concepto de pueblo (o todos los ecuatorianos) y la participación electoral construye la idea de que el sujeto transformador está determinado por su capacidad de disputa en la lucha de masas así como en la disputa electoral, mecanismos de avanzada socialista que permitirían la construcción de un Estado más democrático, de tal suerte que “las posibilidades del Frente Socialista y de sus componentes son muy grandes, tanto en la actividad parlamentaria, como también y sobre todo, en la organización y movilización popular” (La Tierra, No.7, 1984). En este sentido, la democracia, los derechos y las elecciones, en la tradición de pensamiento socialista, estarían articuladas al proceso de lucha revolucionarias, en tal suerte que: “El Frente Socialista no es un mero arreglo electoral, se trata de un camino de unidad y convergencia de todas las fuerzas socialistas [...]. La participación electoral [...] no fue sino el comienzo de la consolidación de un proyecto político a largo plazo” (La Tierra, No.7, 1984).

En el orden de pensar el sujeto revolucionario, la síntesis del discurso socialista arroja lo siguiente: el sujeto revolucionario, en la comprensión del PSE, va a ser el pueblo o los trabajadores, vistos como conjunto de individuos con obligaciones y derechos, articulados a un tipo de sociedad que se mueve a partir de determinadas reglas de juego, que a momentos, a través de las luchas de las masas organizadas, son posibles de sustituir. La convergencia entre la lucha democrática y la lucha revolucionaria encuentran sintonía. “El respeto a la Constitución Política y el Régimen de Derecho [...] la defensa de los derechos sociales y económicos de los sectores mayoritarios del País, [...] el mejoramiento sustancial de los ingresos de los trabajadores en el campo y la ciudad” (La Tierra, No.15, 1985), establecen un punto de encuentro para el PSE, en la estrategia de la lucha por el socialismo.

El PSE se distancia de la noción de sujeto revolucionario localizada en la clásica figura de proletariado. De hecho, en su Órgano Central *La Tierra*, las referencias al proletariado son casi nulas, siendo el concepto de trabajadores o pueblo las figuras más

recurrentes. “El PSE es ya una realidad única y es sin duda un proyecto político del pueblo ecuatoriano” (La Tierra, No. 31, 1988).

El concepto de los trabajadores permitiría, a su vez, la inclusión de otras capas sociales en la lucha reivindicativa de las organizaciones de masas, de tal suerte que la consigna para el PSE, respecto a las líneas políticas, dirigida a las organizaciones de masas será “[...] fortalecer el FUT y a su programa, incorporar política y orgánicamente las demandas de las nacionalidades indígenas y estructurar nuevas formas de organización popular, para alistar la movilización y la autodefensa de las masas” (La Tierra, No.18. 1986).

Esto en la perspectiva de poder fundamentada en la acumulación de fuerzas vía “construcción de un bloque social alternativo que cree las bases de una política de toma de poder” (La Tierra, No.18. 1986), asentada en la relación “movilización de masas+elecciones” que, a su vez, permita el establecimiento de una “real democracia [que] encuentre solución a los problemas que enfrenta la mayoría de la población”, proceso que al decir del PSE, es distante de las “concepciones sindicalistas y reformistas” (La Tierra, No.18. 1986). No obstante, a pesar de desplegar enormes esfuerzos por potenciar las luchas a nivel sindical, consideramos que el acumulado de fuerzas era medido, en lo esencial, en la perspectiva electoral: “castigar al gobierno en las urnas” (La Tierra, No. 16, 1986).

En síntesis, siguiendo a Manuel Agustín Aguirre, el Partido Socialista Ecuatoriano será de principios revolucionarios y de programas de acción reformistas (Aguirre, 1983: 13), es decir, una declaratoria por la revolución socialista y una práctica ligada a la lucha en el sistema democrático. En la tradición del PSE, la tesis de la insurrección de masas no tendrá validez estratégica. La referencia a la revolución latinoamericana, como Cuba o Nicaragua, se vería con cercanía ética (declaraciones de respaldo), pero con distancia política: no se consideraba válida la estrategia insurreccional en la realidad ecuatoriana, configurando una visión del sujeto revolucionario como articulador entre la lucha de masas y la lucha electoral; planteamiento que difirió –como se vio– con los planteamientos del PSRE.

2.1.4 PCMLE: del maoísmo al hoxhismo, del campesinado a la clase obrera

El Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador –PCMLE–, de inspiración maoísta en sus inicios, surge en 1964, a partir de la fracasada experiencia de la Unión Revolucionaria de las Juventudes del Ecuador –URJE–, de inspiración guevarista,⁶⁵ y posterior a la expulsión de algunos de los miembros de esta intentona armada de la fracción del PCE-Pichincha, entre los que se encontraban Rafael Echeverría Flores, Milton Reyes, a la que le suman nombres como los de Celso Fiallos, Patricio Moncayo, Ulises Estrella, entre otros.

En un inicio, al decir de Villamizar (1994: 34), buscaban retomar los principios de la revolución internacionalista que la tradición comunista ecuatoriana había relegado y promulgar la línea maoísta y la guerra popular⁶⁶. La imagen de Mao Tse-tung sería clave en los intentos de las tendencias marxista-leninista para expresar la radicalización de la postura comunista a través de la guerra, tomando en cuenta sobre todo al campesinado (En Marcha, No. 346-347, 1976). El aporte de la asimilación maoísta del PCMLE permitirá distinguir tres tipos de líneas claramente diferenciadas y discutidas al interior de la izquierda: insurrección de masas, guerra popular prolongada y guerra de guerrillas (Benavides, 2014: 81).

El ideario de la militancia sostendrá la voluntad de patrocinar la vía revolucionaria a partir de la triunfante fórmula china: *del campo a la ciudad*; de ahí su empeño en disputarse ‘contra viento y marea’, en especial, las facultades de pedagogía de las universidades, perspectiva que les permitiría, en teoría, disponer de maestros que se proyecten hacia las zonas rurales para iniciar una estrategia que priorizaba las zonas campesinas. El rol de los maestros y el magisterio será la piedra de engranaje entre las masas campesinas y la teoría revolucionaria⁶⁷. Empero, lo anterior fue eso, una tentativa que nunca maduró. En la práctica, la estrategia maoísta no se efectivizó, lo que significó que la participación del campesinado como sujeto motriz de la guerra revolucionaria no avance. A principios de la

⁶⁵ La calificación de guevarista de URJE surge, en lo fundamental, a partir de la adopción de la idea de ‘foco’ guerrillero, que implicó, en este caso particular, la ausencia de trabajo de masas previo a la instalación de la intentona guerrillera.

⁶⁶ Esto, al calor de las tensiones Pekín-Moscú y el sisma que ocasionó el XX Congreso del PCUS (donde se valida la coexistencia pacífica al socialismo).

⁶⁷ Entrevista realizada a Marco Villarroel, militante de la época del PCMLE, el 16 de septiembre del 2014.

década de los años ochenta, el PCMLE abandonará la identidad maoísta y la importancia del campesinado como sujeto revolucionario⁶⁸.

Desde la perspectiva teórico-política, la clase obrera adquirirá fuerza. En el Programa General y Estatutos del PCMLE, se identifica una retórica ceñida rigurosamente a un tipo de ortodoxia propia de las corrientes marxistas-leninistas de la época, leídas desde el hoxhismo⁶⁹. De esta forma se plantean que:

El Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador es el partido político de la clase obrera ecuatoriana, su vanguardia consciente, su destacamento más alto de organización de clase, que dirige a la clase obrera y las masas populares en el combate por la liberación social y nacional, por el socialismo y el comunismo. (PCMLE, 1991: 3).

La centralidad está planteada alrededor de la clase obrera, sujeto de una teleología insuperable: de la liberación nacional al comunismo. Este análisis está estrechamente vinculado al *¿Qué hacer?* de Lenin. En este texto, la clase obrera únicamente puede derrumbar el capitalismo a través de la lucha política (superación de la lucha gremial) organizada en el Partido Proletario. La clase obrera, una vez asuma conscientemente la lucha política, avanzará a ser la vanguardia de la revolución a través del Partido. “El papel hegemónico de la clase obrera en la revolución es una muy importante cuestión de principio. Del hecho de quien dirija la revolución depende el rumbo, el camino y los objetivos de la misma” (En Marcha, No. 421, 1978).

Ahora, la propuesta del PCMLE establece, a su vez, una relación con la idea etapista de la revolución, vinculada a una lectura positivista del marxismo. Cabe recordar que, en la acepción positiva del marxismo, no se podía pasar a otra etapa, si es que no se acababa de desarrollar la inmediatamente anterior, de tal suerte, el Ecuador siendo un país semifeudal y

⁶⁸ Así como para el maoísmo fue el XX Congreso de la Unión Soviética (en su lectura, el triunfo de la reacción por sobre el comunismo), para el hoxhismo fueron los cambios que se produjeron en China después de la muerte de Mao Tse-tung, en 1978. La empatía con la figura de Enver Hoxa (líder de la Revolución Albanesa), por parte del PCMLE, implicó, a su vez, el alejamiento progresivo de la identidad maoísta. Incluso, hay que anotar el cambio de los íconos y las consignas referenciales que aparecían en el periódico del PCMLE *En Marcha*. El rostro de Mao y el eslogan “por la revolución popular” salen del diseño de sus portadas; quedando las imágenes de Marx, Engels, Lenin y Stalin (antes estaba la de Mao también) y la consigna de “por la revolución democrática y antiimperialista” como los símbolos pecemelecistas.

⁶⁹ El hoxhismo se caracterizará por la defensa a ultranza de la interpretación estalinista del marxismo. De esta manera, se desplazarán las fórmulas maoístas (en las que la Revolución Albanesa, en su momento, defendía) y se asumirán las tesis de la Unión Soviética del período de Stalin.

semicolonial –al decir del PCMLE–, tenía primero que plantearse la consolidación de la vía de desarrollo capitalista, obstruida por el imperialismo y la burguesía entreguista, para poder pensar en el socialismo.

Se desprende, de este razonamiento, que había que hacer lo que la burguesía no hizo: la revolución democrático-burguesa, o –en el lenguaje del PCMLE– la revolución democrático-antiimperialista, o –en la versión maoísta– la Revolución de Nueva Democracia –RND– (PCMLE, 1991: 5). Veamos lo que se plantea al respecto en el No. 402 de *En Marcha*, Órgano Central del PCMLE: “El camino de la revolución ecuatoriana [...] recorre el camino del combate reivindicativo y político generales, de la guerra del pueblo y desemboca en la dictadura del proletariado y las otras clases revolucionarias, en la Revolución de Nueva Democracia y la Revolución Socialista” (*En Marcha*, No. 402, 1977).

La RND será la primera parte de la estrategia socialista, que involucra a la burguesía nacional como integrante, en teoría no hegemónica, del proceso revolucionario. En la segunda fase de la estrategia revolucionaria, la revolución socialista, la clase obrera, asumirá la conducción plena.

La clase obrera es la clase dirigente del proceso revolucionario y ese papel tiene que asumirlo, efectivamente, en la práctica de lucha, mediante un proceso de asimilación de la ideología del proletariado, mediante la comprensión de sus intereses objetivos como clase, en última instancia, mediante un proceso de surgimiento y consolidación -a través de la educación política- de su conciencia de clase revolucionaria (*En Marcha*, No. 322, 1976).

En la práctica, los esfuerzos se limitaron a avanzar en la “primera fase de la revolución” (la revolución democrático-antiimperialista, o la RND). Con el retorno a la democracia (1978), el Movimiento Popular Democrático –MPD–, brazo electoral del PCMLE, tomará fuerza. Al igual que sucedió en otras tradiciones de izquierda (PCE-FADI, PSE-FS), el retorno a la democracia, hizo de las elecciones la forma central de disputa con el Estado. Al decir de Oswaldo Páez, militante de MPD y presidente de la FEUE en 1978, a propósito de V Consejo Nacional del MPD:

[...] somos una fuerza en desarrollo...avanzamos al frente de la historia...sabiendo que el futuro nos pertenece, sabiendo que el MPD marcará toda esta etapa histórica de liberación nacional, es obligación de sus dirigentes provinciales y de todos sus militantes, el organizar este gran Movimiento político que principalice la lucha

política partiendo de las reivindicaciones que recoge nuestro Programa de gobierno (Patria Nueva, 1978: 9).

En tal sentido –al decir de este análisis–, el brazo electoral MPD, a la larga, ‘devorará’ al PCMLE, tendiendo puentes entre la idea de construcción de un sujeto revolucionario y de una base electoral, como había pasado con el PSE. No obstante, el PCMLE persistirá en direccionar su trabajo político con tres actores en particular. Por una parte, con la clase obrera o los trabajadores, a partir de la conformación de la Unión General de Trabajadores del Ecuador (UGTE) en 1982⁷⁰. En segundo lugar, con los maestros en la organización del magisterio a través de la Unión Nacional de Educadores (UNE) fundada en 1944; por último, con el movimiento estudiantil a través de las asociaciones de escuela de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), también fundada en 1944 y con los consejos estudiantiles de la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE) de 1967 (Benavides, 2014: 57).

Nuestra posición responde a los más caros intereses del pueblo y la nación. Siendo, como es, la posición del pueblo, y comprendiendo la etapa histórica que atravesamos en el proceso revolucionario, que es la de acumular fuerzas, consideramos justo el ‘Programa de Gobierno que plantean los trabajadores, maestros y estudiantes’ [...] que fuera presentado por la FTP, la FEUE y la FESE (En Marcha, No. 320, 1975)

Al decir del militante del PCMLE y presidente de la FEUE de período 1976-1977 Marco Villarroel⁷¹ (2014), el movimiento estudiantil y el magisterio serían los sectores de más alta combatividad del PCMLE en la década de los setenta. Nombres como los de Jorge Tinoco y Rosita Paredes serán representativos de estos gremios. Para los sectores de la juventud, en aquella época, se creó “el mito del adolescente, del joven y del universitario militante” (Villarroel, entrevista 2014); o como plantea el extzánzico Fernando Tinajero “el mito eligió a la universidad como su templo” (Tinajero, 1987: 75). En una gran cantidad de números de *En Marcha* de nuestro período de estudio, se puede apreciar la centralidad que los estudiantes y los maestros tenían para el PCMLE⁷².

⁷⁰ Cabe anotar que la UGTE no estaba articulada orgánicamente al FUT, y tenía -al decir de los datos de la época del Ministerio de Trabajo- una presencia significativamente menor en el seno de la clase obrera que las otras centrales sindicales.

⁷¹ Entrevista realizada el 16 de septiembre de 2014.

⁷² Las referencias a los estudiantes y los maestros serán -como planteé- insistentes en casi todos los números de *En Marcha*, para muestra proponemos las ediciones de 1975 (No. 312); 1977 (No. 380-390, 398, 400, 401).

En esta dimensión, la juventud asumirá el potencial revolucionario. Ser joven, según las frases de Juan Montalvo y del Che reutilizadas por el PCMLE⁷³, o la consigna “luchar y estudiar por la revolución junto al pueblo” (En Marcha, No. 322, 1976) supondrán sinónimos de rebeldía. La juventud y los estudiantes tendría el deber de acercarse al pueblo, a los sectores empobrecidos, a través de, por ejemplo, potenciar la vinculación universidad-sociedad mediante la extensión universitaria, proceso retratado en los informes de labores de la FEUE (FEUE, 1977), o en la propuesta de pecemelecista de “Organización y lucha por un programa de gobierno de trabajadores, maestros y estudiantes” (En Marcha, No. 376, 1977).

En síntesis, el sujeto revolucionario en el PCMLE se mueve entre la idea de la clase obrera o los trabajadores, los estudiantes y los maestros. A la noción de sujeto revolucionado, encarnado en la juventud (los estudiantes), se suma la relación que se establece con los sectores populares. El revolucionario lo percibimos, de esta forma, como el joven de los sectores populares, que junto con obreros y maestros conforman el sujeto revolucionario; perspectiva que no nulita del todo la idea de la participación de otros sectores nacionalistas, sobre todo en el desarrollo de la primera fase de la revolución: la democrático antiimperialista o la Revolución de Nueva Democracia.

2.1.5 MIR: la subjetividad militante

Entre finales de la década del sesenta y la década del setenta, surgen expresiones políticas al margen de las dos mayores tradiciones de izquierda local (PSE, PCE), y en contestación a la supuesta ausencia de un programa político de corte revolucionario (Benavides, 2014: 54). Una de ellas fue el Movimiento de Izquierda Revolucionario⁷⁴. El MIR influenciaría con sus ideas, en lo fundamental, a un tipo de activismo deseoso de ofertas radicales, centralizado mayoritariamente en el movimiento estudiantil. Su desarrollo lo localizo en dos momentos. El primero, en un período de cohesión partidaria y despliegue de sus

⁷³ “Desgraciado del pueblo donde la juventud no se rebele y haga temblar al tirano” (Montalvo); “Ser joven y no ser rebelde es una contradicción biológica” (El Che).

⁷⁴ Al decir en uno de los fascículos de *Causa Proletaria*: “El MIR se ubica al interno de las vanguardias y organizaciones político-militares surgidas en la última década en lucha antiimperialista y socialista” (*Causa Proletaria*, No.4, 1972:10).

sectores de influencia (hasta 1982); y el segundo, en un período de divisiones y fraccionamientos internos (1982 en adelante) provocadas por discusiones epifenoménicas localizadas en las interpretaciones sobre el desarrollo del proceso revolucionario⁷⁵.

El sujeto revolucionario para el MIR sería el proletariado y la juventud militante (mayoritariamente estudiantes). En adelante, caracterizaré a estos dos sujetos en apego a la producción teórica contenida en lo fundamental en su órgano de difusión partidista, *Causa Proletaria*.

El proletariado, en la perspectiva del MIR, sería el resultado de la expansión asimétrica del capitalismo a nivel internacional, lo que a su vez le permitiría ser el sujeto histórico de esa expansión que aglutina a todos los explotados por el capital. De este modo, la lucha del proletariado en contra de la opresión nacional se encadena en una lucha mucho más amplia, al decir del MIR:

El proletariado de las naciones oprimidas debe participar en las luchas nacionales, no solo porque la opresión nacional impide el desarrollo de la conciencia revolucionaria en las masas y desvía la atención de las contradicciones principales; sino también, fundamentalmente, por que la LIBERACION NACIONAL Y LA LIBERACION SOCIAL SE HAN FUNDIDO EN UN MISMO PROCESO ininterrumpido (Causa Proletaria, No. 4, 1972: 3. Mayúsculas en el original).

El concepto de ‘liberación nacional’ para el MIR no está emparentado con la revolución democrático burguesa (como sucedía con el PCE y el PCMLE), por el contrario, la liberación nacional, al interno de las naciones oprimidas, se resuelve en el marco de la revolución socialista. Esta posición se resalta, puesto que de la adopción de dicha estrategia (revolución socialista) se desprende el privilegio por el sujeto revolucionario proletariado y no por el de burguesía nacional, sujeto medular de la propuesta de la revolución democrático burguesa⁷⁶.

⁷⁵ Existieron sucesivas divisiones provocadas en lo fundamental por diferencias discursivas: MIR Causa Proletaria, MIR Voz Rebelde, MIR Barricada Popular.

⁷⁶ El MIR planteará que, en la liberación nacional “[...] la oposición del proletariado debe ser: por un lado apoyar a la burguesía en su lucha contra el imperialismo; por otro, enfrentar a esta burguesía como a su enemigo de clase” (Causa Proletaria, No. 4, 1974:4). La resolución de esta diatriba, en el ideario mirista, se zanjó siempre por el repudio de la posibilidad aliancista con la burguesía.

Ahora, el MIR establecerá una diferenciación entre el proletariado y la clase obrera. El proletariado se asumiría como el aglutinante de todos los explotados, mientras que la clase obrera como la guía del conjunto proletario; de esta manera:

El avance cualitativo como conciencia de la clase obrera, si bien se ha revelado nuevamente como la auténtica vanguardia del proletariado, como la única clase potencialmente revolucionaria, nos ha permitido observar su carencia casi absoluta de organización. La unidad del pueblo alrededor del proletariado, no se ha dado precisamente alrededor de su poder de concentración y dirección política, sino más bien ha sido provocada por un afán espontáneo de protestar por la espantosa situación que está soportando (Causa Proletaria, No.4, 1972: 1).

En efecto, al proletariado se lo entendería como una dimensión aglutinante de todos los “explotados y oprimidos por el capitalismo”: “el proletariado sabe que sólo será libre si lo es a la vez el conjunto de los oprimidos” (Lucha Proletaria, No. 6, 1977). Esta reflexión sofoca el símil que se establece, entre proletariado y clase obrera a secas, en otras tradiciones marxistas⁷⁷; sin embargo, el proletariado resulta ser una suerte de cuerpo acéfalo, si es que la clase obrera no guía su marcha.

Por otro lado, el proletariado para el MIR presenta una composición bifacética: es la fuerza material contra el capital (al aglutinar a los explotados en una sola expresión organizativa revolucionaria), y, la fuerza ideológica revolucionaria (al garantizar la negación absoluta del capital y la afirmación del socialismo). La fuerza ideológica se traduce en el proceso de ‘proletarización’ de otras clases sociales, como la pequeño-burguesía. Se abre de esta forma para el MIR, la

posibilidad condicional de que los sectores medios de la sociedad, la pequeño-burguesía oprimida por el capital adopte un punto de vista revolucionario en la medida que, en su tránsito inminente al proletariado, fueran rompiendo su perspectiva de pequeños productores y fueran tomando las banderas socialistas de la clase obrera (Causa Proletaria, No.4, 1972: 26).

La labor de los revolucionarios pasaría, según esta perspectiva, por la de “potencia[r] la conciencia política de los trabajadores y hacerles comprender la necesidad de la alianza obrero-campesina, concibiéndola como una alianza de intereses que debe ser dirigida por el

⁷⁷ El MIR planteará de esta manera que “sin el concurso de las masas organizadas, [...] sin el concurso del pueblo, por más cuadros, estructuras y organización que tenga un partido nunca podrá afrontar su misión histórica con la efectividad que se requiere”, insistiendo en la participación de “los obreros, los pobres del campo, los desposeídos de la ciudad, los sectores democráticos de la pequeño burguesía” en la lucha revolucionaria (Causa Proletaria No. 8, 1975).

proletariado” (Causa Proletaria, No.16, 1976: 2). Este planteamiento aparece como contradictorio, dado que en ocasiones se utilizará de la misma manera el concepto de proletariado y de clase obrera (como sujetos dirigentes del conjunto social), sin embargo, en otras ocasiones, como las analizadas líneas arriba, el concepto de proletariado aglutinará al conjunto de las masas explotadas y el de clase obrera a la fuerza conductora.

El proletariado vendría a ser una especie de prefiguración de la sociedad del futuro, que arrastra al conjunto del campo popular tras sí, a partir de la consigna transformadora: “la indignación debe madurar en conciencia militante” (Causa Proletaria, No. 16, 1976). Ahora, el proletariado por sí solo no tendría condiciones de agrupar o dirigir la lucha revolucionaria (según la utilización del término en el MIR), si previamente no asimila un tipo de conciencia socialista, a la que puede acceder únicamente a través de la imprescindible figura del militante, materialización de una elevada voluntad de lucha.

El concepto del militante en el Ecuador se desarrolla en un contexto de ascenso de la lucha revolucionaria en América Latina, en especial después del influyente impulso que supuso la Revolución Cubana, que según el MIR sería un referente que “sin mantener ligaduras con el ‘trotskismo’ o el ‘estalinismo’, [...] demostró la creatividad revolucionaria del pueblo” (Causa Proletaria, N.4, 1972: 9). En el período de tratamiento de este estudio (1975-1986), en la región latinoamericana se desarrollan varios cursos de corte revolucionario que reforzarían, en el imaginario mirista, la trascendencia de la acción del militante⁷⁸.

La figura del ‘militante’ adquiere un estatuto de importancia trascendente en los objetivos de la revolución, el uso del término será figura gramatical recurrente en la narrativa del MIR⁷⁹. La politización de las masas sería una labor únicamente posible a través del trabajo de la militancia radicalizada⁸⁰.

⁷⁸ Junto a la gesta cubana está la emergencia tupamara en Uruguay, el ALN en Brasil, las movilizaciones campesinas de Hugo Blanco en el Perú, entre otras asonadas que incentivarían la voluntad de “avance” en la senda del Che, a la que se agregarían nombres como del chileno Miguel Enríquez, figura central del glosario mirista.

⁷⁹ Al respecto puedo mencionar la Causa Proletaria No. 6, 7, 10, 14, 19, y 23.

⁸⁰ Esta militancia no tendrá reparos en el llamamiento a la “violencia revolucionaria”, “organización de las violencia de los oprimidos”, “las armas” y el reconocimiento de las praxis político-militar de otras réplicas del

La subjetividad militante derribaría las dificultades propias de la empresa revolucionaria. La convicción militante permitiría la superación del ‘estado de las cosas’, dado que para hacer la revolución ‘no basta la existencia de condiciones objetivas’ (a pesar incluso, de que en algunas *Causas* se critica el “simplismo voluntarista” y la “sustitución [de] la realidad con frases-argumentos”⁸¹), en razón de la insistente necesidad de ‘atraer’ a las masas a la lucha revolucionaria.

En este planteamiento, las crisis económicas son ‘solamente’ fisuras donde puede transitar el proletariado y donde es responsabilidad militante “hacer que fluya la conciencia política, la indignación general y el descontento de las masas oprimidas” (Causa Proletaria, No. 14, 1976: 29). Este ‘método’ de trabajo (vinculación: militancia-masas-crisis) guarda apego a la icónica idea de Lenin, de que la revolución únicamente es posible cuando la clase dominante ya no puede dominar y los explotados ya no quieren ser explotados, en un ambiente de crisis general del capital (Salem, 2008: 14).

En síntesis, la voluntad militante puede provocar la transformación de la realidad, más allá de las condiciones objetivas de existencia, “la mística revolucionaria es un arma de la ideología proletaria, es un arma de la organización revolucionaria, donde nos forjamos los militantes, el hombre nuevo, la patria nueva” (Voz Rebelde, No. 7, 1982).

A la idea de la voluntad militante se articula la de la ética (mística) revolucionaria. Este valor pretendía una “formación íntegramente humana y mística de nuestros militantes [...] con valor, fuerza y seguridad” (Causa Proletaria, N.4, 1972: 1), en la perspectiva de construcción de un partido que “vigile la pureza de los principios, la ideología proletaria” y se aleje de la “clientela electorera, de engorde partidario” (Causa Proletaria, N.14, 1976: 30).

En el caso del MIR, la configuración de la militancia provino, en lo fundamental, de los sectores del movimiento estudiantil. Por tanto, la idea del militante estuvo materialmente asociada a los sectores de la juventud, siendo precisamente en los circuitos de las universidades y los colegios los lugares desde los cuales se pensará,

MIR en varios países de la región (Venezuela, Perú y sobre todo Chile). Claro está que se mantuvo, en el tiempo de existencia del MIR, en los límites declarativos.

⁸¹ Causa Proletaria, No.14, 1976: 9ss.

mayoritariamente, los procesos de radicalización de la política y de la lucha armada, tendencia que concebía a la democracia como ajena a la revolución. En tal virtud, algunos militantes del MIR decantaron en organizaciones de corte político-militar (AVC, OPM, MPL), lo que será analizado más adelante.

2.1.6 MRT: Velasco y la unidad obrero-campesina

El Movimiento Revolucionario de los Trabajadores –MRT–, al igual que otros grupos (MIR, PCMLE o el MRIC⁸²), se conforma en perspectiva de generar una alternativa revolucionaria al interior de la clase obrera y el campesinado; “el MRT es una organización política de lucha nacida de la unión voluntaria de obreros, campesinos, pobladores, maestros, estudiantes y otros revolucionarios” (MRT, documento de divulgación, julio 1978).

Aunque su trayectoria política no es muy larga (desde 1974 hasta principios del ochenta), este movimiento tuvo cierto nivel de influencia, en los sectores sindicales y en el movimiento campesino, que es importante revisar. Resultaría imposible lograr una comprensión completa por fuera de la relación que estableció con la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas –FENOC–, la Central Ecuatoriana De Organizaciones Clasistas –CEDOC–, la Central Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres –CEOSL– y la figura de Fernando Velasco Abad ‘El Conejo’ (dirigente del MRT); esto evidencia una estrecha cercanía entre el MRT y el movimiento de masas. Velasco, al decir del dirigente sindical José Chávez, sería un aporte válido en las luchas del FUT y otros movimientos sociales, durante parte de la década del 70.

Los aportes del “Conejo” Velasco fueron fundamentales: el plan estratégico, las plataformas de lucha, los manifiestos, los documentos adoptados en las convenciones; se enriquecieron con su pensamiento político y su posición revolucionaria, destacándose su definición en cuanto a que la lucha política y la lucha económica deben ir intrínsecamente entrelazadas, que es indispensable mantener autonomía e independencia de clase ante los detentadores del Poder (Chávez, 2014).

⁸² MRIC: Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiano.

La acción del MRT permitió que la CEDOC pase de posiciones de raíz conservadora – propias de la hegemonía que la iglesia católica había tenido en su conformación inicial– a la adopción de una posición de clase y del discurso socialista⁸³. Lo singular de la acción del MRT es que la conversión, hacia la identidad clasista y socialista de la CEDOC, se logra en el conspicuo trabajo logrado a través de una organización de base campesina, la FENOC.

La articulación que se da entre la CEDOC (organización con énfasis en lo obrero) y la FENOC (organización con énfasis en lo campesino) advierte, en el MRT, la necesidad de pensar teórica y políticamente desde la base obrero-campesina⁸⁴, y construir un frente único de las clases revolucionarias. En un documento de divulgación (1978) se plantea que, “el MRT persigue unir a los trabajadores del campo y la ciudad e integrarlos a la lucha política, desarrollar el Frente Único de las clases revolucionarias, articular las luchas de todo el pueblo y darles un contenido revolucionario, acumular fuerzas y avanzar a la lucha por el socialismo” (MRT, documento de divulgación, julio 1978).

De ahí el planteamiento del MRT, de “un gobierno de Obreros y Campesinos en una República Socialista, como única solución real a los problemas de la clase obrera y el pueblo” (MRT en: Larco, 2012: 184), se convertiría en la consigna política central.

De tal suerte, el dirigente del MRT Fernando Velasco se empeñaría en la conexión de la situación de la clase obrera urbana con la del campesinado al interior de la hacienda capitalista y las haciendas tradicionales en descomposición (Moreano en: Velasco, 1983: XXII), así como en establecer puentes de vinculación entre las necesidades más inmediatas de las masas y la proyección estratégica socialista, significando la lucha concreta, un cordón umbilical para enlazar las aspiraciones más altas del proletariado (Moreano en: Velasco, 1983: XIII)⁸⁵.

⁸³ La CEDOC se conforma en 1938, bajo la denominación de Central Ecuatoriana De Obreros Católicos, a propósito de la discusión del primer Código del Trabajo que se aprueba en ese mismo año. Esta central obrera estaba fuertemente ligada al Partido Conservado. El trabajo del MRT permitió cambiar la identidad de “Obreros Católicos” por la de “Organizaciones Clasistas”.

⁸⁴ Es clave fijarse en la atención que para Velasco merece el tema campesino e indígena en sus trabajos.

⁸⁵ En esta línea, se aprecia en el MRT, a propósito de la masacre de los trabajadores en el Ingenio Azucarero Aztra (1977), un análisis tendiente de entender el proceso de proletarización del campesinado: “las condiciones de vida del campesinado hacen que migre en busca de fuentes de ingreso”, provocando un desplazamiento de campesinos que desde “Azuay y Cañar bajan a la Costa, especialmente a los ingenios en el tiempo de zafra” (Lucha Socialista, No. 1, 1977).

De la relación política y teórica entre lo sindical y lo campesino, se desprende, para el MRT, que el sujeto revolucionario se localice en la unidad obrero-campesina. Estos dos actores, vinculados entre sí, tendrán un permanente reconocimiento en las revistas y periódicos del MRT. La tesis, “por la unidad de los trabajadores y campesinos; por el derecho y respeto a la vida de los trabajadores, campesinos e indígenas” (Nuestra lucha, No. 8, 1977), será aludida de forma constante, estableciéndose que “el deber fundamental que las actuales circunstancias plantean a la clase obrera y al campesinado es el fortalecimiento de la posición socialista al interior de la totalidad del movimiento de masas, fortalecimiento que deberá expresarse en nuevas y más altas acciones de lucha” (Tarea Urgente, No. 1, 1976).

Ahora, la vinculación entre lo obrero y lo campesino no discrimina a la “totalidad del movimiento de masas” –tesis que es coincidente con el PSRE–, en tal suerte, otros actores sociales pueden incluirse en el bloque social revolucionario (por ejemplo los indígenas), siempre y cuando se integren en una plataforma identificada con el socialismo. A su vez, la consigna obrero-campesina es un acontecimiento clave para entender no sólo la conformación de la CEDOC, sino, en general, la del resto de centrales sindicales aglutinadas para la época en el Frente Unitario de Trabajadores –FUT⁸⁶.

Es importante, a su vez, determinar la posición del MRT posterior a los gobiernos militares. En el proceso de retorno a la democracia, el MRT se inclina a apoyar al FADI –sin formalmente ser parte orgánica de éste–, conjuntamente con otros partidos de izquierda. Sin embargo, el MRT concebiría a lo electoral como un mecanismo táctico de acumulación de fuerzas, que tiene como premisa la discusión de tesis políticas por el socialismo; las elecciones no serán la última forma en el proceso de lucha por el socialismo, sino “un aspecto coyuntural a ser instrumentado” (MRT en: Larco, 2012: 188). En tal virtud, la comprensión del sujeto revolucionario, visto desde la unidad estratégica obrero-campesino, no fue distorsionada por la táctica electoral, lo que significa, la oposición a concebir al sujeto revolucionario como población sufragante.

⁸⁶ Tanto la CTE y la CEOSL, a pesar de ser centrales sindicales con una identidad ligada de manera mayor a las organizaciones obreras, estarán, no obstante, estrechamente vinculadas a la organización campesina e indígena, proceso visto en detalle en el capítulo tres.

La temprana muerte de Velasco propicia una serie de manifestaciones de adhesión a su memoria que, considero, no trascendieron en el desarrollo de la praxis partidaria. Entre varias expresiones de reivindicación política, de manera figurativa, extraemos la siguiente:

FERNANDO VELASCO viene a dar su modesta cuota, su aporte a la reconstrucción de la política y lucha proletaria. La debilidad de las organizaciones, parece obligarlo finalmente, luego de la Huelga del FUT, lo mismo que de la conformación del MUI, a que Velasco llegue, con otros compañeros, a organizar un nuevo frente de combate a la voracidad de los capitalistas (Causa Proletaria, N.26, 1978. Mayúsculas en el original).

En síntesis, el concepto de la alianza obrero-campesina, vinculado a la praxis del MRT, contribuirá a pensar en sujeto revolucionario desde una clave negativa al capital, postulado que desarrollaré en el capítulo tres.

2.2 Las OPMs: el sujeto revolucionario como tautología

Con el retorno a la democracia, la izquierda enfrenta el dilema de adaptarse al proceso democrático en boga o avanzar hacia la confrontación, en consonancia con la abrumadora condicionalidad regional (existencia de varias marchas revolucionarias en toda Latinoamérica) de un proyecto que incluya la violencia como identidad política⁸⁷. Varias organizaciones se decidieron por el camino del legalismo y el pacifismo, insertos en los permanentes intentos de acceder al poder vía electoral (Unidad Popular en Chile, Peronismo en Argentina, Izquierda Unida en Perú), sin excluir, en algunos casos, inclusive, alianzas con la burguesía.

No obstante, otras organizaciones se decidieron por la lucha armada. Sin lugar a dudas, AVC fue el centro de atención en lo que respecta a la lucha armada en el Ecuador, a la que le podemos sumar la conformación, a mediados de la década del setenta, de una Organización Político Militar (OPM), liderada por Kléber Gía Bustamante, que en la

⁸⁷ Para la época existía en casi todos los países latinoamericanos una gran cantidad de guerrillas. Esto hacía ver a la lucha armada, en los sectores de la juventud especialmente, más que como una posibilidad, casi como un condicionamiento generacional.

historiografía de izquierda quedarán reconocidos como los “Gías”, a Montoneras Patria Libre (MPL) y, bien entrada la década del ochenta, el PCE-SR⁸⁸.

En los antecedentes de las Organizaciones Políticos Militares (OPMs) en el Ecuador, encontramos experiencias con una alta limitación en su capacidad política y operativa, condición de partida que hacía más difícil aún pensar el emprendimiento armado, y por tanto resolver el problema del sujeto revolucionario al interior de dicha práctica.

Sin embargo, lo que podemos identificar, a partir de la praxis de las OPMs, es que los sujetos que se privilegiaron fueron los estudiantes convertidos a la militancia política de izquierda, y, en segundo lugar, el campesinado, en especial, por ser el sujeto que vive en las zonas estratégicas para las experiencias que optaron por la alternativa ‘guerrillera’: las zonas rurales.

A pesar de que, como planteé, no hubo procesos que se desarrollaran como guerrillas constituidas, no se puede dejar de mencionar experiencias antecedentes como la de URJE⁸⁹ (1964), y otras de menor envergadura como: Vencer o Morir, el DOS (Destacamento de la Organización Secreta) y las Brigadas Pintag, a más de ciertas prácticas de sectores del PSRE y de la fracción del MIR-Manabí.

Destaco algunos acontecimientos históricos que influyen el arranque de la lucha armada en este período de estudio: I) la masacre de los trabajadores del Ingenio Azucarero Aztra; II) la influencia de las guerrillas colombianas (FARC, ELN, M-19, EPL); nicaragüenses (FSLN); salvadoreñas (FMLN) y la experiencia cubana; III) la emergencia de la lucha en el movimiento obrero (FUT); IV) la lucha del movimiento estudiantil; V) las tomas de tierras lideradas por el movimiento campesino e indígena en varias partes del país (FENOC, ECUARUNARI, FEI); y, VI) el trabajo de la Teología de la Liberación y de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs).

⁸⁸ Partido Comunista del Ecuador-Sol Rojo

⁸⁹ URJE es uno de los pocos intentos, con cierto nivel de desarrollo, de montar una especie de columna guerrillera en la zona de Santo Domingo de los Tsáchilas, en el sector del Río Blanco, en el año 1964. Dicha experiencia terminó a los pocos meses en desbandada: presos, desaparecidos, torturados, muertos y el derrumbamiento casi absoluto de URJE. Como había dicho líneas arriba, de este proceso emerge el PCMLE. URJE, a su vez, significará el punto de partida de casi todas las propuestas político-militares que se dieron en la década del setenta y del ochenta en el Ecuador, entre las que constan Vencer o Morir, DOS, Brigadas Pintag, entre otros (Villamizar, 1994).

Para finalizar, los intentos de producción teórica de la época para pensar la lucha político-militar en el Ecuador fueron muy escasos, lo cual implica limitaciones en el tratamiento del concepto sujeto revolucionario. Esto posiblemente debido a dos factores. El primero, la presunción de que el carácter de la revolución estaba marcado por la práctica, por tal motivo la acción suplirá el lugar de lo teórico; y segundo, el enfrentamiento con el Estado en considerable desequilibrio de fuerzas, limitando la posibilidad de encontrar un espacio de serenidad teórica.

En tal suerte, el sujeto revolucionario no fue reflexionado a profundidad, mas, existía una condición de partida que centralizaba el rol de la militancia revolucionaria alzada en armas, como los verdaderos revolucionarios, produciéndose una tautología: *el sujeto revolucionario serán los mismos revolucionarios*, en el sentido de la militancia dispuesta a enfrentarse en lucha armada con el enemigo en sus distintas acepciones: burgueses, oligarcas, ricos, etc. La tradición de lucha de las OPMs en el Ecuador se concentrará en la acción de la militancia revolucionaria, las condiciones esenciales que caracterizarán al sujeto revolucionario (como el arrojo, la entrega y la convicción por la lucha armada).

2.2.1 AVC: el pueblo y la impronta como discurso

Alfaro Vive, Carajo!⁹⁰, AVC, se descentra de las discusiones motivadas por el espíritu marxista; su distanciamiento no solamente opera a nivel terminológico, sino sobre todo analítico. En perspectiva del presente objeto de estudio –el sujeto revolucionario–, la realidad en la lógica AVC no se explica a partir del análisis de clases, sino en el ámbito de los “destructores” y “constructores” de la Patria, concepto nuclear del corpus alfarista. Los primeros serán identificados como la oligarquía, y los segundos serán agrupados en el genérico de pueblo⁹¹.

⁹⁰ La forma de escritura de Alfaro Vive, Carajo! (sin el signo de admiración al inicio), se utiliza conservando su escrituración original.

⁹¹ La lucha central se desata a partir del conflicto Oligarquía y Pueblo, de esta base se desprende la estrategia. Al decir de Juan Fernando Terán “en un sentido restringido, la oposición pueblo-oligarquía es apreciada como oposición entre grupos agroexportadores financieros costeños y los individuos bien intencionados con la

El camino a seguir es la rebelión del pueblo contra la oligarquía. Destruir el poder de las minorías con el poder de las mayorías, de los pobres, de las fuerzas nacionales. Una lucha para garantizar el triunfo de una de las partes implica que, desde ahora, nosotros construimos la fuerza armada que el pueblo requiere para asegurar esa lucha contra los dominadores (AVC, 1985: 20).

Las figuras de pueblo y oligarquía tendrán dos características. La primera es mostrarse de manera dicotómica, contrapuesta: los intereses ‘del pueblo’, ‘de los pobres’, ‘de las fuerzas nacionales’ serán antagónicos a los de la oligarquía, y viceversa. La segunda, tanto el pueblo y la oligarquía serán conceptos que no acaban de cerrarse. ¿Quiénes son parte del pueblo y quiénes parte de la oligarquía? ¿Cuál es la base ideológica demarcadora para pertenecer a uno u otro espacio?

Por otro lado, Alfaro Vive, Carajo!, como varios grupos en la región (MRTA en Perú, por ejemplo), tiene una sinuosa conformación. AVC se configura a partir de la unión de una serie de grupos que ni teórica ni políticamente tenían nexos estructurales⁹². Como plantea Cristina Benavides, “si hay algo que no estuvo claro para todos en AVC fue su ideología. El único principio que los unificaba era la *revolución*” (2014: 89). Más aún, cuando al decir de los propios militantes alfaristas la inacción de la izquierda, el diletantismo acerca de la salida revolucionaria de la acción política, el “quietismo ahistórico”, la “radicalidad verbal” (AVC, 1985: 23), fue lo que motivó la composición de una organización que pretendía el “crecimiento en caliente”, puesto que para los alfaristas “estamos haciendo y debemos seguir haciendo, ésta es la única garantía de que desarrollaremos estrategias, formulaciones, propuestas, fuerza efectiva y alianzas” (AVC, 1985: 30).

producción ‘auténtica’ [ya sea como propietarios o asalariados], o bien, que viven de su trabajo. La oposición fundamental cobra, así, la forma de un conflicto entre la fracción y el resto del conglomerado social” (Terán, 1994: 144).

⁹² AVC (alegoría final de una pancarta de lo que en teoría se debió haber llamado el Ejército Revolucionario del Pueblo Eloy Alfaro ERP-EA) se conforma mediante la aglutinación de ‘Los Chapulos’, grupo de estudiantes de la Universidad Central de Ecuador -UCE- liderados por Arturo Jarrín, que a su vez integró a una parte de la militancia del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana –MRIC-. Por otro lado, a un grupo desprendido del MIR, que tenía influencia sobre la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador -FESE-, dirigido por Fausto Basantes Borja, quien, a su vez, acarreó a otras figuras que militaban en la OPMs de Gía Bustamante. Por último, otro grupo donde se encontraban militantes de experiencias revolucionarias del setenta (Benavides; 2013: 84). Al decir de Villamizar (1994), estos grupos se influyen en varios ámbitos: en la formulación de un proyecto político, en la concepción militar estratégica, en las formas organizativas adoptadas, y en el estilo político ‘alfarista’.

En tal medida, AVC hará suya la consigna tupamarista uruguaya: “la teoría nos divide, las acciones nos unen”, produciéndose lo que he dado por llamar la *impronta como discurso*⁹³; como pensaba AVC, “nosotros más que discutir debemos hacer” (AVC, 1985: 41). Esta característica generaría una base sobre la cual se comprenderá el sujeto revolucionario. La acción será el determinante central en la definición de los revolucionarios.

Junto a la urgencia de la acción y la necesidad de forjar una conducta que realce la practicidad, se encuentra la importancia de la historia y la nación, como pilares constitutivos para el concepto del sujeto revolucionario. En palabras de su comandante Arturo Jarrín –fuertemente marcado por la experiencia centroamericana– AVC plantea: “el encuentro con el proyecto sandinista, donde el guía y el conductor no es ni Marx ni Lenin [...] sino un proceso que rescata la historia y la tradición de lucha de un pueblo, le inspira para que el Ecuador también se plantee recoger la historia” (Villamizar, 1994: 114).

El llamado a ‘recoger la historia’, obligó a referirse a la intelectualidad ‘nacional’ ecuatoriana, que recaía, sobre todo, en la dimensión literaria. En tal virtud, los que llenarán el espacio vacío, dejado por los clásicos del marxismo, serán personajes que, independientemente de su procedencia liberal, personificarían la simbólica nacional, al tratar temas que hacían referencia al ser nacional ecuatoriano, invisibilizado por las élites oligárquicas.

Desde los pensadores ilustrados, como Eugenio Espejo y Juan Montalvo; los independentistas, Antonio José de Sucre y Simón Bolívar; los revolucionarios liberales, como Eloy Alfaro, José Peralta y Belisario Quevedo; los escritores del realismo social, como Alfredo Pareja Diezcanseco, José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara y Demetrio Aguilera Malta; los indigenistas, como Jorge Icaza y Oswaldo Guayasamín; los luchadores de las gestas indígenas, desde Rumiñahui hasta Cristóbal Pajuña y Rafael Perugachi y, el historiador Oswaldo Albornoz; se constituían los hitos referenciales de la propuesta alfarista, que quería mostrarse a la sociedad como la constructora de “lo nacional”, como portadora del acervo “popular”, puesto que “tenemos historia propia, tenemos identidad de

⁹³ En una de las resoluciones generadas en la Segunda Conferencia Nacional se decía: “dejar que los hechos sean los que hablen”.

indios, de cholos, mestizos, negros, montubios, tenemos identidad de patria” (Jarrín, 2004: 30)⁹⁴.

El anhelo de lo nacional se asoció a la idea de lo popular o del pueblo (Sánchez-Parga en: Terán, 1994: 26), como problema que ha sido negado por las élites oligárquicas que privilegiaron la cultura de ‘afuera’ en detrimento de la cultura ‘nacional’. El enfrentamiento con la oligarquía, en tal suerte, implicaría la afirmación del pueblo, la patria y de lo popular:

El pueblo de Alfaro no puede humillarse y permitir tanta arbitrariedad oligárquica. Hoy más que nunca es una necesidad la unidad de todas las fuerzas democráticas y patrióticas para enfrentar al tirano. Esa unidad debe darse en la oposición a la política anti-popular del gobierno y debe plantearse rebasando los marcos institucionales de la oposición (Montonera, No. 19, 1985).

La defensa de lo popular, decanta para AVC, en la crítica al imperialismo. Frente a la pregunta de ¿cómo se define ideológicamente Alfaro Vive?, la respuesta será “como una organización democrática en armas, como una organización nacionalista, antioligárquica y antiimperialista” (¡Qué Púchicas!, mi País; No. 1; 1986: 14). La consigna de la revolución popular (nacional), democrática y antiimperialista funcionaría como un tipo de praxis que, cobijada en el connotativo de ‘alfarista’, se alejaba del patrón marxista-leninista, y abandonaba la “vocinglería doctrinaria” –como denomina AVC al ‘exceso’ teórico de la izquierda–. En el plano del pensar al sujeto revolucionario, este apriorismo antiintelectual determinará el alejamiento de las reflexiones provenientes del ‘purismo’ revolucionario. La noción del proletariado simplemente desaparecerá, izándose el concepto de pueblo. Al decir de AVC “solamente cuando se ejerza verdadera soberanía popular, cuando las fuerzas sociales del pueblo sean PODER se podrá organizar las tareas necesarias para resolver los problemas y las aspiraciones del pueblo” (AVC, 1985: 19. Mayúsculas en el original).

El pueblo será el contenedor de ‘todos’ los negados por la oligarquía. La lucha armada se pensará como el ámbito desde el cual el pueblo podrá manifestarse. “Apoyar al

⁹⁴ “El Alfarismo es Nacional, no tanto porque Eloy Alfaro sea ecuatoriano, tanto porque siempre (desde El Colorado hasta ahora), ha dado respuesta al país: indios, negros, montubios, obreros, artesanos, campesinos, profesionales, empresarios nacionales. Siendo así tuvimos que ser consecuentes con ellos e iniciar un período [...]” (Qué Púchicas, mi País!; No. 1; 1986: 74)

pueblo y darle un instrumento de fuerza, las armas, que está presente Alfaro Vive, Carajo!” (AVC, 1985: 21).

No obstante, el grueso de la militancia alfarista estaba caracterizada por una alta tasa de jóvenes, “la juventud [sería] un elemento muy importante para la construcción del EJÉRCITO POPULAR” (Montonera, No. 26, 1985. Mayúsculas en el original). Siguiendo las reflexiones de Terán, las demandas políticas de una parte de la juventud no habían sido absorbidas por otras expresiones de la izquierda, esta porción de militancia joven tendrá la característica de ser “sujetos renegados de la izquierda” (al no existir en la izquierda espacios políticos que se planteen con celeridad la lucha armada). La joven militancia se arrojará en una comprensión de la lucha, que tenía como telón de fondo el antiizquierdismo, antiteoricismo, propagandismo y pragmatismo (Terán, 1994: 14).

La urgencia de la revolución en la juventud estaba dada por la aceleración de una propuesta que planteara la guerra (en términos prácticos) como condición política medular, desatendiendo el problema de la guerra en su dimensión teórico-estratégica. Esta situación de descontento en los sectores de la clase media, sobre todo estudiantiles, se profundizaba por el retorno a la democracia, que a juicio de las “juventudes insurgentes” significaba no más que un “cambio incambiado” (Terán, 1994: 157).

En el anhelo de volcar a los sectores populares el proyecto alfarista, se rompió con esquemas y presupuestos de la ética política de la izquierda marxista y se permitió acoger a vertientes que, desde la base de la identidad democrática, vistas desde cualquier orbe político, desearan impulsar un proyecto susceptible de trastrocamiento violento de la matriz de poder oligárquico, proyecto que no anteponía la clase como un delimitador de las identidades sociales. La figura genérica y abstracta del ciudadano, del “ecuatoriano” o – incluso– de los “jodidos”, serán expresiones aglutinantes del campesino, estudiante, ama de casa, artesanos y el productor ‘auténtico’ y el ‘empresario nacional’.

AVC se muestra como una especie de aglutinador de lo marginal, de los ‘desplazados’ por la oligarquía, el pueblo será un contenedor que no privilegia la categoría económico-política de explotado; así, el sujeto revolucionario es el que sufre, padece y que, por tanto, no hay que forjar, puesto que *per se* existe un inmanente revolucionario en el

pueblo ecuatoriano, una especie de “psicología de inconformidad que caracteriza al pueblo ecuatoriano” (¡Qué Púchicas!, mi País; No. 1; 1986: 59).

Lo particular del planteamiento es que: el concepto de pueblo no excluía entre otros actores a la burguesía nacional, ‘víctima’ también de la oligarquía. Empero, a diferencia del planteamiento del PCE, la participación del pueblo no se inscribía en una estrategia etapista de la revolución, sino que el triunfo del pueblo, en la versión de AVC, significaría la consolidación del proceso revolucionario ‘total’, aunque distante de la identidad socialista de la revolución. En una propuesta de gobierno, lanzada a través del *Diario Hoy*, AVC plantea luchar por “un gobierno de los ecuatorianos para los ecuatorianos [...] permitir la presencia del capital extranjero siempre y cuando redunde en beneficio del país, apoyar a los sectores productivos auténticamente nacionales y racionalizar la utilización de nuestros recursos naturales” (Villamizar, 1994: 151).

En el concepto de pueblo, se integrará también a los sectores de la clase dominante no-oligárquica: la burguesía nacional modernizante. Coincidiendo en pleno con la reflexión de Terán, el proyecto alfarista no es sino la lucha por la efectiva modernización de la política y economía capitalista, y la ruptura con el pasado monopólico oligárquico (1994: 23). En tal virtud, el concepto de sujeto revolucionario no se fraguó desde la base anticapitalista, sino desde la base antioligárquica. El resultante de AVC, de la idea ‘democracia en armas’ en el gobierno socialcristiano de Febres Cordero (1984), a la larga condujo a los alfaristas a la ‘democracia sin armas’ en el gobierno socialdemócrata de Borja (1988).

“Alfaro Vive, Carajo” cree firmemente en la vocación democrática del pueblo ecuatoriano y de la defensa del sistema democrático, uno de cuyos pilares más importantes son las elecciones. Por lo tanto estaremos atentos para responder a las amenazas en contra de este legítimo derecho de todos los ecuatorianos (Montonera, No. 19, 1985).

La ponderación en AVC del concepto de democracia y la adopción del sujeto revolucionario, ‘el pueblo’ y ‘los revolucionarios’ –que como había anotado se descentran del paradigma marxista–, constituyen, para el caso ecuatoriano, la antesala del período que caracterizará a la sociedad pos caída del Muro de Berlín (1989). La derrota de los proyectos clasistas y del marxismo, a los que AVC veía con distancia prudencial, hizo que a finales de

la década del ochenta, y sobre todo en la de los noventa, emerja con fuerza la figura de los ‘nuevos actores sociales’: los movimientos sociales; transición a la que prestaré atención en el capítulo tres.

Conclusión

A partir de lo señalado en este capítulo, planteo como una de las principales falencias de la izquierda, al pensar el sujeto revolucionario, a la aplicación mecánica de una forma particular de marxismo proveniente de la Tercera Internacional, en el caso del PC y del PCMLE; mientras unos apelaban a un proletariado inexistente, otros disputaban la dirección de una clase obrera que no se reconocía dentro de sus discursos, ni de sus prácticas. Las organizaciones más radicales quisieron hacer la revolución, pero se olvidaron del trabajo político con la masa, lo que generó que el sujeto revolucionario no sea más que una herramienta retórica. Habría que señalar otra corriente que plantea la aglutinación de todos los excluidos y marginados por la oligarquía (AVC), apelando a la idea del ‘pueblo’. En otros casos (MRT, PSRE), propondrán un sujeto revolucionario de carácter más amplio, pero pensado desde la posibilidad socialista. Mientras que en el caso del MIR, el rol del militante será un determinante a la hora de pensar el sujeto revolucionario, conjuntamente con el de la clase obrera. En definitiva, la reflexión sobre el sujeto revolucionario, en su mayoría, estuvo urgida por las necesidades políticas de la coyuntura o por la condicionalidad de los paradigmas revolucionarios mundiales, y no por una lectura atenta y detallada de las condiciones generales de la formación social ecuatoriana.

Capítulo tres

El sujeto revolucionario en la izquierda ecuatoriana: tautología, retórica, elecciones, dogma y negación.

“La violencia empleada contra los que oprimen masas enteras de trabajadores, la violencia a favor de millones de seres explotados, nunca, jamás puede ser mala, esta violencia es sagrada”.
Enrique Terán, primer Secretario General del PSE

“La historia real es lucha, pasión, combatividad. El mismo acto de seleccionador de datos, de interpelarlos, de adoptar tal o cual método significa una toma de posición”.
Manuel Agustín Aguirre, PSRE

“Si había esperanza, estaba en los proles”.
George Orwell

Tras analizar las distintas posiciones, respecto al sujeto revolucionario dentro de la tradición marxista, y de haber establecido las formulaciones de las principales organizaciones de la izquierda ecuatoriana, este capítulo ahondará en las tesis y puntos de vista convergentes de cada una de las posturas partidarias que han sido descritas (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), buscando establecer la relación entre sus discursos político-ideológicos y la construcción concreta de un perfil del sujeto de la revolución ecuatoriana.

No es fácil establecer el criterio de ‘lo revolucionario’ en cada una de las organizaciones objeto del estudio, pues la formulación sobre el ‘sujeto revolucionario’ se inscribe en un conjunto de ideas complejas, derivadas de sus distintas interpretaciones sobre el marxismo, la revolución y la formación social ecuatoriana. En este capítulo, relaciono el sujeto revolucionario, pensado desde la izquierda, con el contexto general de la lucha partidaria.

He agrupado al sujeto revolucionario de la izquierda ecuatoriana en el período de 1975-1986, desde la caracterización: I) el militante revolucionario; II) el pueblo; III) la población sufragante; IV) el proletariado como clase obrera industrial; y, V) el proletariado como sujeto negativo. La síntesis de cada una de estas formulaciones se dio en función de la recurrencia con la que los partidos en cuestión se referían a un determinado sujeto revolucionario. Por tanto, el propósito de este esquema es visibilizar un proceso implícito en los discursos y las prácticas políticas de los partidos de izquierda, que se expresan a momentos también, como una especie de ‘tipos ideales’.

Como antecedente, para la configuración de los sujetos revolucionarios descritos, se evidencia la presencia de tensiones ideológicas entre los distintos partidos, al no haber un acuerdo en la propuesta de una estrategia revolucionaria ‘verdadera’. Empero, existen determinados puntos de empate, circunstancia que hace posible identificar a determinados actores, alrededor de los cuales giró el debate para reconocer al sujeto de la revolución en la izquierda ecuatoriana.

La adopción, en cada uno de los Partidos (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), de un sujeto revolucionario particular (el militante revolucionario, el pueblo, la población sufragante, el proletariado como clase obrera industrial, el proletariado como sujeto negativo) no niega que, en determinados momentos, exista el privilegio por otro sujeto revolucionario; por ejemplo, el PCE privilegió al ‘proletariado como clase obrera’, así como al ‘pueblo’, o AVC al ‘militante revolucionario’, tanto como al ‘pueblo’.

Por otro lado, identifico contradicciones entre el aspecto teórico y práctico. Por ejemplo, en el caso del PCE, PCMLE y el MIR existe una contradicción entre la defensa teórica del sujeto revolucionario ‘clase obrera’, y la incorporación práctica en sus agendas de lucha de otros sujetos: pueblo, estudiantes y maestros, militante revolucionario. En otros casos, se da un uso conceptual distinto de un mismo sujeto, como en el caso particular del concepto de pueblo; allí se identifica la utilización desde una acepción populista de contenido policlasista (PCE, AVC), o desde la idea de ‘todos los explotados’ (PSRE, MRT, MIR), más cercano a concepto de proletariado como sujeto negativo concebido en el marxismo.

3.1 “El sujeto revolucionario somos los revolucionarios”

Uno de los puntos de coincidencia, que establezco en las prácticas de los partidos de izquierda ecuatoriana (como el MIR), especialmente los ligados a los proyectos armados (AVC, OPM, MPL), es la centralidad que el militante revolucionario adquiere en el proceso político y, en especial, en la lucha armada. El sujeto sobre el que recaerá la determinación del proyecto emancipatorio y la responsabilidad de enfrentar, bajo cualquier costo, la conquista de un mundo mejor, será en efecto el militante revolucionario. Las clases sociales explotadas (como los obreros y los campesinos), en repetidos casos, serán subsumidas por la acción de la militancia armada, conformada en lo fundamental por jóvenes de clase media (Terán, 1994: 14).

El militante revolucionario será, según esta concepción, el representante político de la población, al encarnar sus sufrimientos, sus padecimientos, sus necesidades, deslindando

la responsabilidad central de las masas en el proyecto revolucionario, puesto que se asumiría que la acción de la militancia era a la vez la acción de pueblo, o como AVC señala: “armando a nuestra organización, por lo tanto al pueblo” (Qué Púchicas, Mi País!; No. 1; 1986: 18). La presencia ‘real’ del pueblo fue obviada por la representación –cuantitativamente menor– de la militancia, lo que implicó que las masas –en el período de despliegue de AVC, por ejemplo– no se hayan sumado al enfrentamiento político-militar con el Estado⁹⁵. De esta forma, al decir del MRT, organizaciones como AVC adoptarían una posición ‘vanguardista’ como expresión política al margen del pueblo, tal como consta en uno de sus periódicos *Movimiento*: “el vanguardismo [...] ha privilegiado su autoconstrucción por sobre el desarrollo político del pueblo” (Movimiento, noviembre, 1980).

La praxis de AVC y otras organizaciones (como por ejemplo el MIR) construyen la imagen del militante como el artífice de la revolución, quien, dedicado a hacer crecer al Partido (en reclutamiento, infraestructura y financiamiento especialmente)⁹⁶, anteponía los deseos de cambio de la militancia por sobre las posibilidades materiales (objetivas) de avance revolucionario (crisis económica, debilidad de las élites, configuración de un bloque histórico de los explotados, construcción del programa político, situación internacional, etc.).

Como había analizado en el capítulo dos, la subjetividad militante, especialmente en las OPMs (AVC, MPL, OPM), se superpondrá a cualquier otra determinación de carácter objetivo. La separación entre la subjetividad política y el movimiento real de las masas, por parte de la izquierda, que –al decir del MRT– “sustituía las propuestas políticas por estimaciones subjetivas”, serán en 1980 analizadas de la siguiente manera:

Se generó [en la década del setenta] un importante debate acerca de la formación social ecuatoriana y del carácter de la revolución, debate que permitió la superación de las tesis que sustentaban las posiciones reformistas y que implicó una definición política general bajo la perspectiva socialista [...] *se produjeron también corrientes*

⁹⁵ La confrontación entre AVC y el Estado ecuatoriano no se libró en espacios de la lucha de masas, por el contrario, fue llevado por fuera de la órbita de acción de la política de las organizaciones populares. La lucha ‘pública’ se restringió a ciertas labores propagandísticas y a acciones militares, sobre todo con objetivos de financiamiento. Sin embargo, lo que está claro es que: las masas no participarían de este conflicto entre alfaristas y el Estado.

⁹⁶ En el *Qué Púchicas* No. 1, es interesante observar la centralidad que merece en la acción de la militancia alfarista, el problema del autofinanciamiento vía recuperaciones económicas, así como en la búsqueda de espacios para reuniones y de infraestructura (Qué Púchicas, Mi País!; No. 1; 1986: 24).

que alejadas del movimiento de masas, sustituían las propuestas políticas por estimaciones subjetivas, por un inmediatez improductivo (Movimiento, noviembre, 1980. Las bastardillas son nuestras).

En esta línea, las estructuras sociales podrían ser cambiadas para las OPMs, básicamente agrupando a voluntades individuales de militantes que quieran hacer la revolución – “estimaciones subjetivas”, “inmediatez improductivo”, al decir del MRT–, indistintamente de que los trabajadores, los campesinos o los pobladores hayan decidido, o no, participar. Esto ocasionaría una pérdida de objetividad, a partir de sobredimensionar la voluntad y el convencimiento de la militancia por sobre cualquier otro condicionante. De esta forma, frases de AVC, como “La tortura: daña el cuerpo, fortalece el espíritu” (Qué Púchicas, Mi País!; No. 1; 1986: 38), ideológicamente auspiciarían un tipo de subjetividad que denostaría la importancia de las condiciones materiales de avance objetivo, lo que condujo a la militancia a un derrotero que tenía como posibilidad ínfima la victoria⁹⁷ (Benavides, 2014: 124).

Hay que tomar en cuenta el decisivo alcance del proceso cubano, en la izquierda del período analizado, para reforzar la idea de la heroicidad militante por sobre cualquier dificultad. Como anoté en el capítulo uno, Cuba representaría, parafraseando a Lukács (1970: 9): “la actualidad de la revolución” en Latinoamérica. El Che demostraría a la militancia de izquierda radicalizada cómo un pequeño grupo de combatientes puede tomarse el poder –experiencia que describirá en el *Guerra de Guerrillas* (1960)– y elevar la capacidad del guerrillero, para crear condiciones de desarrollo de la guerra revolucionaria, a sabiendas de que en un inicio no solamente no pueden existir, sino que inclusive pueden darse condiciones desfavorables (Hart, 1989: 377).

En organizaciones como AVC, MPL y OPM, existió el privilegio del concepto de lo militar por sobre lo político, instaurándose un ambiente que sobredimensionó el rol de las armas por fuera de la participación de las masas en la revolución. Las armas y la operatividad militar serían entendidas como el *non plus ultra* de la revolución, de ahí la

⁹⁷ En este sentido, en el diagnóstico que realizan las OPMs ecuatorianas del proceso cubano y nicaragüense se abstraían de ver la participación popular (en el sentido de las mayorías volcadas al proceso revolucionario), depositando, en la práctica, la responsabilidad política en la acción de la vanguardia (Debray, 1975: 77). El símbolo del Che sería una fuente de referencia central para refutar puntos de vista que planteaban la inexistencia de condiciones para la lucha revolucionaria.

consigna de AVC “a sembrar de fierros el país”⁹⁸. En tal virtud, el concepto del sujeto revolucionario (el militante revolucionario) se impregnará de la idea de la necesidad del empuje militar a secas, localizado, en especial, en el desarrollo del campo técnico-armamentístico.

La organización político-militar busca desarrollar una estructura especializada de carácter estrictamente militar con capacidad operativa, con recursos militares de alta calidad y suficientes; con preparación militar en las diversas ramas que la acción requiere [...] la fuerza militar que construimos se asienta tanto en el campo como en la ciudad y crece de manera clandestina absolutamente compartimentada (Cárdenas y Jarrín, 2011: 91).

Se evidencia la centralidad que el crecimiento del aparato militar y la formación militar supuso en la idea de la revolución para las OPMs. El empuje militar, implícito en la militancia, representaría la base para el desarrollo revolucionario. El “con quién” en términos inmediatos se hará la revolución (militancia), y “el con qué” en términos operativos se sostendrá el enfrentamiento (recursos materiales), se constituirán en las prioridades (Debray, 1975: 91).

El desborde subjetivo⁹⁹ y el ‘exceso’ de pasión, por ser parte del indetenible carro de la historia que apuntaba hacia la emulación de las revoluciones triunfantes (como Cuba y Nicaragua), condujo al sacrificio de la militancia, que sin una guía para la acción (teoría), depositaba su fe en la certidumbre del cambio a través de la practicidad. En contraposición con lo que Benavides denomina “la praxis como ethos de la izquierda” (2014: 33), considero que se produjo, en ese momento, una suerte de polarización entre el ‘hacer’ la revolución y el ‘pensar’ la revolución¹⁰⁰; como se analizó en el capítulo dos, en la comprensión de la militancia revolucionaria aparecerán posturas refractarias a lo ‘intelectual’, que se expresarán como una especie de código moral que obligaría a mirar

⁹⁸ Mensaje dejado en el Museo Municipal de Guayaquil, en un operativo de recuperación de las espadas de Alfaro y Montero (Diario Hoy, 11 de agosto de 1983).

⁹⁹ Para el argentino Nicolás Casullo “La revolución fue siempre y básicamente pasión de la subjetividad revolucionaria como estado de una época determinada, enunciable cada vez que se inscribe en una crónica determinada” (Casullo, 2008: 77).

¹⁰⁰ Asumir que la praxis fue el ethos de la izquierda supondría afirmar la vinculación en la izquierda entre “el hacer y el pensar” la revolución, siendo que la definición marxista de praxis, precisamente, descarta una posible bifurcación entre estos dos axiomas. La praxis es, pues, conciencia y autodeterminación. El trabajo, para Marx sintetiza conciencia (teoría) y obra o autodeterminación (transformación de la materia). Considero que, por lo menos en la forma de pensar al sujeto revolucionario como militancia, la categoría de praxis no expresa el ‘ethos’ de izquierda, sino más bien el de practicidad.

con sospecha a lo teórico, por considerarlo lugar de la inacción, espacio de la inconsecuencia (Polo, 2012: 124-171).

Al respecto planteo dos problemas. Por un lado, puede ser que una parte de la producción teórica de izquierda en el Ecuador, en el período de estudio (1975-1986), en términos gramscianos, sea a-orgánica (v.g. Alejandro Moreano, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría), condición que no significa que tenga que ser ‘desaprovechada’ por la intelectualidad orgánica –proceso que no implica, a su vez, deponer la crítica–. La ‘sospecha’ hacia lo teórico generaría un distanciamiento entre las masas y la militancia, y, el arma de la crítica –en el sentido marxista¹⁰¹, lo que implicaría la ausencia de estímulos para acudir a un tipo de intelectualidad orgánica que asumiera el problema de la revolución en la dimensión teórica tanto como práctica (v.g. Marx, Lenin, Mariátegui, el Che, Ricardo Paredes, Dolores Cacuango). Por otra parte, no existiría la preocupación por producir teoría que justifique la lucha revolucionaria política y militar, dado que como repetía AVC “la teoría nos divide, las acción nos unifica” (Benavides, 2014: 94).

En síntesis, la categoría de praxis, como vinculación de la teoría y la práctica (Sánchez-Vásquez, 2013: 65), fue desfigurada por la practicidad, de este modo, el vacío dejado por la teoría lo ‘llenaba’ la acción, lo que he denominado la impronta como discurso político, que significó la acción como desplazamiento de la teoría; así, la urgencia revolucionaria afirmaba que “el tiempo era de cambios, de acción, no de teoría” (Carvajal en: Polo, 2012: 126). De esto se desprende que: el sujeto revolucionario se caracterizará por una predisposición práctica a la lucha y no por una reflexión que justifique el porqué de su acción.

En definitiva, el sujeto revolucionario se lo entenderá, como planteaba en el capítulo dos, de manera tautológica: “*el sujeto revolucionario somos los revolucionarios*”, es decir, aquella militancia que asumió de forma inmediata el uso de las armas para la revolución. Así, el sujeto revolucionario no son las masas, no es un determinado sector de la sociedad, sino aquellos militantes que están dispuestos a luchar. O como plantea el investigador

¹⁰¹ Marx dirá en la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* que “el arma de la crítica no sustituye a la crítica de las armas; el poder material solamente puede ser derribado con el poder material, pero la teoría también es poder material tan pronto como se apodera de las masas” (Marx, 2010: 72).

cubano José Bell Jara –estudioso de la obra de Che–: “a la pregunta de ¿Quiénes serán la vanguardia?; la respuesta: los que hagan la revolución” (Bell en: Hart, 1989: 380).

El militante, elevado a la condición de sujeto revolucionario, sufrió la falta de una mirada integral: la ausencia de una comprensión totalizadora de la dimensión teórica y práctica, de la articulación entre lo político y lo militar, de la unidad de las condiciones objetivas y subjetivas, de la vinculación dialéctica entre militancia y clase social (como teorizaban en su momento Paul Mattick, Karl Korsch y Anton Pannekoek)¹⁰². Esta comprensión parcial de la lucha política (practicidad, militarismo, politicidad¹⁰³) hizo que las masas de trabajadores, campesinos y pobladores sean sustituidos por la acción individualizada de los sujetos radicalizados, como diría Debray: “a los guerrilleros la guerra, y al pueblo el espectáculo de la guerra” (Debray, 1975: 87).

3.2 El sujeto revolucionario como población sufragante

Parte de la izquierda ecuatoriana, desde sus inicios, se relacionó con conceptos devenidos de la matriz del pensamiento liberal. De tal suerte que conceptos como la democracia, las elecciones, el parlamento, la institucionalidad, el consenso, etcétera, no aparecerán –parafraseando a Hosbawm– con la culminación del “corto siglo XX”¹⁰⁴, sino que fueron a su vez parte del desenvolvimiento político de este período de estudio. Al decir de Velasco:

La izquierda ecuatoriana se desarrolla a partir de la segunda década del presente siglo [siglo XX] en muchos aspectos a partir de las concepciones liberales. Y de ellas extrae no solo su tradición de lucha, sino también sus esquemas metodológicos e

¹⁰² Estos tres autores se esfuerzan por unificar, en perspectiva de la construcción del sujeto revolucionario, tanto las necesidades denominadas subjetivas cuanto las objetivas. La clave, al decir de su análisis, es no depositar las esperanzas ni en la ‘crisis económica final’ capitalista, ni en el voluntarismo de los sujetos. Las crisis económicas, sin una acción política de las masas revolucionarias, resultarían ser una fase que puede ser ‘acomodable’ para el capital. La única crisis final para el capitalismo proviene de: la suma de la teoría revolucionaria en las masas más un período de depresión económica. Para mayor referencia revisar: Pannekoek, Anton (Comp). *Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario*. Pasado y Presente. México D.F. 1978.

¹⁰³ Louis Althusser se refiere a la “politicidad” como la enfermedad ideológica de la tradición política en América Latina, que consideraba que todo es asunto de la política, dejando de lado los problemas de carácter estructural histórico-económico (Debray, 1975: 244).

¹⁰⁴ El historiador marxista inglés Eric Hosbawm se referirá en su texto *La historia del siglo XX* a la existencia de un “siglo corto”, marcado por la emergencia de la lucha revolucionaria comunista, que va desde la Revolución Rusa en 1917, hasta la caída del Muro de Berlín en 1989.

interpretativos, los cuales fueron asimilados por la tendencia naciente sin beneficio de inventario y apelando al bautizo de las concepciones de base positivista con nombres marxistas que, como es obvio, no constituían más que escaparates para los contenidos burgueses (Velasco, 1976: 62).

De este modo, el PSE, PCE-FADI y el PCMLE-MPD actuarían a partir de principios de la tradición liberal, en especial el de la libertad democrática. Este concepto asumiría un peso especial en la izquierda, sin que eso signifique, en particular en el caso del PCMLE, prescindir del todo de una praxis ligada a la reflexión marxista de raíz ortodoxa. En la práctica, la comprensión del sujeto revolucionario sufrirá una particular conceptualización, establecida, en su relación con la participación electoral y el sistema de partidos, como una forma de disputar espacios de representación a la burguesía, y dar paso a la lucha parlamentaria en la democracia de partidos¹⁰⁵.

El retorno a la democracia, la aprobación de la *“Ley de Partidos Políticos y de Régimen Electoral”* (1978), el ascenso del gobierno de Jaime Roldós y la conquista de puestos en el parlamento, a través del voto popular en los partidos antes citados¹⁰⁶, marcarán distancias entre lucha armada y reforma democrática. Los grupos que privilegiaron la lucha armada, como expresión del ejercicio político, comprenderán el escenario de lo electoral como la antítesis de lo revolucionario, y viceversa.

El litigio político al interno de la democracia de partidos excluirá las tesis insurreccionales como factores integrantes de la lucha política¹⁰⁷ (Sader, 2009: 112). En este orden, el PSE, por ejemplo, consideraría que a través de la democracia existen condiciones para “castigar al gobierno en las urnas” (La Tierra, No. 16, 1986), consigna que valida el proceso electoral como mecanismo probado de lucha. De esta forma, la relación entre lucha armada y elecciones se planteará de manera dicotómica: aceptación absoluta o

¹⁰⁵ Sin embargo, la participación electoral de la izquierda no fue exitosa, debido a que no logró posicionarse como una fuerza política en las preferencias del electorado. Francisco Sánchez (2010) señala que: en el periodo de 1979 a 2002 (23 años), el MPD tuvo 26 diputados, el PSE tuvo 25 y el FADI tuvo 8.

¹⁰⁶ El PSE logró, posteriormente a la victoria de Edelberto Bonilla (1981), tener alrededor de ocho diputaciones en el Congreso, proceso que significaría la validación de la línea electoralista como la estrategia correcta para acceder al poder.

¹⁰⁷ El PCMLE-MPD no excluirá, en teoría, lo político-militar de su esquema de comprensión estratégica, de hecho, en sus programas nunca se niega la vía armada, no obstante, por lo menos en este período de análisis, esencialmente su práctica se dispuso en el escenario de la lucha electoral y del crecimiento político ligado fundamentalmente al movimiento estudiantil y el magisterio, y en menor medida al obrero y campesino. El factor militar nunca se expresó (fuera del montaje del aparato partidario) como estrategia por la toma del poder.

negación absoluta del Estado. A su vez, la “lucha legal e ilegal/pacífica y violenta” se asumirá de manera antitética en las estrategias de poder al socialismo y en la construcción del sujeto revolucionario. Los partidos de izquierda optaron por uno u otro camino, sin posibilidad de que, en su praxis, se articule estratégicamente estos dos campos.

En el caso del PSE, la cercanía a lo electoral se convirtió en una de sus características partidarias¹⁰⁸; en los Congresos 39, 40, 41 y 42, el tema central de la discusión giraría en torno al hecho electoral-parlamentario y las coyunturas políticas que se desprenden de su centro (Rodas, 1983: 8-35ss.). Es más, en el Congreso 38, celebrado en junio de 1983, donde se restablece la vida jurídica del PSE, se plantea como punto estratégico la lucha electoral.

La victoria de la legalidad y de lo electoral, como procedimiento de confrontación política de la izquierda con la derecha, hizo que el concepto del sujeto revolucionario se modele a partir de dichas tesis triunfantes: “Vamos a participar [electoralmente] para ampliar nuestro marco de acción, exigir libertades democráticas que nos permitan organizarnos sin restricciones” (El Alfarero, No. 4, 1978).

En la sociedad civil o sociedad burguesa (Echeverría, 1998: 82) –concepto medular para entender el escenario sobre el cual dicho ‘sujeto revolucionario’ actuaría–, lo permisivo y lo prohibitivo delimitan las reglas de juego que son acatadas por todos los jugadores, a partir de los principios cultores del liberalismo (libertad, igualdad y fraternidad), promoviendo una acción social de carácter limitado, que busca la participación ordenada de los jugadores a través del régimen de partidos (Sartori, 1999: 48ss). Ahora, la asimilación del credo liberal también tendrá su aceptación en organizaciones ‘radicales’, como MPL, que decían luchar:

Por la vigencia plena de la democracia y por la defensa de las libertades democráticas contenidas en la Constitución Política de nuestro País. a) Respeto a los derechos y garantías ciudadanas; b) respeto a la independencia en el ejercicio de las funciones de la Función Jurisdiccional, Función Legislativa y demás organismos del Estado; c) organización de la economía de acuerdo con las exigencias constitucionales de Justicia Social y funcionamiento pleno de los cuatro sectores de la economía (¡Aquí estamos compadre!, No. 7, 1986).

¹⁰⁸ De hecho, para 1931, el PSE ya participaba de manera tripartita con los liberales y conservadores de la Asamblea Constituyente.

La izquierda establecerá –tal como se aprecia en la cita– una relación de atracción hacia el Estado, expresada en las referencias a la institucionalidad que contienen, a su vez, la formulación electoral, sin que esto haya anulado del todo la lucha política de masas. En este plano, la consigna se traducirá para el PSE, por ejemplo, en la relación “elecciones con movilización de los trabajadores” (El Alfarero, No. 4, 1978). En este caso, sin dejar de lado la movilización social (en los límites de la democracia), la institucionalidad electoral se muestra, por igual, central.

Pensado desde el escenario de la democracia de partidos, las discrepancias políticas pueden ser solucionadas, siempre y cuando se parta de conceptos que no supongan antagonismo –situación únicamente posible si se elimina el presupuesto de matriz marxista de intereses contrapuestos entre clases sociales antagónicas, siendo que “la clave central de la posición de Lenin es la afirmación de que la forma organizativa del Estado con la democracia parlamentaria es en sí misma esencialmente hostil a los intereses de la clase trabajadora” (Offe, 1992: 58) –. La acción política marxista busca la afectación del modo de organización social (el capitalista) contrapuesto a los intereses de la clase trabajadora, en los que se incluye el aparato estatal. En tal suerte, la anulación de los antagonismos es, por principio, la eliminación del enfoque marxista en la comprensión de la política.

Sin embargo, la posibilidad de sortear barreras políticas interpartidistas se torna posible, puesto que para el PSE “La política de independencia no es incompatible con acuerdos puntuales que se puedan realizar con los distintos grupos parlamentarios” (La Tierra, No.7, 1984). El sujeto revolucionario, en tal sentido, tiene que matizar lo ‘revolucionario’ desde el establecimiento de una relación social no-antagónica y, por ende, que esté en condiciones de moverse con orden y equilibrio (prohibitivo/permisivo) en el juego de la democracia, o como diría Lipset en el juego de la “lucha de clases democrática” (Offe, 1992: 58), en razón de que “la política parlamentaria es un aspecto de la nueva política frente al régimen” (La Tierra, No.7, 1984). En este escenario, cabe la pregunta ¿se puede hablar aún en este contexto de sujeto revolucionario?

Si en la tentativa de transformación social, la estrategia de avance a la toma del poder está pensada por vía del escenario electoral, entonces, los sujetos políticos que actúan en este marco, serán los depositarios de la condición de potenciales sujetos con posibilidad

de transformar el estado de las cosas. El ‘sujeto revolucionario’ será visto como la población sufragante. Las organizaciones de trabajadores receptorán el trabajo político de los Partidos (reivindicaciones gremiales) y con ellos se construirá un capital político, que se direcciona como cuota electoral hacia los dignatarios de representación popular¹⁰⁹.

Igualmente, existieron planteamientos de rechazo desde otros partidos de izquierda a la idea del parlamentarismo. Las voces más críticas provienen del PSRE, del MIR, del MRT y de AVC en una primera etapa de desarrollo. En *Prensa Obrero y Campesina* el PSRE deja constancia en 1977 de la importancia de:

Garantizar que el proletariado, por el influjo de las posiciones democrático-revolucionarias no caiga en el ilusionismo parlamentarista. Impulsar una participación no significa ocultar la naturaleza de clase del parlamentarismo; ni pensar que las elecciones nos llevarán al poder político, sino que nos permitirán ganar tribuna política para propagar nuestras tesis y crear condiciones iniciales para organizar amplios sectores de masas (Prensa Obrero y Campesina, No. 2, 1977).

Retomando la reflexión, señalaré que los Partidos que basaron su praxis política en la lucha de masas y el sistema de elecciones (PSE, PCE-FADI y el PCMLE-MPD) tendrían que ingresar gradualmente en un proceso de adaptación a las reglas de juego del curso electoral¹¹⁰ (“ilusionismo parlamentarista” para el PSRE), que hizo que las rupturas revolucionarias se vean desplazadas por las proclamas reformistas, como se verá adelante, a pesar de las afirmaciones que a momentos plantean: “La acción electoral de las masas es solo un aspecto de su lucha total por la transformación revolucionaria del país” (El Pueblo, No. 1147, 1978)¹¹¹.

¹⁰⁹ Pensando con Scott, este proceso en principio expresaría un *círculo virtuoso* (relación partido-masas-votos) y crearía la noción de lealtad, pero a la larga se convertiría en un *círculo vicioso* que avala la dominación del escenario electoral con la misma lealtad de las masas (Scott, 2000: 34).

¹¹⁰ Lipset planteará “el asentamiento de los partidos obreros en estructuras de gobiernos locales y nacionales, y su consiguiente ‘domesticación’ desde el sistema establecido” (Lipset y Rokkan, 1992: 255).

¹¹¹ Manuel Agustín Aguirre plantearía que “Hay quienes diciéndose marxistas, si bien se han visto obligados a abandonar la tradicional visión de la historia, basada en la sucesión de personajes, continúan haciéndola girar sobre el eje de las contradicciones secundarias, entre las diversas y casi personales facciones de la burguesía, ignorando las luchas del campesinado, el proletariado y otras de carácter popular, con las que deforman y mutilan el gran proceso histórico, basado en la lucha de clases, que es el verdadero motor de la historia” (Ycaza, 2007: 18).

En el caso del PCE, al decir de su Secretario General René Mougé en 1982, la acción electoral permitiría el fraguar “la unidad” más allá de una base marxista, siendo “las aspiraciones democráticas” de los “sectores patrióticos” el aglutinador central:

Consideramos que el Frente Amplio de Izquierda fue una importante experiencia que es preciso revitalizarla para que la izquierda ecuatoriana tenga una expresión legal en las próximas contiendas electorales y un instrumento unitario permanente de lucha. La concepción de nuestra unidad no la reducimos a los sectores de izquierda de orientación marxista, sino que también debe abarcar a otros sectores patrióticos, con los cuales se puede lograr alianzas por objetivos concretos sobre la base de aspiraciones democráticas (El Pueblo, No. 1373, 1982).

La suma de lo anterior evidencia el peso del liberalismo en la izquierda ecuatoriana, dimensión en la que cae, por diversos factores, no solamente la izquierda que privilegió la vía pacífica, sino inclusive, como había revisado, varios artífices de la lucha armada. La influencia liberal en la interpretación marxista en el Ecuador significaría, en el orden de la construcción del sujeto político, proyectar a los trabajadores a actuar en el marco del sistema de partidos, a través de –como plantearían Max Weber, Robert Michels y Rosa Luxemburgo respectivamente– la representación que les provee la “máquina partidaria”, “la jaula de hierro” y el “oportunismo burocrático” (Offe, 1992: 62)¹¹².

El poder como dominio del Estado, alcanzado a través del cónclave electoral, marcará el ámbito de acción de los partidos, quienes darán mayor importancia al hipotético triunfo vía electoral. El torneo de la lid electoral se superpondrá por sobre los triunfos de las organizaciones de masas ajenos al espacio electoral, por ejemplo las huelgas obreras, que para el período gozaban de extraordinaria fuerza (Dávila, 1992; Ibarra, 2011).

Por otro lado, la ‘ciudadanización’ del sujeto revolucionario excluyó a la violencia de su proceso configurativo¹¹³. La violencia no es propia de la población sufragante, por el contrario, es vista con desconfianza, al ser una potencial causa de descalificación del sistema de partidos; por tanto, es asumida peyorativamente, de ahí los calificativos:

¹¹² Esta característica, a su vez, tiene como puntos de apoyo ideológicos, directos o indirectos, el desarrollo de la socialdemocracia alemana del siglo XX, además de la experiencia de la izquierda electoral latinoamericana, entre lo que podemos destacar la Unidad Popular chilena (Allende), la experiencia del populismo argentino (Perón), el reformismo militar en Perú (Velasco Alvarado) y en Ecuador (Rodríguez Lara).

¹¹³ Aquí hacemos referencia a la ausencia de la violencia integrada, a una estrategia de lucha contra el Estado, y no al manejo de la violencia en otras ‘esferas’. En rigor, la violencia sí estuvo integrada al proceso ‘configurativo’ de los partidos de esta tendencia, sino piénsese en la violencia interpartidista de izquierda. Lo que no existió, por lo menos en términos estratégicos, es la violencia contra la burguesía.

“ultraizquierdistas”, “ultristas” y “foquistas” para procesos en los cuales la violencia hacía parte de la identidad política de izquierda (El Pueblo, No. 1372/No. 1347, 1981). Esto determina que el particular “sujeto revolucionario = población sufragante” sea amalgamado a la idea de lucha pacífica, matizada por ciertos ejercicios de presión social (por ejemplo los reclamos contenidos en las plataformas de lucha de las Huelgas Nacionales), siempre y cuando no desborden en la ruptura del orden institucional¹¹⁴.

En el orden ideológico, la salida etapista y el gradualismo fue la condición de avance¹¹⁵. En el caso del PCE y PCMLE es estrategia manifiesta –como revisé en el capítulo dos–, dado que previo a la revolución socialista hay que atravesar el recodo de la Revolución Nacional Liberadora (PCE) (Ibarra, 2013: 60) y de la Revolución Democrática Antiimperialista (PCMLE) (PCMLE, 1991: 5), desarrollando las necesarias fuerzas productivas que entren en contradicción directa con las relaciones sociales de producción, lo que implicaría la preparación de las condiciones objetivas de avance. Razonamientos bastante apegados a la interpretación positivista del marxismo de la Tercera Internacional:

El marxismo había venido a identificarse con un método de interpretación (economicista) de la historia y un certificado del advenimiento de la revolución una vez que las circunstancias estuvieran “maduras”, esto es, una vez que hubieran alcanzado su máximo grado de desarrollo las contradicciones de esa forma histórica de producción que es la formación económico-social capitalista (Muñoz, en: Lichtheim, 1973: 11).

Bajo esta reflexión, mientras no se supla la necesaria revolución democrático burguesa, el sujeto revolucionario no puede ser simplemente entendido como proletariado, puesto que el sujeto político tendría que actuar en orden a las ‘condiciones’ materialmente existentes, siendo esto una justificación para entender la necesidad de la vinculación con los sectores de la burguesía nacional (Saad, 1974: 35), que, en tensión con el imperialismo, estarían dispuestas a actuar en orden al interés de profundización de un tipo de democracia, concebida como antesala del socialismo.

¹¹⁴ Para Giovanni Sartori, el pluralismo político es una característica clave para la conservación del sistema de partidos, siendo en este sentido, el disenso, el consenso y el conflicto la base del ejercicio democrático: “la base de la democracia no es el consenso, sino de hecho, el conflicto” (Sartori, 1999: 37).

¹¹⁵ El etapismo y el gradualismo se constituyeron parte de la estrategia de los sectores identificados con el marxismo de la Segunda y Tercera Internacional (estalinista), que planteaban como condición de llegada al socialismo el paso gradual por cada una de las etapas de desarrollo social.

Para finalizar, recurriré a la metáfora de Alejandro Moreano para entender un proceso que, en el siglo pasado, caracterizó a parte de lo que hemos descrito en este acápite. La Boa Constrictor (El Estado) devoró al Viejo Topo (La Revolución) (Moreano en: Chávez, 2012: 79). La revolución socialista fue devorada por la idea de la revolución nacional y, por extensión: la población sufragante devoró al proletariado. Punto de vista que, como se reflexionaba, no intenta estigmatizar la lucha al interior de la ‘sociedad civil’ (desde la comprensión gramsciana), entendiéndola como espacios de disputa, porosos, que tienen que ser llenados por la acción de los trabajadores. Esto incluye –inclusive– los espacios electorales, sin que se implique perder de vista la perspectiva de ruptura socialista¹¹⁶.

En la lucha de clases, las reflexiones conventuales, morales, no sirven. No expreso lo ‘bueno’ o lo ‘malo’ de la lucha electoral, solamente planteo, en firme, que el privilegio por la lucha electoral, por sobre la ‘proyección histórica’ de ruptura socialista, significó en los Partidos (PCE-FADI, PSE, PCMLE-MPD) una alta dosis de ciudadanización, que diluyó al proletariado como sujeto de lucha contra el capital.

3.3 El pueblo como contenedor del todo y la nada

La figura del ‘pueblo’ se proyectará como otra de las variantes para entender el sujeto revolucionario en el ideario de la izquierda ecuatoriana. Varios partidos optaron por incluir al pueblo en el llamado de acción política, indistintamente del carácter armado o pacífico de su propuesta. El PCE, el PSE y AVC serán las organizaciones que más harán uso de este término. En el caso de AVC, el concepto es central, a partir del abandono del paradigma marxista y la inobservancia a pensar la composición de las contradicciones sociales, desde categorías como las de burgués/proletario, dando preferencia a las de oligarquía/pueblo (Terán, 1994: 144). En el caso del PSE, la inclusión del concepto se aplicará en el escenario del litigio electoral y la plataforma reivindicativa (La Tierra, No.7, 1984); y, el PCE lo

¹¹⁶ El PSRE, respecto al problema del parlamentarismo, dirá: “No podemos impulsar un socialismo de corte pequeño-burgués que basa sus esperanzas en el parlamentarismo como si fuera la panacea universal a todos los problemas y tiene inevitablemente a la conciliación de clases y que carece de proyección histórica. No podemos caer en un reformismo parlamentario, que suplante el poder organizado de los trabajadores por la simple participación electoral” (Prensa Obrero y Campesina, No. 2, 1977).

utilizará en una suerte de mezcla con el uso de conceptos situados en la lógica marxista más cerrada (El Pueblo, No. 1347, 1981: 01/El Pueblo, No. 1029, 1975). Es decir, de manera retórica se configurará la idea de la ‘lucha del pueblo’ como afirmación discursiva, más allá de las estrategias para el acceso al poder y de la delimitación de su uso.

El concepto de pueblo fue modelado fuertemente bajo la influencia de la Revolución Sandinista y del estallido populista en la región; en todos los periódicos de los Partidos analizados, entre 1975-1986¹¹⁷, las referencias a la Revolución Sandinista fueron permanentes¹¹⁸. Consignas como “contra la dominación imperialista organizar la lucha solidaria con el pueblo de Nicaragua” (Causa Proletaria, No. 25, 1978), no solamente expresarán un colchón de solidaridad internacional, sino la legitimidad de las tesis políticas sandinistas de acceso al poder¹¹⁹.

Como premisa aclaratoria a un análisis del uso del término en la intelectualidad de los partidos anteriormente citados, es preciso plantear que: desde la perspectiva marxista también se utilizó el concepto de pueblo (Dussel, 2010: 404), estableciéndolo como un símil de explotado, como lo explica Agustín Cueva (Cueva, 1998). No obstante, en la consideración de la presente tesis, este carácter no fue el que primó en el tratamiento que la

¹¹⁷ Entre los principales Órganos Centrales destacamos *La Tierra, El Pueblo, Causa Proletaria, Prensa Obrera y Campesina, En Marcha, Lucha Socialista, Qué Púchicas, Mi País!*, a los que le agregamos *El Miope, El Grito del Pueblo, Tribuna Socialista, Juventud Rebelde, Lucha Proletaria, Voz Rebelde, Nuestra Lucha, Tarea Urgente, Línea Roja, Patria Nueva, ¡Aquí estamos compadre! y Montonera*.

¹¹⁸ Aparte de que, como dijimos, en todos los periódicos de los Partidos de izquierda de la época permanentemente se llama a defender la Revolución Sandinista (para ilustrar destacamos el *En Marcha*, No. 470-475, 1979 y *Causa Proletaria*, No. 25, 1978), existieron otras publicaciones que reivindicaban el proceso nicaragüense. Una de ellas fue el *Eco de las Segovias*, periódico del Comité ecuatoriano de solidaridad con el pueblo de Nicaragua y el FSLN (*Eco de las Segovias*, No. 3, 1978; No. 9-10, 1979; No. 11, 1980). Este periódico agrupó a varios militantes de partidos y organizaciones de izquierda en el Ecuador, del período de estudio, entre los que destacan Gustavo Alfredo Jácome, Manuel Agustín Aguirre, Raúl Pérez Torres, Nela Martínez, Edmundo Rivadeneira, Ulises Estrella, Benjamín Carrión, entre varios otros. Estos nombres eran complementados por miembros de varias federaciones de trabajadores (FTP, FDDP, etc.), partidos de izquierda (MIR, PCE, PSRE, etc.), además de otros intelectuales y artistas (Comité ecuatoriano de solidaridad con el pueblo de Nicaragua y el FSLN. “*Eco de las Segovias*”. 1978, No. 3).

¹¹⁹ Pero, a ciencia cierta ¿qué fue la Revolución Sandinista? A decir de Harris y Vila, fue una alternativa “popular, democrática y antiimperialista, basada en un proyecto político de unidad nacional en una economía mixta” (Harris y Vila, 1985:9). Los conceptos integrantes, contenidos en la anterior explicación, son importantes para nuestros propósitos. Es de anotar que ‘lo popular’, ‘democrático’ y ‘antiimperialista’ guardan empatía con los de ‘proyecto político’, ‘unidad nacional’ y ‘economía mixta’. Lo que encontramos en este marco conceptual es: un llamamiento a que todos los sectores del pueblo, que no estén de acuerdo con las imposiciones de los intereses estadounidenses, tienen la posibilidad de construir un proceso político revolucionario que se oponga al reparto apátrida de los grupos internos (oligarcas) y externos (imperialistas). En el fondo del planteamiento descansa un proyecto policlasista y la búsqueda de actores diversos.

mayoría de los Partidos le dieron al concepto¹²⁰. El pueblo no se comprendería para el PCE, PSE, AVC y MPL necesariamente ligado a la idea de explotación –como se verá–, siendo más una estrategia retórica de contenido policlasista.

La inclusión del pueblo en el discurso de la izquierda procuró aparecer como una síntesis que vinculaba, de una u otra forma, a los sectores desfavorecidos por los gobiernos de la época (Guillermo Rodríguez Lara 1972-1975, Triunvirato militar 1975-1978, Jaime Roldós 1978-1981, Osvaldo Hurtado 1981-1984, León Febres Cordero 1984-1988), en la perspectiva de lograr una retórica que construya un ‘bloque social’ que acumule fuerzas, empero sin establecer con claridad la finalidad. En palabras de Dussel:

En un sentido estricto “pueblo” es un bloque social. No un bloque político, como definiría Gramsci a los grupos hegemónicos. Un “bloque social” de la sociedad civil, antihegemónico en cuando oprimido y explotado en épocas finales de un sistema, de un modo de apropiación y producción, cuando la estructura no resiste el empuje creador de las fuerzas productivas (o improductivas con respecto al capital) y debe reprimir el surgimiento de un nuevo sistema (Dussel, 2010: 408).

Sin embargo, la inclusión a la lucha política del ‘sujeto histórico pueblo’, en los partidos de izquierda analizados, se desmontó de una plataforma ideológica representada por el anticapitalismo (inclusión de la burguesía “nacional-antiimperialista”, o como denominaba Patricio Ycaza –1994– “la quimera de la burguesía nacional”). Pensando desde Dussel, el concepto de pueblo en el caso ecuatoriano se alejó de la construcción de un bloque social contrahegemónico, en cuanto concentración de los explotados¹²¹ en una fase prerrevolucionaria. La finalidad de la apertura de un programa que no esté restringido por el carácter anticapitalista de la revolución y, por tanto, socialista (como en la propuesta de

¹²⁰ En el manejo del concepto del pueblo no se identifica a clases sociales, presupuesto de análisis marxista; de tal suerte AVC planteará que “solamente cuando se ejerza verdadera soberanía popular, cuando las fuerzas sociales del pueblo sean PODER se podrá organizar las tareas necesarias para resolver los problemas y las aspiraciones del pueblo” (AVC, 1985:19. Mayúsculas en el original). La dicotomía pueblo/oligarquía es una forma estamental de clasificación, metodológicamente liberal a consecuencia de las condiciones de desarrollo capitalista en el Ecuador. En este marco la noción clasista es sustraída.

¹²¹ Es más, en rigor teórico, el concepto de explotado desapareció de la idea de pueblo en algunos de los partidos de izquierda analizados, especialmente en el PCE y el PCMLE, en la etapa de la ‘primera fase’ de revolución: la Revolución Nacional Liberadora (PCE) y de la Revolución Democrática Antiimperialista (PCMLE). La explotación es un concepto únicamente aplicable a la clase trabajadora, tal como afirma Marx en *El Capital* (2002). Sin embargo, estos partidos incluían a la ‘burguesía nacional’ en el concepto de pueblo, lo que significaba que el axioma explotación no fuera parte integrante del contenido, puesto que lo contrario significaría que en el pueblo únicamente estarían integrados los diversos sectores de la clase trabajadora explotados.

la ‘primera fase de la revolución’ en el caso del PCE y del PCMLE, y de la propuesta de AVC) respondía a la necesidad de convocar a sectores que están por fuera de la consigna anticapitalista: la burguesía nacional y la pequeña burguesía (a esta última alude Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), como un aliado fundamental en el proceso revolucionario).

Algunos Partidos del período, como el PSRE (así como también el MIR y el MRT), criticarán la idea de “la existencia de una burguesía nacional antiimperialista”, argumentando que las contradicciones de clase imperialistas, aparentemente externas, se expresan en el escenario local a través de la misma “burguesía nativa”:

Los Partidos Comunistas sostienen la existencia de una burguesía nacional antiimperialista, que los lleva a entregar la dirección de esta lucha a estos sectores de la clase dominante [...] nosotros no consideramos al imperialismo como un fenómeno externo, ante el cual pueda renunciarse o atenuarse las contradicciones de clase al interior de nuestra sociedad sino al contrario: el imperialismo se expresa a través de su aliada la burguesía nativa (Tribuna Socialista, No. 1, 1976).

Ahora, la idea del sujeto revolucionario asociado al pueblo necesita de la construcción de una plataforma de intereses amplia¹²², en la que se vean identificados –indistintamente de su rol en la sociedad– diversos sectores, punto de partida que abre las posibilidades de integración de clases diversas.

Representantes de las fuerzas sociales: de los gremios obreros y campesinos, de los barrios, de los indígenas, de los negros, de la iglesia de las mujeres, de los dirigentes políticos de los partidos populares y progresistas, de los intelectuales, de las juventudes, de los maestros, de los gremios de la producción no monopolistas y nacionales; de comerciantes minoristas, de las instituciones de derechos humanos y con preocupación social (AVC, 1985: 27).

El contenido policlasista será una de las características principales en la utilización del concepto de pueblo. Junto a los trabajadores, desempleados, mujeres, etcétera, se suman el de los “gremios de la producción no-monopolistas y nacionales”. Laclau en *La razón populista* (2006) propondrá el concepto del significante vacío, para entender la idea de

¹²² AVC planteará la necesidad de “Una gran alianza sin más condiciones que definir una postura antioligárquica, no solo de principios sino de acción. Una gran alianza que retome la ofensiva, que retome la decisión nacional, que defienda a la patria y al pueblo” (AVC, 1985: 26).

pueblo y populismo¹²³. En este sentido, pueblo aparecería como una unidad articuladora de diversas necesidades, que encuentran puntos de similitud sin eliminar la heterogeneidad de cada uno de los grupos convergentes. Como un recipiente que soporta cualquier contenido, como un contenedor que mostrándose vacío se presenta ansioso de ser llenado por algo, independientemente de con qué. El pueblo como un todo (plataforma multisectorial amplia) y como nada a la vez (imposibilidad de concreción ideológica). La acción reivindicativa del pueblo se articularía a partir de la “lógica equivalencial” (Laclau, 2008: 25), que permite agremiar a una multiplicidad de demandas, de grupos diversos, en un pliego común de peticiones, que se confina en lo medular a una hoja de ruta de carácter reformista¹²⁴.

El límite del ‘sujeto pueblo’ radica en que, dado que su programa, procura satisfacer a la heterogeneidad social que lo configura, el termómetro político será en estricto la plataforma reivindicativa. El factor vinculante no opera en la dimensión del quiebre de la relación social capitalista, sino en aspectos puntuales de carácter reivindicativo que alcanzan dimensión universal, situación que, al decir del marxista eslavo Slavoj Žižek, actuaría como factor de reificación, como sustitución del todo por la parte (Žižek en: Laclau, 2008: 18).

La apariencia se muestra como la esencia: *continuum* de uno de los componentes más importantes de la formación social capitalista, que Lukács la comprende bajo el concepto de reificación (Lukács, 1969: 90). La propuesta de levantar al sujeto-pueblo bajo estos parámetros, en los partidos de izquierda ecuatoriana, al decir de este análisis – especialmente aplicado al caso del PCE (que paradójicamente nunca dejó el marxismo como argumentación política) –, entra en contradicción con las tesis integrantes de la lógica comunista¹²⁵. Es evidente una contradicción, pues esta forma de concebir el ‘sujeto pueblo’

¹²³ De esta forma, “la emergencia del pueblo como actor histórico más universal, cuyos objetivos cristalizarán, necesariamente, en torno a significantes vacíos como objetos de identificación política” (Laclau, 2008: 28).

¹²⁴ Claro que el tratamiento de la figura de pueblo en la izquierda ecuatoriana no permitió consolidar un movimiento de masas como el velasquismo o el peronismo (argentino) ni mucho menos, no obstante, el concepto de pueblo como unidad aglutinante de las mayorías poblacionales en descontento con el estado de las cosas fue muy similar, pero con resultados políticos, claro está, diametralmente distintos. El populismo conducido por las élites triunfó, la idea de pueblo en la izquierda no -fuera de las experiencias armadas centroamericanas-.

¹²⁵ El comunismo no es una alternativa a algo, es la negación radical del estado de las cosas. En términos filosóficos, la negación no es la ausencia de propuestas, la negación en sí es la propuesta misma. El proletariado en la versión marxista es la negación de algo que no tiene alternativa. Es la negación de la

en los partidos en cuestión, se desmarca de concepto de lo ‘revolucionario’, es más, para el mismo Ernesto Laclau, el pueblo no está inscrito en una valoración de esta naturaleza, es decir, el pueblo no es revolucionario, dado que, independientemente de la generación de un movimiento social, no pretende la ruptura del modo de producción. La pregunta es, ¿por qué la izquierda, especialmente la identificada con el marxismo, creyó que con este tipo de caracterización se podía constituir un sujeto con posibilidades revolucionarias?

Vale considerar que tanto el PCE-FADI y el PCMLE-MPD defendían la teleología que vaticinaba a la clase obrera como la portadora de la sociedad comunista, y que, por tanto, la vinculación de estos partidos con el sujeto-pueblo se produjo en razón de: la ausencia del paradigma sujeto-proletariado; y, del limitado desarrollo industrial del Ecuador, que cree a la clase obrera industrial y, –en su consideración, al sujeto inmanente histórico– predestinada a sepultar el capitalismo, razonamiento que proyecta la constitución del proletariado desde una óptica productivista y obrerista (Lefebvre, 1974)¹²⁶.

La idea del pueblo tuvo otros enunciados cercanos: lo nacional, lo popular y los pobres. Para Sader (2009), la articulación del programa nacionalista-antiimperialista permitió la incorporación de la idea de lo nacional y lo popular¹²⁷; particular que posicionó el ideario nacionalista desde la base de reivindicar lo popular –bajo el criterio de poder juntar a capas de la población en un criterio común–, lo que a la larga produjo una conexión policlasista y la asimilación de lo popular como lo nacional, base sobre la cual se desprenden ideas como la “patria” o el “patriotismo”, conceptos utilizados por varios Partidos (PCE, PSE, PCMLE, AVC, MPL). Por ejemplo, el PCE sostendrá que:

inviabilidad civilizatoria capitalista que está llevando al colapso de la especie humana. Es la oposición total a una fase histórica que no se proyecta como ruindad futura, sino que –como pensaba Benjamin– es la ruina misma en el presente (Benjamin, 2013: 64-65). En esta línea la propuesta de pensar desde la noción de pueblo –por fuera de la categoría explotación–, se desarticula de una estrategia de poder comunista, que guarda en lo fundamental el proyecto de un modelo civilizatorio que se encuentra en las antípodas del capital y que, por tanto, persigue su odio.

¹²⁶ Sin embargo, como plantea el marxista inglés E. P. Thompson, las clases no preexisten a la lucha de clases, sino que son producto de la misma, lo cual sugiere la importancia que tiene la lucha política en la configuración de un sujeto revolucionario. Esto debido a que no existen clases sociales predestinadas, ‘puras’; la clase social no preexiste, sino que se crea. El proletariado no es un resultado mecánico del desarrollo de la industria, sino un resultado político de la lucha de clases.

¹²⁷ Se debe acotar que esta lectura es propicia en sociedades de capitalismo poco desarrollado, a diferencia de sociedades de capitalismo avanzado. La lectura que Gramsci realiza sobre Italia, más bien imprime una necesidad de construcción de lo nacional-popular en procura de la conformación de un bloque histórico –no de una nación– que articule al intelectual orgánico (también explotado) a la lucha revolucionaria.

Patriotismo es el amor a la patria y los comunistas somos patriotas de verdad. El Partido defiende resueltamente los intereses de la nación y el pueblo. Por eso luchamos. Por la independencia de la patria de la dominación imperialista y de la opresión de una minoría criolla. Luchamos por el progreso social y por la democracia para todo el pueblo y no solo para las clases dominantes (El Pueblo, 1981, No. 1366).

En este párrafo se observa –siguiendo las tesis de Rafael Polo–, la necesidad en la izquierda de crear ‘la nación auténtica’ negada por las élites, siendo la contraposición entre el esquema “cultura dominante (clase dominante)/cultura popular (clase dominada), componente fundamental en la composición de una teoría de la revolución” (Polo, 2012: 100). El sujeto-pueblo en esta reflexión es parte de este gran conjunto: la nación y la patria, que se advierten como cuestiones a ser resueltas por una izquierda¹²⁸ que, como dijimos, nunca se desembarazó del todo de la herencia liberal (Polo, 2012: 171).

3.4 La clase obrera industrial desde el paradigma del marxismo positivista

Como señalé en el capítulo uno, siguiendo los postulados de Marx, el concepto de proletariado se modificaría en el desarrollo de su obra: el proletariado en las tesis del *Manifiesto* (1848) no es el mismo que en las obras posteriores, como en *El Capital* (1867). De esta forma, la comprensión de proletariado como clase obrera industrial en proceso de pauperización de los países centrales (propia del *Manifiesto*) fue superada, estableciéndose posibilidades más amplias para su interpretación¹²⁹.

Las revoluciones triunfantes del siglo pasado (Rusia, China, Vietnam, Cuba) –acompañadas de un particular desarrollo teórico– ampliarán aun más el concepto de proletariado, surgiendo a su vez otros sujetos como los campesinos, los estudiantes, “los pobres del tercer mundo”, etcétera, que reconfiguran el mismo concepto de proletariado, y componen un sujeto revolucionario de características más amplias que la cerrada figura de la clase obrera industrial.

¹²⁸ La necesidad de construcción de la nación estuvo fuertemente anclado en el ideario de la intelectualidad crítica de izquierda en el Ecuador en la década del sesenta y setenta.

¹²⁹ Al respecto consideramos importante el trabajo de Aricó y del equipo de Pasado y Presente en Argentina. Ver: Aricó, José. Marx y América Latina. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2010.

Sin embargo, parte de la izquierda en el Ecuador se mantendrá incólume en la tesis de que el sujeto revolucionario es la clase obrera industrial. Hubo una fuerte tendencia a concentrarse en las reflexiones establecidas en el *Manifiesto* y despreocuparse de la trayectoria de desarrollo de la obra marxiana, lo que implicó –como veremos en el periódico *Juventud Rebelde* de PCE– asumir el concepto proletariado como clase obrera:

Es sabido que el marxismo surge como la concepción científica y la ideología del proletariado, que el principal mérito de Marx es el poner en claro el papel histórico y universal de la clase obrera, en definitiva que **“la burguesía no solo ha forjado las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñaran esas armas; los obreros modernos, los proletarios”** (*Juventud Rebelde*, No. 50, 1977. Las negrillas pertenecen al original y corresponden a una frase del *Manifiesto* de Marx y Engels).

Hubo varios Partidos que se alimentaron de este tipo de interpretaciones. El PCMLE, el MIR y el PCE se alinearán, en algunos pasajes de su desarrollo, a la tesis, a momentos irrestricta, de pensar al proletariado como conceptualización cerrada. El PCMLE en principio privilegiará la tesis de la alianza campesina-obrera para, posteriormente, desplazándose de la base maoísta que lo vio nacer (Polo, 2012: 94), centrarse en la defensa de la clase obrera, movida que no descartó la presencia de otros actores en su praxis como los maestros y los estudiantes¹³⁰. Igual cosa sucede en el caso del MIR que, sosteniendo la tesis del carácter revolucionario de la clase obrera, incorporó a otros actores políticos entre los que podemos destacar la figura del militante revolucionario o el estudiantado (*Causa Proletaria*, No.4, 1972). El PCE intercalará la idea de la importancia de la clase obrera con la idea de pueblo –como se veía en el acápite anterior– (*El Pueblo*, No. 1029, 1975).

No obstante, el sujeto revolucionario que mantuvo el papel hegemónico en las principales formulaciones políticas del PCMLE, del MIR y del PCE siempre fue la clase obrera, planteamiento que se opuso a cualquier intento ‘revisionista’ contrario a dicha tesis:

Los revisionistas [...] han elaborado supuestas teorías que niegan el papel dirigente y hegemónico de la clase obrera, que tiene variantes “nacionales”, pero que en esencia pretende desarmar, en la teoría y en la práctica, al proletariado y a los pueblos del mundo, fortificando al mismo tiempo a las clases dominantes de esos países y al imperialismo (*En Marcha*, No. 421, 1978).

¹³⁰ Marco Villaroel, entrevista realizada el 16 de septiembre de 2014.

La pregunta que salta a consideración es ¿por qué algunos partidos de izquierda defendieron la idea de la clase obrera como vanguardia revolucionaria, siendo que, producto de un débil proceso de industrialización, la clase obrera ecuatoriana tuvo un crecimiento significativamente menor que, por ejemplo, la de los países del Cono Sur? En este sentido, ¿existiendo otros sujetos sociales explotados en el Ecuador, como el campesinado, por qué se insistió en la centralidad revolucionaria de la clase obrera? Y más aún, ¿por qué este tipo de ‘tradicición’ marxista adjudicó, por sobre el resto de clases, el papel primordial del proceso de cambio a la clase obrera?

Al respecto, formulo posibles salidas a estas interrogantes. Una de las referencias más fuertes de la clase obrera, a nivel regional –como refería en el capítulo uno–, giró en torno al proceso chileno. La llegada al poder con Salvador Allende, a través de la emergencia de un pujante movimiento obrero, la CUT chilena, generaría en la militancia de izquierda el convencimiento de la importancia de la clase obrera, tanto en el período de ascenso de la Unidad Popular, tanto en el del Golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet. Como consta en los periódicos de la izquierda en el Ecuador, el tema de la solidaridad y las referencias al tema de Chile serán permanentes¹³¹.

Por otro lado, en la década del setenta en el Ecuador se generará una reanimación de la producción a partir del *boom* petrolero, lo que implicó, entre otras cosas, un nivel de crecimiento del Estado y el impulso de la conocida Industrialización para la Sustitución de Importaciones, ISI, muy propio de las economías latinoamericanas del sesenta y setenta, que –intentando superar la condición de Estados dependientes– planteaban condiciones para el desarrollo de la industria local (Thorp, 1998: 141ss.). En el caso del Ecuador, esto hizo posible –con límites en su desarrollo– el crecimiento de la clase obrera y, a su vez, de las organizaciones sindicales. La izquierda en este escenario actuó para organizar a los trabajadores, por medio de la figura del sindicato. El crecimiento organizativo de la clase obrera dio pie para unificar la creencia en que “El papel histórico de la clase obrera es la

¹³¹ Como afirmé, en todos los periódicos de la izquierda ecuatoriana de manera permanente se dieron muestras de solidaridad con el caso chileno, a la par que se reivindicaba la figura de los trabajadores en la lucha política. Como referencia se expone *Juventud Rebelde* (No. 33-32-31, 1974), *El Pueblo* (No. 1127, 1977; No. 1058-1042-1041-1038, 1976; No. 1032-1031-1029; 1975), *Prensa Obrero y Campesina* (No. 3, 1977) y *Causa Proletaria* (No. 25), órgano central del MIR ecuatoriano, que particularmente expresará su apoyo a la resistencia en Chile, a través de la permanente difusión de comunicados del MIR chileno.

destrucción de este sistema y la construcción de uno nuevo sobre sus ruinas” (En Marcha, No. 426, 1978). Ahora, si bien la clase obrera materialmente gozaba de condiciones para políticamente encabezar la serie de Huelgas Nacionales que se generaron en el período 1975-1986¹³², consideramos que: la absolutización de la clase obrera, por sobre el resto de clases, está anclada a la interpretación del marxismo soviético, que plantearía, en términos productivistas y obreristas, la condición revolucionaria de la clase obrera.

En la interpretación soviética, la teoría marxista sufre un proceso de encuentro con el positivismo, situación que alineó *in nuce* al pensamiento Marx y Lenin a una lectura teleológica y científicista, lo que produjo una suerte de quietismo teórico. La reflexión de Marx del *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política* de 1859, que planteaba que “ninguna formación social histórica sucumbe si no se han desarrollado todas sus contradicciones”, significaría, en el pensamiento científicista, que los factores de desarrollo material, de corte económico, serían el punto nodal del desarrollo de las contradicciones. En esta línea, se planteaba a la clase obrera como la demostración científica del derrumbe del capitalismo y como el único sujeto con posibilidades realmente revolucionarias para alcanzar el socialismo¹³³.

Todas las interpretaciones que no acaten las orientaciones contenidas en las fórmulas científicistas del “materialismo histórico y el materialismo dialéctico”¹³⁴ serían adjetivadas como reformista, reaccionaria, aventurera, contrarrevolucionaria, etc. Al decir del exmilitante del PCE Alfredo Llontop, pensando en la asimilación del marxismo en los Partidos de la época, “el marxismo se hizo evangelio”¹³⁵, siendo el proletariado el profeta

¹³² Observar la tabla de las Huelgas Nacionales impulsadas por los trabajadores a través del FUT, que van desde el 13 de noviembre de 1975 hasta el 25 de marzo de 1986, acompañadas del detalle de la demanda central de cada jornada, en la página 52 del presente trabajo.

¹³³ La ‘ciencia marxista’ consentía el derrumbe del capitalismo por imposibilidad de sostenerse bajo sus propias contradicciones, siendo una de sus principales la clase obrera. En este sentido, “la acción consciente de la clase, en suma, la subjetividad revolucionaria” (Muñoz, en: Lichtheim, 1973:11) no encajaba en un esquema (los modos de producción) que se mostraba omnipresente, y que aseguraba el derrotero comunista a través de un trámite extrahumano, certificado por las ‘leyes’ del desarrollo histórico.

¹³⁴ Para decir de Stalin, “la dialéctica es la aplicación de las leyes de las ciencias naturales a la sociedad” (Stalin, 1972); por tanto, el factor subjetivo, el actor político de la emancipación, era el resultado del desarrollo del capitalismo; esto ocasionó una suerte de inmovilidad, de concepción “antidialéctica”, que inhibía a parte de la izquierda en el desarrollo de una subjetividad y de un sujeto en la lucha cotidiana frente al capital.

¹³⁵ Entrevista realizada el 26 agosto de 2014.

único que anunciaba la buena nueva contenida en los manuales divulgación de la ‘ciencia-teológica’ materialista.

En tal medida, parte de la izquierda que se alineó a esta interpretación del marxismo, que dio prioridad a la clase obrera en términos teórico-políticos sobre el resto de trabajadores, consideraba que el resto de sectores sociales (trabajadores no industriales, campesinos, pobladores) tenían que someterse a la preclaridad de la clase obrera, como plantearía en 1986 el Presidente de la CTE y militante del PCE Bolívar Bolaño:

Yo quiero hacer una afirmación, nosotros como clase obrera tenemos que dar importancia a la unidad de los trabajadores, del sector proletario de la industria; por que los demás sectores, como los campesinos, los pobladores, los pequeños comerciantes son aliados de la clase obrera, por consiguiente nosotros tenemos que dar prioridad a la organización de la clase obrera del país y de ahí irradiar organización hacia los aliados; esa es la tarea que nosotros estamos haciendo, nosotros no queremos alinear a los sectores populares, pero ellos deben entender que son aliados de la clase obrera (La Tierra, No. 20, 1986).

Como se muestra, la clase obrera del ‘sector proletario de la industria’ se constituirá en el sujeto primordial de la lucha revolucionaria, representando el paradigma a alcanzar, base desde donde se construirá la discursividad del PCMLE, PCE y el MIR; produciéndose una suerte de letanía marxista anclada en un espíritu dogmático. La asunción ‘dogmática’ del marxismo proviene de la sumisión de la izquierda a las categorías interpretadas desde el PCUS, contenidas en los manuales de difusión del marxismo que bastaban para comprender el todo absoluto (Ibarra, 2013: 63). En el caso del PCE –al decir de Ibarra–, la relación de subordinación con el ‘socialismo soviético’¹³⁶ fue determinante. El sujeto revolucionario ‘clase obrera’ se percibiría de manera estática, lo que ocasionó que el proletariado ecuatoriano se ‘conciba’ a imagen y semejanza del proletariado centroeuropeo, visto en clave economicista. Este planteamiento, no obstante, era observado como ajeno –inclusive– para algunos autores ‘centroeuropeos’¹³⁷.

¹³⁶ “Marxismo soviético” (Marcuse), “marxismo socialdemócrata” (Korsch) o “despotismo ilustrado soviético” (Moreano), serían algunas de las formas de llamar a lo que había ocurrido con el marxismo en el proceso de oficialización de dicha teoría en la época estaliniana, el derrumbe de la posibilidad revolucionaria en Europa central y la burocratización del SPD alemán.

¹³⁷ Al respecto, el trabajo de E. P. Thompson resulta fundamental para entender cómo el propio proceso de conformación de la clase obrera inglesa se da a partir de otros condicionantes, que exceden al mundo económico de la fábrica, implicando valores devenidos la tradición religiosa, familiar y social.

Podría decir que la adquisición de una “dimensión mítica de la clase obrera” en el Ecuador (Ibarra, 2013: 62) desobligó a parte de la izquierda de una problematización más aguda del tema “unidad de clase”. La versión salvífica de la clase obrera industrial provocó una suerte de desconexión con el resto de sectores sociales explotados en el Ecuador. Froilán Asanza, Presidente de la CEDOC y militante socialista, plantearía en 1986, frente a las críticas de los movimientos campesinos e indígenas al FUT, la falta de comprensión de la clase obrera respecto al tema campesino:

Hay que dar al FUT mayor apertura para que participen otras organizaciones nacionales para lograr verdadera unidad de la clase trabajadora [...] el repetir que la clase obrera es la vanguardia ha llevado a equivocaciones, como las de querer imponer desde la dirección sindical una línea de conducta al campesinado, al pueblo indígena, al movimiento poblacional (La Tierra, No. 20, 1986).

O como plantearía el dirigente amazónico de la CONFENIAE¹³⁸ en 1986, Cristóbal Tapuy:

Con el pueblo trabajador, con el pueblo obrero, queremos tener mayor coordinación, cierto diálogo para que vayan entendiendo al pueblo indígena. Ellos creen que el pueblo obrero es la vanguardia de la lucha, la vanguardia de la revolución, que a través de ellos vamos a llegar al poder -continúa diciendo-, nosotros creemos que con la unidad del pueblo obrero, del pueblo campesino y del pueblo indio alguna vez llegaríamos al poder (La Tierra, No. 20, 1986).

En el Ecuador de la época, la clase obrera no fue la única clase explotada –ni tampoco la mayoritaria en términos cuantitativos–, entonces, el planteamiento de la clase obrera industrial como el sujeto revolucionario único se configuraría en un esquema que no terminaba de empatar con la realidad: el proletariado en el Ecuador resultaba ser algo más; la situación, para 1986, como se ve en la cita, comienza a generar tensiones entre el movimiento sindical y campesino. De esta manera, por ejemplo, no se agregó a la determinación de lo proletario (venta de fuerza de trabajo, visto desde la economía), la variante campesino-indígena (como componente económico y socio-cultural envuelto en relaciones de explotación), o si se incluyó fue opacada por el ‘despotismo’ que el concepto clase obrera había adquirido.

Lo proletario visto como clase obrera industrial se muestra, especialmente para el PCE y PCMLE, como una especie de *sanctus verbum*, negando el desarrollo de la teoría

¹³⁸ CONFENIAE: Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana.

marxista, en el sentido de Marx, lo que ocasionó que cualquier intento de contribución marxista, sin ningún tipo de discernimiento, sea tildado con descalificativos que adquirieron connotación moral: ultraizquierdistas, reaccionarias, reformistas. Así, considero, que los elementos caracterizadores de esta forma de entender lo proletario no serían sino el dogma, el sectarismo y el ostracismo, situación que vendió la idea de que eso era, en efecto, el sentido del proletariado, y por extensión de la teoría marxista. Mas, existió otra forma de comprender el concepto de proletariado, proceso que revisaremos a continuación.

3.5 El proletariado como sujeto político negativo

Otra tesis coincidente entre los Partidos analizados, como el MRT, el PSRE y en menor grado el MIR y el PCMLE, es la de entender al sujeto revolucionario desde una dimensión aglutinante de otros sujetos, tendientes a componer, en unidad, una respuesta política colectiva que supere la mirada unívoca de la clase obrera industrial, como factor único de potencial emancipatorio. De esta forma, el PSRE propondrá el “Aglutinar a las fuerzas del proletariado en torno a un proyecto político independiente” (*Prensa Obrero y Campesina*, No. 2, 1977), lo que significaría la existencia de varios sujetos pensados como ‘fuerzas del proletariado’, y no sólo la clase obrera industrial.

En esta idea de sujeto revolucionario se establecerá una relación íntima entre lo obrero y lo campesino, como vinculación de los explotados del campo y de la ciudad; así, se permitió la introducción de un diagnóstico que integraba, a más de la situación de clase, aspectos devenidos de las transformaciones surgidas en la hacienda en el Ecuador (como en el caso del MRT y Velasco)¹³⁹ y de la constitución más específica de las fuerzas sociales campesinas¹⁴⁰. En tal suerte, sería clave pensar desde tres sujetos: lo obrero, lo campesino y lo popular como una sola fórmula de expresión del poder popular: “Desarrollar el poder del

¹³⁹ Velasco, Fernando. *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la sierra*. Editorial El Conejo. 1979.

¹⁴⁰ El MRT en *Prensa Obrero y Campesina* propondrá “[...] la existencia del siguiente bloque de clases [en el campesinado], objetivamente interesadas en la transformación de la sociedad ecuatoriana: [...] pequeño burguesía rural.[...] semiproletariado rural, [...] proletariado agrícola y, [...] campesinos sin tierra” (*Tarea Urgente*, No. 2, 1976).

movimiento obrero-campesino y popular, dado que la revolución se fundamenta en la construcción permanente del poder obrero-campesino y popular” (Prensa Obrero y Campesina, No. 2, 1977).

Esto permitió comprender las necesidades de la lucha política frente al dominio del capital, indiferentemente de que éste opere en el mundo de la fábrica o en el mundo rural. De este modo, los intentos de pensar la ‘clase’ están caracterizados por pensar en general en “todos los explotados” que soportan los embates del bloque “capitalista-imperialista-terrateniente”. En Tribuna Socialista, periódico del PSRE, se planteará:

Construir un FRENTE DE CLASE que tenga como columna vertebral la alianza obrero-campesina y que incluya como fuerzas de apoyo a los sectores medios empobrecidos, al estudiantado, a los pequeños propietarios, al artesanado, a los medios propietarios, en fin a todos los sectores que soportan explotación capitalista-imperialista-terrateniente (Tribuna Socialista, No. 7, 1977. Mayúsculas en el original).

La oposición al bloque “capitalista-imperialista-terrateniente” implica un proceso de enfrentamiento a los diversos aspectos sobre los cuales históricamente la explotación ha existido. En tal medida, el sujeto revolucionario tendría que manifestar justamente la necesidad de la oposición al ‘estado de las cosas’, la negación absoluta al capital; o como diría Manuel Agustín Aguirre: la “negación absoluta del orden”, planteándose un sistema organizativo al margen de la burguesía: el socialismo (Aguirre, 1983: 7). Ahora, el acto de negar el orden lleva implícito los gérmenes de este nuevo sistema organizativo no-capitalista, por tanto, las relaciones comunistas se recrean en la medida de la acción y la lucha de la clase trabajadora. No se localizan en el futuro, sino que existe “una estructura en negativo” en el presente desde donde edificarlas, de ahí la necesidad de construcción del poder popular, como un mecanismo de configuración de relaciones socialistas en las fauces del capital. Al decir de Bolívar Echeverría:

Las relaciones comunistas de reproducción social se hallan ya presentes, pero dentro de las relaciones capitalistas de reproducción y subordinadas a ellas. Su presencia delinea como una estructura en negativo -posible pero sistemáticamente reprimida- en torno al conjunto de fallas o puntos de fracaso del propio orden capitalista (Echeverría, 1976: 46).

La negatividad, como valor oposicional al capital, caracterizará lo revolucionario como la antítesis del orden capitalista: “Marx parte de la idea de clase obrera y negatividad –siendo

concebida la negatividad de manera hegeliana– y, por otra parte, entre negatividad y capacidad positiva de construcción de un conjunto social totalmente nuevo” (Lefebvre, 1974: 251). Sin embargo, la importancia revolucionaria de la clase obrera no implica que otras clases sean periféricas de la acción política, por el contrario sería imposible pensar el socialismo, al decir del PSRE, sin pensar en la participación “del resto de clases y capas explotadas” en la conformación de “órganos de poder popular”:

Los órganos de poder popular tendrían que unir a la clase obrera con el resto de clases y de capas explotadas, para que de esta forma pueda la clase obrera ejercer su papel de vanguardia y dirección en el seno del pueblo [...] Los Consejos Zonales Fabriles y las Juntas Campesinas pueden ser un punto de partida para desarrollar las instancias políticas de la clase obrera [...]pero... no podemos reducir la construcción de la organización política del proletariado a la organización de su vanguardia (Prensa Obrero y Campesina, No. 2, 1977).

La construcción de una agenda más amplia –dada la participación multisectorial–, sin que esto implique el abandono del horizonte anticapitalista, implica una diferencia importante con la idea de pueblo, que, como planteé líneas arriba, tendió a pensarse desde una base policlasista. Es decir, el programa político agrupa a todos los sectores que, de una u otra forma, son explotados por el capital, lo que involucra, por ejemplo, el impedimento para que la ‘burguesía nacional’ o capas semejantes puedan participar, o que sean tomadas en consideración por el poder popular. En este orden, la idea de lo anticapitalista no desaparecería, puesto que “la conciencia revolucionaria tiene que necesariamente ser el enjuiciamiento más radical de toda organización social interna de dicho modo de producción” (Echeverría, 1965). La negatividad marxista, personificada en el sujeto revolucionario, se expresa, para el MIR, en la crítica más radical de la civilización capitalista:

Mientras más nos acercamos a la codiciada democracia burguesa, a las elecciones y al referéndum, al Congreso Nacional, a la constitucionalidad, a la tan decantada igualdad de derechos para los ciudadanos, la democracia burguesa cada vez se torna más en barbarie burguesa, la cultura y la civilización capitalistas en brutalidad e irracionalidad capitalistas (Lucha Proletaria, No. 6, 1977).

Lo anterior permite acercarse al sujeto revolucionario como la totalidad, tesis integrante de las propuesta lucacsiana del proletariado (Lukács, 1970: 39). El sujeto en esta línea pasaría de la plataforma reivindicativa fraccionada, a una plataforma política integrada. Lo que representa pensar la totalidad desde la base de una comprensión política que es siempre

vinculante, por tanto, el trasfondo ya no será la situación de la clase obrera o del campesinado por separado, sino la de todos los sectores que componen la clase explotada en su conjunto. En esta perspectiva “Las comisiones internas de fábrica, las consejos zonales y las comunidades campesinas son centros de vida proletaria que hay que desarrollar” (Prensa Obrero y Campesina, No. 1, 1977).

El problema será la situación del trabajo en su conjunto. Marx plantea a los sujetos burgués y proletario como personificaciones de dos categorías económicas (Marx, 2002: 8), como un problema que circula –para utilizar términos foucaultianos–, y que no permanece estático en un lugar. Entonces, el problema político en el marxismo no se trata de la afectación a un lugar en específico, donde el capital se materializa (la burguesía o los trabajadores), sino a todos los lugares en los que el capital afecta, material e ideológicamente, la totalidad social. “Con una acentuación de lo negativo: crítica radical, destrucción impulsada hasta el fin. La clase obrera es universal en tanto que conlleva la intuición de lo negativo, es decir, la capacidad radical de destrucción de lo existente y de lo positivo, de la capacidad de construir otro mundo totalmente nuevo” (Lefebvre, 1974: 251).

Como se revisó en el capítulo uno, siendo el trabajo la “condición eterna de los hombres” (Marx, 2002: 53), la base para determinar a la población con posibilidades negativas (destructivas) del capital es: los trabajadores. Ahora, para que la clase trabajadora pueda producir, necesitan existir trabajadores a los que se los mantenga al ‘margen’ de la producción, en situación de desempleo o de subempleo; grupo social a los que, en lenguaje marxista, se reconoce como Ejército Industrial de Reserva (EIR). De esta forma, para Aguirre, un Partido Revolucionario para ser tal “tiene que constituirse en la vanguardia del proletariado y semi-proletariado, unido al campesinado y a las clases medias, especialmente en sus capas más pauperizadas, constituyéndose así en el Partido de todas las clases explotadas y oprimidas del País” (Manuel Agustín Aguirre en: La Tierra, septiembre, 1979).

Otra de las posibilidades para comprender al conjunto de los explotados, con capacidad negativa al capital, considero, es la idea de ‘pueblo’, acepción conceptualmente distinta a la descrita, líneas arriba. Ubicándonos en este sentido en “el concepto de pueblo como alianza revolucionaria de todos los explotados” (Lukács, 1970: 29). Pueblo y pobres

no será una categoría con posibilidades variables de contenido, hasta el punto de soportar casi cualquier discurso; la elasticidad del concepto soportará todo, siempre y cuando no rompa el cobertizo de lucha anticapitalista.

A su modo, varios Partidos de izquierda en algún momento abordaron el sujeto revolucionario desde una mirada negativa. No obstante, vale decir, no fue su posición hegemónica; en la mayoría de los casos, se volvía a la consideración del sujeto desde el pueblo, la clase obrera, la población sufragante o desde la tautología de lo revolucionario. Probablemente, la mayor diferencia la marcaron, como dijimos, el MRT y el PSRE, y en menor medida el MIR y el PCMLE. Los antecedentes en el caso ecuatoriano, para la construcción de este sujeto negativo y de una plataforma multisectorial desde la bases de pensar la vinculación entre lo obrero, campesino y popular, expondré a continuación en el siguiente relato.

A pesar de la creación de un ambiente –a finales de la década de los ochenta y especialmente en la del noventa– que daba cuenta de una hipotética distancia entre el movimiento sindical y campesino-indígena, la maduración histórica de estos dos sectores marcha a pie juntillas. No se puede entender los orígenes y cambios de los gremios obreros y campesinos, por lo menos hasta la década del ochenta, de manera separada y por fuera de la lucha de los partidos de izquierda. Pondremos tres ejemplos nodales.

1. La cimiento del movimiento indígena contemporáneo se encuentra en la creación de los primeros sindicatos agrícolas en Cayambe, que, en nexo con el PCE, levantaron las primeras reivindicaciones del campesinado de la Sierra tanto a nivel económico, así como cultural. La tierra para los indios y el reconocimiento de la educación en lengua propia serán las consignas demostrativas de este hecho. Nombres como el de Dolores Cacuango serán representativos de una dirigencia reconocida tanto como líder histórica del movimiento indígena, así como del movimiento sindical. La FEI tendrá, en este sentido, una estrecha vinculación con la CTE y el PCE.
2. La FENOC estará íntimamente ligada a la CEDOC; ésta, a su vez, en nuestro período de estudio, al trabajo de Fernando Velasco y del MRT. De hecho, la democratización y la transición de las tesis venidas desde la matriz católica a la

socialista en la CEDOC, provienen por vía orgánica de la FENOC, Federación que aglutinaba a sectores campesinos de la Sierra-centro especialmente, y que posteriormente serviría de base para la conformación de la FENOCIN¹⁴¹. Es simbólico el trabajo de Velasco en la preocupación hacia el tema campesino, a la vez que direccionaba su trabajo a levantar la lucha del movimiento sindical en tiempos de las resonantes Huelgas Nacionales conducidas por el FUT (Entrevista a José Chávez, 5 de septiembre de 2014).

3. Por último, la relación establecida entre las CEOSL y su filial del Guayas, la FENACLE (Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales, Campesinos e Indígenas Libres del Ecuador), estrecha los lazos entre lo sindical, lo campesino y lo indígena. Esta organización, fundada en 1969, agrupará a asalariados agrícolas de la provincia de Guayas, así como de Los Ríos, pero, también, a sectores campesinos indígenas de algunas provincias de la Sierra¹⁴².

Cabe destacar, en la línea de vinculación entre lo obrero, campesino y popular, que en la revisión de los pliegos de peticiones de las Huelgas Nacionales, comprendidas entre el período 13 de noviembre de 1975 y el 28 de octubre de 1987 (13 huelgas generales), existen elementos vinculantes que exceden las demandas gremiales del movimiento obrero, incorporando temas de los sectores campesinos (precio del azúcar, solidaridad con la masacre de Aztra), indígenas (educación en lengua materna), de la política nacional (endeudamiento, nacionalización del petróleo) y las demandas de los sectores populares (alto costo de la vida, acceso a la educación). Sin embargo, la lucha reivindicativa multisectorial fue, en lo fundamental, de carácter reformista, apartándose de la tesis del PSRE, de que “La lucha por las reivindicaciones inmediatas no debe hacer olvidar la tarea fundamental: luchar por la revolución y el socialismo” (La Tierra, No. 4, 1975).

El establecimiento de esta plataforma conjunta, de los distintos sectores sociales, tiene como responsables fundamentales a las diversas tradiciones marxistas que operaron en su seno. La unidad de los trabajadores –vista como el concepto amplio de lo proletario y, como hemos sugerido, con la perspectiva de pensar al sujeto revolucionario desde la base

¹⁴¹ FENOCIN: Federación Nacional de Organizaciones Campesinas, Indígenas y Negras.

¹⁴² Entrevista con José Chávez, 5 de septiembre de 2014.

de la negatividad—, si bien es cierto, no tuvo todos los alcances que nosotros, más de veinte años después, podemos agregarle (por ejemplo: no hubo una profundización en las lógicas territoriales particular de las demandas indígenas (Álvarez, 1999: 281), sí es un punto referencial para profundizar una reflexividad política más crítica, pensando lo proletario como unidad vinculante de los explotados del campo y la ciudad.

La posibilidad de profundización del concepto sujeto revolucionario, pensado desde el marxismo y la negatividad, se detuvo violentamente con el desplome del campo socialista, lo que modificó el escenario de la lucha de clases y las formas de hacer política desde la izquierda¹⁴³.

¹⁴³ El derrumbe del campo socialista generaría un escenario contrastante con lo que hasta el momento se ha descrito en este trabajo, en el que a pesar de las hondas y variadas diferencias -en las concepciones acerca del sujeto revolucionario- entre las tradiciones de la izquierda ecuatoriana analizadas, tenía su ‘existencia’ real. La situación posterior a la caída del Muro de Berlín es diametralmente distinta: no hay sujeto revolucionario; al parecer se habría extinguido la posibilidad de transformación estructural del capitalismo, que ideológicamente se proyectaba como unipolaridad victoriosa.

La apreciación de Nela Martínez -célebre militante comunista ecuatoriana- en referencia a que la caída del paradigma de la revolución, a finales de siglo pasado, significó la inauguración de un “tiempo glacial para la izquierda y el marxismo”, en un período histórico de contrarrevolución y desesperanza (Martínez en: Ycaza, 1994: 38), parece advertir la gravedad de una trama en la que la gran utopía del siglo XX se hundió. Siguiendo al argentino Nicolás Casullo, las tesis que proclamaban el fin de las ideologías y el fin de la historia (como el caso de Francis Fukuyama) adquirirían enorme gravitación, de la mano del afianzamiento del credo liberal en la versión neoconservadora de Margaret Thatcher y Ronald Reagan (Casullo, 2008: 87).

En este orden, el sujeto revolucionario centro de la emancipación en el siglo pasado, el proletariado, se despedazó debido a los “enormes acomodamientos geológicos que habían ocurrido en las capas que componen la historia” (Sader, 2009: 22). La derrota existencial de la inmensa mayoría de la militancia (Sader, 2009: 23-24) hizo que las estrategias revolucionarias de lucha por el socialismo sean depuestas por la democracia como objetivo político (Sader, 2009: 108), y la idea del sujeto revolucionario sea desplazada por la de los “nuevos actores sociales” (Offe, 1992: 67). El giro culturalista (Jameson, 1999) se planteará la sustitución del partido por el de movimiento social, de la mano de un acercamiento al problema de la democracia. El “grito de los excluidos” devorará a la “lucha de los explotados” (*El grito de los excluidos* fue una de las consignas dominantes de los movimientos sociales durante la década de los noventa. Reclamaba la incorporación de todos los “excluidos” por la globalización. Pensando con Sorel, la categoría del oprimido/excluido se diferencia de la de explotado, en el no involucramiento con la dimensión clasista. En la burguesía, por ejemplo, también existe opresión -v.g. la situación de la mujer burguesa-, sin embargo, no existe explotación, concepto que únicamente es aplicable a los trabajadores).

El alejamiento del marxismo y del sujeto revolucionario, en tanto liquidación de la posibilidad de la Revolución en su conjunto, significó desconocer a la política como sistema de las relaciones antagónicas de poder y a la categoría filosófica de la totalidad. Ahora, los desafíos de los nuevos sujetos del cambio (comprendidos por fuera del concepto de la revolución) serán el ecologismo, las identidades (culturales, sexuales, etarias), el institucionalismo (ciudadanos), de la mano de la descalificación de cualquier proceso que intente pensar el mundo desde las relaciones de clase y el Estado. Los nuevos sujetos asumirán la lucha en la mayoría de los casos, pensando desde un tipo de ‘crítica’ atomizada en las relaciones de poder, a escala minimalista y desde el grupúsculo,

Consideraciones finales

La historia de este estudio se cierra con una fecha simbólica: 1986, año en el que suceden una serie de acontecimientos sintomáticos, que anticipan una etapa en la que la centralidad de lucha ya no estará representada por el movimiento obrero y la lucha de la izquierda marxista, tal como consta en una de las ediciones del periódico *La Tierra*: “Los niveles de combatividad de la clase obrera se vieron disminuidos en 1986, en comparación con la alta combatividad de la década de los setentas y los primeros años de los ochentas” (Granda en: *La Tierra*, No. 20, 1986).

En 1986, se descabeza, vía asesinato, a la dirigencia de AVC, que a pesar de empujar un proyecto –a mí entender– errático, aún pretendía reproducir el espíritu del siglo XX: la revolución. Se suman: la extinción del proyecto del Socialismo Revolucionario (insurrección de masas), la liquidación de otras formas de subversión en el país hasta finales de la década del ochenta (MPL, OPM), la consolidación del electoralismo en la izquierda existente (PSE, PCE, PCMLE), la disgregación del MIR en varias facciones, la desaparición del MRT, la pérdida de la centralidad clasista y marxista en la vida política de los partidos, y la desacreditación de los, en otrora, sujetos revolucionarios: proletariado, campesinado, clase obrera, militantes revolucionarios, etc.

A decir de Nicolás Casullo, el “hueco histórico” dejado por la caída del paradigma de la revolución, lo “llenaría” el posmodernismo y el neoliberalismo (Casullo, 2008: 15). Así como el vacío dejado por el ‘sujeto revolucionario’ lo colmaban los nuevos actores: los movimientos sociales. El objetivo en este período ya no sería la revolución, sino la democracia, la participación, la ‘resistencia’¹⁴⁴.

¹⁴⁴ Es importante entender cuan profundamente liberal y contractual resulta ser el publicitado concepto de resistencia (ya no de revolución) en el período de pérdida del horizonte revolucionario. Bodín (1529-1596) intentó limitar el derecho de rebelión a un simple derecho de resistencia, y en 1651 Hobbes escribe que, si bien la autodefensa es una necesidad del ser humano, debido a la carencia de las condiciones de vida, los hombres han de pactar un contrato social materializado en un Estado. En 1690, Locke sigue defendiendo el derecho a la resistencia, siempre que el poder se comporte contra los derechos de las personas establecidos por ley natural e interpretada por el poder legislativo; incluso un racista conservador, como David Hume (1711-1776) -defensor de que el pueblo cediera parte de sus derechos a un Estado fuerte, que garantizase la paz social- aceptaba a regañadientes el derecho a la resistencia contra la opresión, cuando esta era ya insoportable.

Pues bien, el sujeto revolucionario pensado por la intelectualidad orgánica de izquierda ecuatoriana, dentro de la coyuntura analizada, muestra ser una amalgama de construcciones diversas, divergentes. No fueron lo mismo los planteamientos de los distintos partidos en cuestión respecto al sujeto revolucionario, esto se debió a varios factores, anclados en lo fundamental, a la forma de entender la lucha política en su aspecto más amplio, que excede a la interrogante de quién hace la revolución. De ahí que, no se puede entender al sujeto revolucionario sino al interno de un proyecto político más general, siendo uno de sus componentes la pregunta por el sujeto histórico. Hay que tener en consideración, que las diferencias entre los partidos no solamente operan en la interpretación del objeto de estudio en mención; sino a su vez, en la constitución de las mismas organizaciones, tanto a nivel orgánico como político. De esta forma, la utilización del genérico de partido para las organizaciones políticas de este estudio, tomó cuenta las diferencias existentes a nivel político, orgánico y de su crecimiento concreto en el país y las organizaciones de masas.

La adopción, para cada uno de los intelectuales orgánicos representados en los Partidos (PCE, PSE, PSRE, PCMLE, MRT, MIR, AVC), de un sujeto revolucionario particular (el militante revolucionario, el pueblo, la población sufragante, el proletariado como clase obrera industrial, el proletariado como sujeto negativo) no niega que, en determinados momentos, exista el privilegio por otro sujeto revolucionario; por ejemplo, el PCE privilegió al ‘proletariado como clase obrera’, así como al ‘pueblo’, o AVC al ‘militante revolucionario’, tanto como al ‘pueblo’.

Por otro lado, existen contradicciones entre los aspectos teórico y práctico. Por ejemplo, en el caso del PCE, el PCMLE y el MIR evidencio una contradicción entre la defensa teórica del sujeto revolucionario ‘clase obrera’, y la incorporación práctica en sus agendas de lucha de otros sujetos: pueblo, estudiantes y maestros, militante revolucionario. En otros casos, se da un uso conceptual distinto de un mismo sujeto, como en el caso particular del concepto de pueblo; allí se identifica la utilización desde una acepción populista de contenido policlasista (PCE, AVC), o desde la idea de ‘todos los explotados’ (PSRE, MRT, MIR), más cercano a concepto de proletariado como sujeto negativo concebido en el marxismo.

Algunas organizaciones, proclamando a la clase obrera como vanguardia, acorde con ciertas posturas mecánicas de izquierda, perdieron de vista la necesaria singularidad de la formación social ecuatoriana, y por tanto la necesidad de pensar de manera dialéctica la configuración de un sujeto histórico que responda de manera específica al contexto de desarrollo del capitalismo en el Ecuador. En este campo podemos agrupar a organizaciones como el PCE, el PCMLE y el MIR. Esta tesis estuvo a la sombra de los paradigmas de las revoluciones triunfantes en especial Rusia, China, Albania, y a su vez, a las propuestas de la Segunda y de la Tercera Internacional, post Lenin. Lo que supone, una fuerte dosis dogmática en la praxis política de los partidos en mención. O lo que es lo mismo, la adopción de un programa político que no respondía a la realidad ecuatoriana, y que era postulado como la *fórmula adecuada* a emular. La clase obrera como clase revolucionaria, varias veces expuesta como proletariado a secas, imposibilitó una caracterización más minuciosa de la clase trabajadora en el Ecuador, en tal suerte, los campesinos o los indígenas, eran disueltos o invisibilizados en un genérico, la clase obrera o el proletariado, que por sí solos explicaban la realidad.

Se puede señalar, además, que algunas formulaciones sobre el sujeto revolucionario carecieron de una argumentación teórica sostenida; primó la coyuntura (acción) sobre un proyecto político de largo plazo que pudiera dar cuenta de las necesidades de la revolución ecuatoriana de manera más aguda. De esta forma el concepto de la praxis fue sustituido por el de practicidad, siendo privilegiada la acción por sobre la reflexión. Esto estuvo fuertemente condicionado por el contexto latinoamericano, marcado por la lógica revolucionaria de corte guerrillero, especialmente Cuba y Nicaragua. En esta línea se inscribieron sobre todo las Organizaciones Político Militares (AVC, OPM, MPL) y en menor medida el MIR. En la conclusión tautológica de que el sujeto revolucionario es el revolucionario, se esconde una pretensión redentora, vanguardista, expresión de clase de la pequeña burguesía, en lo fundamental de los estudiantes que optaron por la radicalización de la política a través de la lucha armada. De esto se desprende el alejamiento de estas organizaciones de las masas. Esta forma de comprensión de la política, que denominé la *impronta como discurso*, ocasionó la bifurcación entre las OPMs y las organizaciones populares, y constituyó a la larga, uno de los factores del fracaso de su intento de transformación.

Por otro lado, en parte de la producción teórica de la intelectualidad orgánica de la izquierda en el Ecuador, existió una fuerte interpretación liberal del marxismo, lo que devino en la incorporación en los partidos de ejes como la democracia, el derecho al voto, la conquista reivindicativa, en sí, el sistema de partidos de la democracia burguesa, como la punta de lanza de la lucha política de izquierda; esto a nivel de la creación del sujeto implicó, el asumir a población en capacidad de sufragio, como el sujeto con posibilidades de transformar las cosas. En este acápite se ubican partidos como el PSE, el PCE y el PCMLE. No obstante, siguiendo a Fernando Velasco, la presencia liberal en la izquierda ecuatoriana tiene antecedentes longevos.

El sujeto revolucionario pensando desde el concepto de pueblo, resultó otra de las fórmulas en las que parte de la intelectualidad orgánica de la izquierda del período cayó. Este mecanismo implicó una suerte de explicación abstracta de los sectores que componen el 'sujeto'. Aquí podemos hacer mención a organizaciones como el PCE, AVC y, más lejos, el PSE. Este planteamiento fue formulado, en la mayoría de los casos, por fuera del análisis marxista, siendo influenciado por la ola populista en la región y por los procesos revolucionarios centroamericanos, sobre todo el nicaragüense. En el caso de AVC, la dicotomía burgués/proletario, fue sustituida por el de oligarquía/pueblo. No obstante existió otra forma de entender el concepto de pueblo, como él de la aglutinación de todos explotados, como plantearía Agustín Cueva, más cercano al concepto de proletariado como sujeto negativo. En este campo podemos distinguir organizaciones como el MRT y el PSRE.

Empero, existió otra interpretación de sujeto revolucionario, ligado al concepto del proletariado como negatividad, desde un espíritu anticapitalista y que integra a todos los explotados y oprimidos por el capital. Esta variante prestó mayor atención a la dinámica política y a la realidad ecuatoriana, planteando la unidad de los diversos sectores sociales y populares, atravesados por la lógica del trabajo. La unidad obrero-campesina-popular, la obrero-campesina-estudiantil, o la obrero-campesina-indígena, se constituyen en algunas de sus expresiones. Partidos como el MRT y el PSRE, serán quienes defenderán esta tesis, y en menor medida el PCMLE y el MIR. En el fondo la propuesta era la vinculación de sectores heterogéneos sin perder la identidad de lucha revolucionaria por el socialismo.

Probablemente para pensar la revolución en nuestra era, sea necesaria una *reinención* de la herencia recibida, teniendo claro que un proyecto revolucionario no triunfa si no está ligado, de manera íntima, a las masas desposeídas y explotadas.

Por último, es preciso dejar abierta la necesidad de una investigación que incorpore a otras organizaciones, que en este estudio –por factores de delimitación– no fueron tomadas en cuenta. Me refiero al Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana –MRIC–, el Partido Socialista Popular –PSP– y el Movimiento Socialista de Trabajadores –MST– (trotskistas). Así como que profundice en los casos de MPL y OPM.

Epílogo

De manera particular creo en lo que Benjamín creyó: “Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora [...] como la idea de nadar a favor de la corriente” (Benjamin, 2010: 65). Esa actitud de ‘nadar a favor de la corriente’ (o de *no leer la historia a contra pelo*, como él mismo diría), en el caso de la intelectualidad orgánica de la izquierda del Ecuador, se expresaría en posiciones dogmáticas, prácticas electoralistas, limitaciones en su praxis política, adopción de esquemas considerados salvíficos, ausencia de una reflexividad teórico-práctica más crítica. Considero que el deterioro de la capacidad transformadora y negativa de la clase trabajadora, por un rol más ‘proactivo’ al interno de la sociedad capitalista, de la mano de una interpretación liberal marxismo, fue una de las razones de la ‘domesticación’ y pérdida de capacidad revolucionaria de la clase, llamada por la praxis marxista, a sustituir el estado de las cosas. Benjamin plantea una tesis muy sugerente:

“El sujeto del conocimiento es la misma clase oprimida que combate. En Marx aparece como la última clase esclava, como la clase vengadora, que lleva a su fin la obra de la liberación en nombre de las generaciones de vencidos. Esta conciencia que ha vuelto a afirmarse en el movimiento ‘Spartacus’, ha sido siempre desagradable para la socialdemocracia. En el curso de treinta años de socialdemocracia [1930] ha logrado apagar casi completamente el nombre de un Blanqui, que con su timbre metálico hacía temblar el siglo precedente [XIX]. La socialdemocracia se complacía en asignar a la clase trabajadora el papel de redentora de las generaciones futuras. Así se cortaba el nervio fundamental de su fuerza. Es esta escuela la clase desaprendió tanto el odio como la voluntad de

sacrificio. Pues ambos se nutren de la imagen de los antepasados oprimidos y no del ideal de los descendientes libres” (Benjamin, 2010: 67).

Cierro mi perspectiva analítica, afirmando que el abismo más sentido para la izquierda ha sido justamente el insistir en una práctica política permanentemente jaloneada por la fuerza de atracción de los mecanismos de lucha legal, jurídica, constitucional, electoral, o por un programa de acción más inmediatista, perdiendo de vista la totalidad de la lucha política, y la necesidad imperiosa de hacerse de los dos axiomas, a mi parecer más importantes del concepto de la política marxista: la contradicción (anticapitalista) y la universalidad (comunista).

Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín. *El marxismo, la revolución y los partidos comunista y socialista en Ecuador*; en: Carlos Marx: en homenaje en su centenario de muerte. IDIS. Cuenca. 1983.
- Almeida, Laura. *Antología*. Ediciones La Tierra, Colección Pensamiento Socialista. Quito. 2007
- Álvarez Litben, Silvia Graciela. *De Huancavilcas a Comuneros: relaciones interétnicas en la Provincia de Santa Elena*, Ecuador. Ediciones Abya-Yala. Quito. 1999.
- Aricó, José. *Marx y América Latina*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2010.
- AVC. *Mientras haya algo que hacer nada hemos hecho* MHQH. 1985
- Baño, Rodrigo y Flisfisch, Ángel. *El colapso de la Unidad Popular y la democracia chilena*, en: Reforma política y consolidación democrática: Europa y América Latina, Nohlen, Dieter (comp). Nueva sociedad. Caracas. 1988.
- Benavides Morales, Ana Cristina. *La izquierda ecuatoriana: discurso y praxis en los años ochenta* (tesis de maestría). FLACSO. Quito. 2014
- Benjamin, Walter. *Ensayos escogidos/Walter Benjamin*. Selección y traducción H. A. Murena. El cuenco de la plata, teoría y ensayo. Buenos Aires. 2010
- Boron, Atilio; Amadeo, Javier; Sabrina, González (compiladores). *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, Colección Campus Virtual. Buenos Aires. 2006
- Cárdenas, Mireya y Jarrín, Miguel. *¿Dónde está la sangre del pueblo?*. Ministerio de Cultura del Ecuador. Quito. 2011.
- Casullo, Nicolás. *Las Cuestiones*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2008.
- Caycedo Turriago, Jaime. *El sujeto histórico y su complejidad*, en: Caycedo y Estrada (com.) Marx Vive, Siglo y Medio del Manifiesto Comunista ¿Superación, Vigencia o Reactualización?, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, COL: Unibiblos. 1999.
- Chávez, David. *Encuentros en la negatividad: Marx y América Latina. La interpretación de Alejandro Moreano*; en: Malaidea (cuadernos de reflexión). Quito. 2012

- Chávez, José. *El "Conejo" Velasco y la lucha de los trabajadores en la década del 70*. Ensayo (s/p). 2014.
- CONADES. *Plan ecuatoriano para el desarrollo de los recursos humanos*. 1979
- Cueva, Agustín. *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*. Quito, EC: Editorial Planeta. 1998.
- Debray, Régis. *La crítica de las armas*. Siglo veintiuno editores. Madrid. 1975.
- Dussel, Enrique. *Teología de la liberación y marxismo*, en: *Mysterium liberationis: conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, Ellacuría, Ignacio (comp). Trotta. Madrid. 1994.
- Echeverría, Bolívar. *¿Qué significa la palabra revolución?* Procontra 1. Quito. 1971
- _____ *"Posibilidad del cambio"*. Quito, EC: Pucuna 6. 1965.
- _____ *Modernidad y blanquitud*. Biblioteca Era. México D.F. 2011.
- _____ *Valor de uso y utopía*. Siglo Veintiuno editores (segunda edición). México D.F. 2012
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica. México. 1969.
- Fournet-Betancourt, Raúl. *Reflexiones en torno a la significación de la filosofía y la teología latinoamericana de liberación*, en: *América Latina, historia y destino: homenaje a Leopoldo Zea*. Universidad Autónoma del Estado de México. 1993.
- Goulder, Alvin G. *Los dos marxismos: contradicciones y anomalías del desarrollo de la teoría*. Madrid, ESP: Alianza. 1989
- Gramsci, Antonio. *Antología*. Siglo Veintiuno Editores, Biblioteca de Pensamiento Socialista. Buenos Aires. 2013.
- _____ *La formación de los intelectuales*. 1926
<http://www.lospobresdelatierra.org/textos/gramsciformacionintelectuales.html>
- Gutiérrez, Gustavo. *Pobres y opción fundamental*; en: *Mysterium liberationis: conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, Ellacuría, Ignacio (comp). Trotta. Madrid. 1994.
- Harris, Richard y Vilas, Carlos. *La transformación revolucionaria de Nicaragua*; en: *La Revolución en Nicaragua: Liberación Nacional, democracia popular y transformación económica*. Era. México. 1985.

- Harris, Richard y Vilas, Carlos. *Liberación Nacional, Democracia Popular y transición al socialismo*; en: *La Revolución en Nicaragua: Liberación Nacional, democracia popular y transformación económica*. Era. México. 1985
- Hart Dávalos, Armando. *Pensar al Che, retos de la transición socialista*. Centro de Estudios Sobre América Latina, Editorial José Martí. La Habana. 1989. Tomo I (a) y Tomo II (b)
- Hidalgo, Telmo. *Reforma agraria, ideología y política*. La Tierra. Quito. 2010.
- Hosbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Crítica, Grupo Editorial Planeta. Buenos Aires. 2012.
- Ibarra, Hernán (Introducción y selección). *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Ministerio Coordinador de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados. Quito. 2013.
- Jarrín, Arturo. *El cementerio de los vivos*. Arco Iris Producción Gráfica. Quito. 2004
- Korsch, Karl. *Algunos supuestos básicos para una discusión materialista acerca de la teoría de la crisis*, en: *Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario*, Pannekoek, Anton (Comp). *Pasado y Presente*. México D.F. 1978.
- Laclau, Ernesto. *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2008
- _____ *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2007.
- Larco C., Carolina y Espinosa O., León (Introducción y selección). *El pensamiento político de los movimientos sociales*. Ministerio Coordinador de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados. Quito. 2012.
- Lefebvre, Henry. *¿Es revolucionaria la clase obrera?*, en: *Coloquio de Cabris, Sociología y revolución*. Grijalbo. México. 1974
- Lenin, V.I. *¿Qué Hacer?*. Instituto cubano del libro, Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. 1973a
- _____ *El desarrollo del capitalismo en Rusia: el proceso de desarrollo del mercado interior para la gran industrial*. Barcelona, ESP: Editorial Ariel. 1974
- _____ *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, en: *Obras Completas*, Tomo IX (1918-1919). Moscú, URSS: Editorial Progreso. 1973b

- Lipset, Martin y Rokkan, Stein, en: *Diez textos básicos de ciencia política*, Albert Batlle editor. Editorial Ariel. Barcelona. 1992
- Lukács, Georg. *Historia y conciencia de clase*. Editorial Grijalbo, S.A. México. 1969.
- _____ *Ontología del ser social: el trabajo*. Buenos Aires, ARG: Ediciones Herramienta. 2004.
- _____ *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*. Editorial Grijalbo, Colección 70. México. 1970
- Luxemburgo, Rosa. *Reforma ou revolução?* Expressão Popular. São Paulo. 1999
- Mao, Tse-tung. *Obras Escogidas*. Tomo I. Ediciones de Lenguas Extranjeras. Pekín. 1972a.
- _____ *Obras Escogidas*. Tomo II. Ediciones de Lenguas Extranjeras. Pekín. 1972b.
- Marcuse, Herbert. *El final de la Utopía*. Ediciones Ariel. 1968.
- Mariátegui, José Carlos. *Obra Política*. Ediciones Era. México D.F. 1984.
- _____ *Sete ensaios de interpretação da realidade peruana*. Expressão Popular, CLACSO Livros, Coleção Pensamento Social Latino-Americano. São Paulo. 2008
- Marx, Carlos y Engels, Federico. *Manifiesto del Partido Comunista*. Crítica. Barcelona. 1998
- Marx, Carlos. *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. Editorial Nueva. Madrid. 2010
- _____ *El Capital: el proceso de producción del capital*.-1° ed., 1° reimpresión. Siglo Veintiuno editores. Buenos Aires. 2004
- _____ *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Ediciones Ariel. España. 1971.
- _____ *La lucha de clases en Francia*. Buenos Aires, ARG: Claridad. 2007
- _____ *Introducción General a la Crítica de la economía política/1857*. 1. Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1984.
- _____ *Tesis de Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Editorial Grijalbo, S.A. México, D.F. 1970
- Mattick, Paul. *Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario*. en: *Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario*, Pannekoek, Anton (Comp). Pasado y Presente. México D.F. 1978

- Mazzeo, Miguel. *Invitación al descubrimiento. José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América*. Editorial El Colectivo. Buenos Aires. 2009
- M.R.T. *¿Qué es el MRT y qué se propone?* Documento de divulgación. Julio 1978.
- Moreano, Alejandro. *Alrededor de la teología de la liberación*; en: Malaidea (cuadernos de reflexión). Malaidea. Quito. 2012.
- _____ *Latinoamérica: desarrollo del capitalismo y pensamiento de izquierda*; en: Política y sociedad. Universidad Central del Ecuador, Escuela de Sociología y Ciencias Políticas. 1976
- Muro Rodriguez, Mirtha. *Nicaragua y la Revolución Sandinista*. Editorial de Ciencia Sociales. La Habana. 1986.
- Offe, Claus. *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*. Editorial Sistema. Madrid. 1992.
- Pannekoek, Anton (Comp). *Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario*. Pasado y Presente. México D.F. 1978.
- Paredes, Ricardo. “Informe de la delegación latinoamericana en el debate sobre el problema colonial” [1928], en: VI Congreso de la Internacional Comunista, Informes y discusiones: Segunda Parte. México D.F, MEX: Cuadernos Pasado y Presente, No. 67, Siglo XXI. 1978.
- PCMLE. *Programa General y Estatutos*. Ediciones de la revolución ecuatoriana. Quito. 1991
- Polo Bonilla, Rafael. *La crítica y sus objetos*. Historia intelectual de la crítica en el Ecuador (1960-1990). FLACSO, Sede Ecuador. Quito. 2012
- Ponce, Aníbal. *Obras Escogidas*. La Habana, CUB: Casa de las Américas. 1975
- Proaño, Leonidas. *La evangelización en la diócesis de Riobamba*; en: Iglesia y fe en América Latina: reflexiones desde Ecuador. INEDES. Quito. 1974
- Pupo Sintras, Héctor Manuel. *El sujeto de la historia y el sujeto histórico*. 2006
- Quijano, Aníbal. *Reencuentro y debate: una introducción a Mariátegui*. Lima: Mosca Azul Editores. 1981.
- Ramos, Jorge Abelardo. *Historia de la Nación Latinoamericana*. Ediciones Continente. Buenos Aires. 2012.
- Rodas Chávez, Germán. *La izquierda ecuatoriana del siglo XX*. Abya-Yala. Quito. 2000

- _____ *Reconstitución del PSE*. La Tierra. 1983.
- Saad, Pedro. *Los problemas de la revolución ecuatoriana: la reforma agraria democrática*. Comité Central del Partido Comunista del Ecuador. Editorial Claridad. 1976.
- Sader, Emir. *El nuevo topo*. Los caminos de la izquierda latinoamericana. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires. 2009
- Salem, Jean. *Lenin e a Revolução*. Editora Expressão Popular. São Paulo. 2008.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la praxis*. Siglo Veintiuno editores. México. 2013
- Sánchez, Francisco. *¿Democracia no lograda o democracia malograda?* Un análisis del sistema político del Ecuador: 1979-2002. Revista Iconos No. 36. FLACSO Sede Ecuador. Quito. 2010.
- Sartori, Giovanni. *Partidos y sistemas de partidos, marco par un análisis*. Alianza Editorial. Madrid. 1999
- Scott, James. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Discursos ocultos. Ediciones Era. Colección Problemas de México. 1990.
- Shitikov, Mijail: *El problema del sujeto de la historia*. Revista Varona, Año VIII, No. 7. 1986, pp.158-171
- Sorel, Georges. *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires, ARG: Editorial La Pléyade. 1978.
- Stalin, José. *Cuestiones del leninismo*. Beijín, CHI: Ediciones en lenguas extranjeras de la República Popular China. 1977
- _____ *El socialismo en un solo país*. El gran debate (1924-1926). Ediciones Pasado y Presente. Córdoba. 1972.
- Terán, Juan Fernando. *AVC Revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa*. Casa de la Cultura. Quito. 1994.
- Thompson, Edward P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Barcelona: Editorial Grijalbo. Editorial Crítica (trad.). 1979
- Thorp, Rosemary. *Progreso, pobreza y exclusión*. Una historia económica de América Latina del siglo XX. Banco Interamericano de Desarrollo. Washington. 1998
- Tinajero, Fernando. *De la evasión al desencanto*. El Conejo. Quito. 1987

- Velasco, Fernando. *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la sierra*. Editorial El Conejo. 1979
- Vila, Carlos. *Unidad Nacional y contradicciones sociales en una economía mixta: Nicaragua 1970-1984*; en: *La Revolución en Nicaragua: Liberación Nacional, democracia popular y transformación económica*. Era. México. 1985
- Villamizar Herrera, Darío. *Ecuador 1960-1990: Insurgencia, democracia y dictadura*. Editorial El Conejo. Quito. 1994
- Ycaza, Patricio. *Historia del Movimiento Obrero, de su génesis al Frente Popular*. Quito: Ediciones La Tierra, Colección Pensamiento Socialista. 2007
- _____ *Vencer el miedo a ser felices: Creatividad, democracia y soberanía en una época de contrarrevolución y desesperanza*. Quito: Cetro para el desarrollo Social, CDS. 1994
- Žižek, Slavoj. “*Against the Populism Temptation*”, en *Critical Inquiry*. Pp. 551-574. 2006

Periódicos de los Partidos de izquierda ecuatoriana

Del PCE

El Pueblo, 1975 (No. 1032-1031, 1029), 1976 (No. 1058-1042-1041-1038), 1977 (No. 1088, 1127, 1139), 1978 (No. 1187, 1147), 1982 (No. 1373), 1981 (No. 1350, 1372, 1347, 1366), 1987 (No. 1645).

Juventud Rebelde, 1974 (No. 33-32-31), 1977 (No. 50).

Del PSE

La Tierra, 1983 (No. 3), 1984 (No. 5, 7), 1985 (No. 14, 15), 1986 (No. 16, 18, 20).

El Alfarero 1978 (No. 4).

Del PSRE

La Tierra, 1974 (No. 3), 1975 (No. 4), 1978 (No. 2, Quinta Época), 1979 (septiembre).

Prensa Obrera y Campesina, 1977 (No. 2, 3, 4).

Tribuna Socialista 1976 (No. 1), 1977 (No. 7),

Del PCMLE y del MPD

En Marcha 1975 (No. 320, 321), 1976 (No. 322, 346, 347), 1977 (No. 376, 380-390, 398, 400, 401), 1978 (No. 421, 426), 1979 (No. 470-475).

Patria Nueva, 1978.

Del MIR

Causa Proletaria. 1972 (No. 4, 5); 1974 (No. 6, 7, 8); 1975 (No. 9, 10, 11, 12, 13); 1976 (No. 14, 15, 16, 18, 19); 1977 (No. 20, 21, 22, 23); 1978 (No. 24, 25, 26, 27); 1979 (No. 28, 29, 30); 1980 (suplemento).

Lucha Proletaria, 1977 (No. 6).

Voz Rebelde 1982 (No. 7).

Del MRT

Lucha Socialista, 1977 (No. 1).

Nuestra Lucha, 1977 (No. 8).

Tarea Urgente, 1976 (No. 1, 2).

Movimiento, noviembre de 1980.

De AVC

Qué Púchicas, Mi País!, 1986 (No. 1).

Montonera, 1985 (No. 19, 26).

De MPL

¡Aquí estamos compadre!, 1986 (No. 7).

Otros periódicos y revistas

Eco de la Segovias. Comité ecuatoriano de solidaridad con el pueblo de Nicaragua y el FSLN. 1978 (No. 3); 1979 (No. 9, 10); 1980 (No. 11).

Punto de Vista. 1992 (No. 537).

Diario Hoy, 11 de agosto de 1983.

Entrevistas

Jorge Oviedo, 14 de agosto de 2014.

Alfredo Llontop 26 agosto de 2014.

José Chávez, 5 de septiembre de 2014.

Marco Villarroel, 16 de septiembre de 2014.